

BALLARD ♦ CAPANNA ♦ KOCIANCICH ♦ LEVRERO ♦ ROSNY AINE ♦ SISCAR ♦ SHUA

EL PÉNDULO

LIBRO 1



C H A C H O N I

Vlady Kociancich
Con esos ojos

Mario Levrero
Gelatina

J. G. Ballard
Prima belladonna

Pablo Capanna
J. G. Ballard: El tiempo
desolado

Cristina Siscar
Imagen de las muchachas en
flor

Mario G. Roccatagliata
Cuento del astrónomo y el
ahorcado

J. -H. Rosny ainé
Las formas

Ana María Shua
Animales y minerales

PÉNDULO

J. G. Ballard / Pablo Capanna / Vlady Kociancich
Mario Levrero / Mario G. Roccatagliata
J. H. Rosny ainé / Ana María Shua / Cristina Siscar

Edición de Marcel Sosa
Diseño de Andrés Casaroli

Ediciones de la Trilce
Buenos Aires

EL PÉNDULO 1

J. G. Ballard / Pablo Capanna / Vlady Kociancich
Mario Levrero / Mario G. Roccatagliata
J.-H. Rosny aîné / Ana María Shua / Cristina Siscar

Selección de Marcial Souto
Diseño de Andrés Cascioli

29

J. G. Ballard

33

Pablo Capanna

71

Cristina Siscar

82

Mario G. Roccatagliata

101

J.-H. Rosny aîné

111



Ediciones de la Urraca
Buenos Aires

PERÍODICO

J. G. Ballard / John Updike / Mary McGarry Morra
Miguel Covadonga / María O. G. Rodríguez
J. de la Cruz / Ana María Shua / Cristina Siscar

Selección de Marcial Souto
Diseño de Roberto Casarín

Ilustración de tapa, Oscar Chichoni
Composición tipográfica, Buena Letra S.A.

© 1990, Ediciones de la Urraca, S.A.
Selección, © 1990, Marcial Souto

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.
15.B.N. 950-9265-08-X

CONTENIDO

Introducción
7

Vlady Kociancich
Con esos ojos
11

Mario Levrero
Gelatina
29

J. G. Ballard
Prima belladonna
55

Pablo Capanna
J. G. Ballard: El tiempo desolado (1)
71

Cristina Siscar
Imagen de las muchachas en flor
97

Mario G. Roccatagliata
Cuento del astrónomo y el ahorcado
101

J.-H. Rosny aîné
Las Formas
105

Ana María Shua
Animales y minerales
129

INTRODUCCION

La historia de El Péndulo comenzó en 1975 con un fracaso secreto: el primer número, preparado por Jaime Poniachik y por quien firma estas líneas, no llegó nunca a la imprenta debido al flamante rodrigazo; uno de los modelos de esa primera versión de EP era la revista mexicana El Cuento, que con invariable eficacia reunía y divulgaba relatos cortos de origen muy diverso. La segunda versión, la primera que llegó al lector, constó de cuatro lujosos números (incluían dieciséis páginas en color), publicados entre setiembre y diciembre de 1979, y presentó cuentos de ciencia ficción, fantasía y terror de autores anglosajones junto con historietas nacionales y artículos sobre literatura, cine y música de rock. Pero el ciclo más conocido de EP es el de los períodos 1981-82 y 1986-87 (quince números en total): en esos años EP se consolidó como un ámbito de diálogo entre los mejores textos de ficción especulativa nacional y extranjera y la obra de los mejores ilustradores argentinos. Esa es la línea que deseamos continuar y ahondar en la nueva etapa que inaugura este volumen.

* * *

J. G. Ballard (Shangai, 1930) es uno de los escritores más singulares de nuestro siglo. "Creo intensamente en la necesidad de la imaginación para transformar todo", escribió; "de lo contrario tenemos que conformarnos con el mundo tal cual es, idea que yo no comparto. Deberíamos rehacer el mundo." Sus metafísicas catástrofes ecológicas, sus bodas de sexo y tecnología, sus mitologías de futuros cercanos han poblado y enriquecido durante más de treinta años la ciencia ficción, según él "la verdadera literatura del siglo XX, la literatura de Auschwitz, Aldermaston y Eniwetok". "Prima belladonna" (1956) es el primer cuento que escribió con la intención de publicarlo en una revista del género, e inaugura la serie de historias de Vermilion Sands. "Mi

ambición era publicar algo en la revista norteamericana *Galaxy*. Creo que les ofrecí algunos cuentos pero me los devolvieron todos. Cuando escribí 'Prima belladonna' sabía que no podía adoptar una manera y un tono de voz norteamericanos, y además no quería. No podía utilizar una localidad norteamericana para *Vermilion Sands*, aunque nominalmente, en algunos aspectos, VS es un sitio norteamericano... Me vi obligado a inventar una especie de versión internacional de un deteriorado balneario en el desierto. Fue una suerte, porque si hubiera podido utilizar Palm Springs o cualquier otro sitio similar, habría caído en montones de clichés, todos los clichés convencionales del paisaje norteamericano. Tuve que inventar mi propio paisaje, e inventé algo que era mucho más auténticamente mío y también mucho más cercano a los surrealistas (que eran mi principal inspiración). En realidad, tuve que inventar mi propia Norteamérica. [...] La principal característica de ese balneario desértico, no abandonado pero siempre fuera de estación, es que en el todo ha terminado. Atrás quedó el pasado, y nada que suceda en el futuro podrá volver a cambiarlo sustancialmente. Ha hecho las paces con su pasado y ahora está allí tendido en su hamaca, delante de una piscina vacía, en medio de esa tarde infinita. Contra ese fondo se agitan quimeras, vuela la fantasía. [...] Si tuviera que aventurar una opinión, diría que *Vermilion Sands* es la imagen del futuro, un sitio donde el trabajo será el juego último, y el juego el trabajo último. Un sitio donde nada ocurre pero todo es posible y donde los contenidos de la psiquis atraviesan con total libertad la barrera del cráneo y se instalan en el fondo del jardín, para que los cuiden con la misma naturalidad con que el protagonista de 'Prima belladonna' cuida sus flores cantantes. Y desde luego no hay nada que pueda atraer más la atención de la bruja desocupada más cercana que un jardín psíquico bien provisto. [...] ¿Dónde está *Vermilion Sands*? Supongo que en algún lugar entre Palm Springs, Juan Les Pins y la playa de Ipanema. *Vermilion Sands* es un auténtico balneario, pero no hace falta aclarar que carece de mar. La playa se extiende sin fin, en todas direcciones, y se funde con las playas de los balnearios vecinos, extensiones de las mentes vespertinas de sus habitantes." Junto con "Prima belladonna" ofrecemos la primera parte de un nuevo libro de **Pablo Capanna**: El tiempo desolado, minucioso estudio de la vida y la obra de J. G. Ballard. Capanna (Florencia, 1939) es autor de *El sentido de la ciencia ficción* (1967), *La tectarquía* (1973) y *El Señor de la Tarde* (1984).

Vlady Kociancich es conocida ante todo por una admirable novela fantástica: *La octava maravilla* (1982). Otra de sus novelas, *Ultimos días de William Shakespeare* (1983), acaba de aparecer en Londres con notable éxito de crítica y de ventas. "Con esos ojos" pertenece a su último libro de cuentos, todavía inédito.

Mario Levrero (1940) nació en Montevideo, vivió en Burdeos, en Buenos Aires, y actualmente en Colombia, Uruguay. Es autor de media docena de novelas y de otros tantos volúmenes de cuentos. "Gelatina" pertenece al

primero, *La máquina de pensar en Gladys*, editado en Montevideo en 1970 y agotado desde hace muchos años.

Cristina Siscar (Buenos Aires, 1947) es autora de dos libros de cuentos: *Reescrito en la bruma* (1987) y *Lugar de Todos los Nombres* (1988). "Imagen de las muchachas en flor" pertenece a un tercero, concebido como un álbum. "Y un álbum—escribió—siempre tiene algo de reliquia, pasado capturado que remite a contenidos que lo desbordan. Asociación el mismo, por naturaleza opera además como disparador de asociaciones a cada vuelta de hoja. [...] Hechos mínimos, objetos emblemáticos, ritos cotidianos impulsan el relato, que se organiza en torno a las relaciones que éstos establecen con el sujeto adolescente. Los conflictos, los sueños, los imaginarios abren puertas a otros espacios y otros tiempos, a ecos históricos, de la literatura y del arte, y acotan de este modo un universo cultural."

Mario G. Roccatagliata es un conocido médico pediatra. "Cuento del astrónomo y el ahorcado" obtuvo en 1987 el primer premio de un concurso de cuentos organizado por la revista *Artes Visuales*.

J.-H. Rosny es el seudónimo que utilizó Joseph-Henri Boëx (1856-1940), autor belga que escribió en francés. Entre 1893 y 1907 colaboró y compartió el nombre con su hermano menor, Justin. Luego lo siguieron usando por separado pero agregando el sufijo aîné (Joseph) y jeune (Justin). J.-H. Rosny aîné es conocido ante todo por cinco novelas prehistóricas: *Vamireh* (1892), *Eyrimah* (1893), *La guerra del fuego* (1909), *Le felin géant* (1930) y *Helgou du fleuve bleu* (1930). "Las Formas" apareció por primera vez en 1887.

Los textos breves de "Animales y minerales" pertenecen a Casa de geishas, el nuevo libro de **Ana María Shua** (Buenos Aires, 1951), autora de *Soy paciente* (1980), *Los días de pesca* (1981), *Los amores de Laurita* (1984), *La sueñera* (1984) y *Viajando se conoce gente* (1988).

M. S.



—Es injusto calificar de traición lo de Malena —dijo Aguirre en voz baja—. Primero, porque Malena nunca prometió nada. Segundo, porque tiene esos ojos.

Me había citado en El Foro, pobre Aguirre, y ahí lo encontré, esperando frente a un vaso de mal whisky y un cenicero de lata que desbordaba de colillas. La cara pálida y sudada, la boca que sonreía con un tic de reloj de pared, me recordaron al arcaico estudiante que iba a rendir examen estragado por las anfetaminas. En un hombre que cumplió los cuarenta, en un abogado de su posición y su prestigio, el deterioro era conmovedor. Me pregunté si Aguirre no habría tomado algo más fuerte que ese whisky.

Tengo que hablar con alguien, había suspirado, un lunes de mañana y apenas entró en el estudio, apoyándose en mi escritorio como si fuera a desmayarse. Esa tarde, en El Foro, un café que ya no frecuentábamos, Aguirre me contaba la historia. Cinco años después, yo también, héroe y víctima de la curiosidad, busco un hipotético escritorio donde apoyarme y suspirar. *Tengo que hablar con alguien*. Pero no soy Aguirre, no cometo los mismos errores. A mí, tan charlatán, la confidencia me repugna.

El cambio se venía manifestando en ese hombre de piedra, mi socio, desde varias semanas atrás. A una pregunta de rutina ponía de lado la cabeza como si le fallara el oído. La atención de Aguirre, una especie de foco de mil watts que ilumina los detalles más nimios, esa luz obsesiva de su inteligencia para leer la letra chica de un oficio, titilaba como la llama de una vela, lo rodeaba de sombras. No sé si otros (abogados, empleados, clientes del estudio), se dieron cuenta de este lento apagón. Porque Aguirre y yo somos menos amigos que colegas uncidos al mismo yugo, lo descubrí inmediatamente. De lejos se ven mejor las cosas. Es raro que yo diga esto.

Exceptuando a Malena, debo ser la persona que más cerca ha estado de Aguirre.

Juntos pasamos por el secundario, juntos recibimos el título de doctor en leyes, juntos caímos al estudio de su padre. Sólo nos juntaba la inercia. Geográfica y profesional. No es un mundo tan grande Buenos Aires y la gente tiende más a encontrarse que a perderse. Aguirre no tenía hermanos. Tampoco, que yo supiera, tenía amigos, pero vaya a saber, su reserva era impenetrable, una pared sin grietas, suavizada por la atenta manera de escuchar, que a uno le devolvía la propia voz, tamizada de inexactitudes y equívocos. Su equilibrio emocional era una virtud nata (como el cuerpo, modelo de proporciones justas, ni un rasgo que se zafara de la correcta medianía) y no necesitaba dominar, educar, razonar los tirones de la pasión o de la simple inexperiencia. Pobre Aguirre, detrás de esa fachada de granito se escondía una sensibilidad extrema. Creo que fui el único en intuirlo y nunca se lo dije. Aguirre no me lo hubiera agradecido. Tan generoso para comprender las resquebrajaduras en el carácter de otro, era incapaz de admitirse una grieta.

Y hubo dos.

Vi la primera el día que me propuso asociarnos. ¡Qué insensato! El ponía todo, no quería cobrarse lo justo. Traté de disuadirlo, me hacía quedar como un ladrón. Insistió con un argumento ridículo. Dijo, necesito menos que vos para vivir. En seguida adiviné la razón. Pobre Aguirre, muerto el viejo, tenía miedo de quedarse solo. Cuando llegamos a un acuerdo, le tendí la mano. Soy un sentimental. Le dije, te ganaste un hermano. Cómo me equivoqué. Siempre cordial, siempre directo e intachable en el trato, pero me mantuvo a distancia. De él, claro.

De mí escuchó la breve historia del noviazgo con Sofi, fue mi testigo en el Civil, no faltó al nacimiento de cada uno de mis hijos. En ocasiones, venía a comer a casa, se quedaba lo justo, traía regalos caros, bien elegidos, como las frases que su sobriedad otorgaba. Suena a hielo. Pero mi mujer, que adora a Aguirre, me decía: "Es de esas personas que una recibe con un suspiro de alivio. Sabe limpiarse los problemas en el felpudo de la puerta de entrada. Qué hombre más atento."

—Porque tiene esos ojos —gimí Aguirre en la mesa de El Foro.

La segunda grieta fue Malena.

—Tranquillízate.

Me miró como si lo hubiera insultado. Siempre pensé que un enamorado es un loco.

—Te equivocás —dijo con furia—. No sabés nada de Malena.

—Nadie sabe nada de nadie —admití con prudencia.

A Aguirre le temblaba la mano que sostenía el cigarrillo. Nunca lo había visto fumar.

—Malena se está yendo.

—Ah.

—Y quiero que me hagas de testigo.

Por suerte, el mozo estaba cerca. Pedí un café, un tostado, una botella de agua mineral. Necesitaba unos minutos para hacerme idea de lo peor. Lo peor que puede pasarle a un caballero como Aguirre. Lo mejor ya le había pasado, cinco años atrás, en una fiesta de la Asociación de Abogados. Esa noche conoció a Malena.

Era una noche de verano. No recuerdo qué se festejaba, pero la humedad pegajosa del aire, el volumen ensordecedor de la orquesta, la risa falsa de los invitados, la conciencia de un aburrimiento asesino y la súbita, estremecedora aparición de Malena en ese infierno de opereta, me dejaron una sensación imborrable: que a medianoche de un verano cualquiera en Buenos Aires, se decide la felicidad de un hombre y que esa felicidad siempre viene de afuera.

Aguirre, Sofi y yo aguantábamos de pie en un rincón, cerca de la ventana abierta.

—Para qué vine —suspiró Aguirre, como si no hubiera venido para conformar a mi esposa.

—Pobre —dijo Sofi, adorándolo, la cara pura risa de nervios y estriada de colorete y de sudor—. Divertirse le cuesta.

Hubo un silencio. La orquesta no dejó de tocar y todo el mundo hablaba a gritos, pero hubo un silencio. Como una corriente de aire frío. Los hombres del grupo junto a la ventana se volvieron. El viejo doctor Ricci, su hijo Daniel, dos muchachos de nuestro estudio, giraron al mismo tiempo la cabeza hacia el centro del salón, los ojos agrandados, voraces. Miré yo. Si digo que vi la mujer más hermosa de la Tierra digo poco. Algo me empuja a describirla con nombres de un catálogo de cursilería fantástica. Angel, maga, diosa, caída del cielo, conjurada, inventada. Quizá maravillosa sea la palabra correcta. Por tanto manoseo convenía a ese exquisito cuerpo femenino, a su delicadeza, a su luz. En Malena recuperaba el antiguo sentido de la emoción humana ante lo prodigioso.

Oí que Aguirre murmuraba:

—Tiene ojos que dicen la verdad.

Un segundo después, la cara trastornada por una sonrisa de imbécil o de loco, se abría paso entre la gente. Que la maravillosa desconocida se dejara abrazar por Aguirre, que no se movieran durante largo rato, unidos y firmes como una escollera de amor ante el oleaje turbio de las parejas que bailaban, no me asombró. Para mí era tarde. Y me dije: Así pasan las cosas. Tenía que tocarle a un tipo como Aguirre. Toda la vida se preparó para esta noche.

—¿Y Aguirre? —preguntó Sofi.

Se hacía la tonta, pobre Sofi. Estaba enamorada de Aguirre.

—Con su futura esposa —dije y me sonreí.
—¿Quién era esa maravilla? ¿Dónde está? ¿Amiga de su socio? —el viejo Ricci me interrogó a los gritos desde su puesto de observador en la ventana.

—Desapareció con Aguirre —dijo el hijo, furioso, como si Aguirre no tuviera derecho.

—Nunca en la vida, no, nunca en la vida... —repetía uno de los muchachos del estudio, moviendo la cabeza, aturrido y tristísimo.

La señora de Ricci nos miró muy seria.

—¡Hombres grandes! Toman una copa de más y deliran.

Como de costumbre, las mujeres hacían frente común. La mía y la del viejo nos silenciaron inmediatamente. Nadie había visto nada. ¿Una mujer? ¿Qué mujer? Malena era demasiado linda.

Todo el fin de semana estuve pensando en Aguirre. Antes nunca me pregunté cómo cargaba su propia cruz de sábado y domingo. Creía saberlo. En nada. ¿Jugaba al ajedrez? No. ¿Iba al cine? Muy de cuando en cuando. ¿Practicaba deportes? Desde el colegio los odiaba. ¿Mujeres? Las de ir y venir. En su vida privada había instalado una escalera igual a la de Tribunales y subía y bajaba, hablando con jueces y clientes, revisando legajos. Para Malena, tendría que improvisarse un nuevo mundo.

—Necesito un testigo —dijo Aguirre en la mesa de El Foro—. Nadie mejor que vos.

Me disgustó esa mirada franca, de chico bueno, que acompañaba un pedido canallesco.

—¿Por qué yo? Vos lo dijiste. Yo no sé nada de Malena, no sé nada de ustedes. No me metas en esto, Aguirre.

—Estás metido —dijo con sencillez e increíblemente agregó—: La viste esa noche.

—La vi una vez.

—Suficiente. Quiero que la veas de nuevo. Antes de que me deje. Es un caso que demanda un testigo.

Hablaba fríamente. Tan de Aguirre. Lo calaban mis nervios, se dominaba para dominar. Una vieja rabia me sacudió.

—Discúlpeme, doctor. Pero los antecedentes que obran en mi poder son demasiado escasos. Yo vi a su señora esposa, es cierto, hace cinco años, todavía soltera. Ni siquiera me la presentó. Dos días después, me informé que se llamaba Malena y que se casaba con ella. A todas mis preguntas, pocas por otra parte, usted contestó con palabras que durante cinco años tomé al pie de la letra: "El destino me hizo un regalo maravilloso. Un hombre afortunado sabe recibirlo. Un hombre agradecido sabe conservarlo."

Aguirre tenía los ojos brillantes. Cielo santo, eran lágrimas.

—Perdoname —dijo—. Era feliz y la felicidad nos hace fanfarrones. Y la desesperación te humaniza, pensé. A mí, en cambio, la pena de Aguirre me daba un coraje de fiera y no le tuve lástima.

—Mirá, Aguirre, a un amigo, qué digo amigo, a un socio, se le participa algo más que el escrito notarial de un regalo maravilloso y de un hombre de suerte.

—Malena me obligó.

Lo miré fijamente y me ref.

—Malena no obliga a nadie.

Pobre Aguirre. Encendió otro cigarrillo, bajó la vista. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Cómo sabés?

—¿No me dijiste que Malena era la mujer ideal? La mujer ideal nunca obliga.

—De algún modo obliga —suspiró.

—¿Qué modo? Me resisto a creer que te prohibió invitarnos al casamiento. Y si no hubo casamiento, a la casa. La tuya, si hay casa, o la mía. Son cinco años, Aguirre.

—Hubo casamiento —dijo con fatiga, con tedio—. Hay casa. En Quilmes. Vamos en mi auto.

Horrorizado, me eché atrás en la silla.

—¿Ahora? ¿Estás loco? ¿Qué le vas a decir? ¿Que traés a tu socio de testigo para una causal de divorcio?

—No es esa clase de testimonio la que me vas a dar.

Aguirre sonrió y yo pensé, alarmado, hay otro hombre. Un celoso, caramba, es un criminal en potencia.

—Ni se te ocurra.

—En el auto te cuento.

—No me interesa.

—Cualquier historia te interesa —alzó una mano para llamar al mozo— porque vos naciste escritor. Sólo te faltaba constancia.

La memoria de Aguirre es tan robusta como cruel. Apuntaba al original de unos cuentos que en mala hora le había dado una vez y que me devolvió con este comentario: "Notables." De escritor yo tenía la susceptibilidad. No pasé por alto el desdén que hay en el adjetivo y a partir de aquel día me limité a leer, como si yo las escribiera, historias de otros. Quizá le deba a Aguirre mi gran pasión por la lectura.

—Espero —dije secamente— que tu relato sea notable.

Maldije esa tentación de picararlo con una buena frase. Antes de encontrar otra ya estábamos en el auto y salíamos del centro.

—Cuando la vi a Malena —dijo con voz monótona, como si hubiera contado la misma historia muchas veces o como si él, su protagonista, hablara de otro— supe que era la mujer ideal.

—Todos, en algún momento de la vida, pensamos la misma estupidez. Me parece haber oído ese cuento.

—Porque tiene esos ojos—siguió, sin prestarme atención, ensimismado—. Los ojos de la verdad. Una mirada que no miente es una mirada irresistible. Así mira Malena. Como una máquina fotográfica a la que no se puede poner filtro. Toma el mundo sin matices, te lo devuelve plano, quemado por la luz, en blanco todo lo que sale del foco.

—No sabía que te gustaba la fotografía.

Giró el perfil y me miró de frente. Apretaba los dientes.

—¿Nunca viste una foto? Era un ejemplo.

—Ah.

¿Por qué manejaba tan despacio? A esa velocidad, el viaje a Quilmes se hacía eterno y yo quería llegar. En la puerta de la casa sería más fácil enojarme y decir: Hasta acá vine, de acá vuelvo. Mirá, esto se arregla, si se arregla, entre dos. El tercero, el testigo, en estos casos sobra.

—Después vi que era hermosa. Te acordás. Los ojos de ese marrón tan suave, las pestañas sedosas, la curva del mentón, el cuerpo que...

—Prometiste contarme una historia—lo interrumpí, incómodo.

—Esa es la historia—dijo con amargura—. Había una vez un hombre que supo y olvidó. El padre quiso prevenirme.

—¿Te casaste por iglesia? No lo puedo creer.

—El padre de Malena. Aquella noche de la fiesta, Malena durmió en casa. Me desperté tan loco por ella como antes.

—Mirá vos, qué suerte.

—Le dije que quería casarme, que no quería perderla. Malena me miró con esos ojos.

—Y el mismo día fuiste a pedir la mano. Al padre, claro. Un padre que te aconsejó contra la hija. Habrá padres así.

Vivían en Quilmes, dijo Aguirre. En una casa pobre y descuidada, con un jardín lleno de yuyos. En la galería estaba el padre, sentado tranquilamente en un sillón de mimbre, mirando la garúa (garuaba, dijo Aguirre, fijate bien, garuaba) y no se sorprendió de la aparición de Malena a esas horas y con un hombre al lado, no se levantó ni saludó. Malena lo besó en la frente (con devoción, dijo Aguirre estremeciéndose) y acercó otras dos sillas. Durante un minuto interminable los tres se miraron callados. Tal vez para romper ese silencio incómodo, Malena empezó a contar la historia de cierto robo en Quilmes. Aguirre sentía asco por la indiferencia del viejo.

—No sé qué pensaba él. Yo pensaba que era muy viejo para ser padre de Malena y pensaba que seguramente a la vejez se debía esa actitud ausente, esa frialdad criminal ante lo que pudiera sucederle a su hija. Tenía unos ojos enormes, acuosos, y me estudiaba con la curiosidad de un pescado que se arrima al vidrio de la pecera. Fue un minuto desagradable. Fue un minuto pródigo.

Oí una risita. Salía del pecho de Aguirre. Era un sollozo.

—Como a todo hombre enamorado, me importaba muy poco su familia. Ese poco resultó bastante. Vieras con qué alivio descubrí que la familia de Malena se reducía a un viejo en estado de rechazo a la vida.

—Te pasaste una luz roja.

—Esa galería, esas chapas, esa garúa en el jardincito. Me enorgullecí de sacarla de la pobreza deprimente en que estaba viviendo. Nunca me había sentido tan hombre. Malena—suspiró—era realmente la mujer ideal.

Manejaba como en sueños, un brazo fuera de la ventanilla.

—¿Querés creer que hasta estaba orgulloso del traje que tenía puesto? No hablemos del auto, del departamento, del estudio. Y todo por Malena.

El viejo le había hecho una sola pregunta. ¿La va a cuidar? En esa voz cascada Aguirre oyó una nota de socarronería y se indignó. Llevaba a Malena al Registro Civil, no a un hotel por horas. ¿Vos qué pensás? le preguntó a Malena. Malena lo miró con esos ojos.

—Me miró y ya no miró más al padre, entendés.

—Una mujer admirable. Otra hubiera intentado lo imposible. Que sus copropietarios se hicieran amigos.

Aguirre acusó el golpe.

—Tenés razón—admitió mansamente—. Yo me acordaba de la devoción con que lo había besado y esperaba una escena. Pero se despidieron sin tocarse. Un saludo formal. Nunca quise tanto a Malena como cuando cruzamos el jardín bajo la lluvia y ella subió al auto con lo puesto. Ni una valijita. No se llevaba nada de la casa. Tenía fe en ella y una fe de hierro en su marido.

—No hay mujeres así.

El departamento del que tan orgulloso estaba Aguirre resultó chico.

—Chico para un mujer que yo quería mirar con muebles, con plantas, con espejos, todo ese espacio lleno de cosas lindas que necesitan las mujeres. Le propuse comprar una casa. Cuando Malena dijo sí pero en Quilmes, me sentí avergonzado. Hacía meses que no veía al padre, ese carcarnán repugnante. Rogando que me dijera no, sugerí una visita.

Lo imaginaba a Aguirre plantándose delante de Malena. Atento, sobrio, caballero, un hombre superior. Pobre Malena.

—Y te dijo que no.

—No la conocés a Malena.—La voz se le quebró.— Me miró con esos ojos. La verdad iluminaba la cara de Malena. La verdad era su sorpresa. ¡Ni se acordaba! Después, con un esfuerzo, como alguien que habla mal un idioma extranjero, hasta con un acento raro, preguntó: ¿Para qué?

Aguirre manejaba en silencio. Prendí un cigarrillo.

—¿Y?

—¿Y qué?

-¿Cómo sigue? La historia, claro.
-Eso es todo -dijo y frenó-. Llegamos.

Qué casa tenía Aguirre. Me quedé parado en la vereda, boquiabierto de admiración. Tres plantas a la calle, puro vidrio y acero, una fachada lisa cortada por dos rayas muy anchas, muy oscuras, que despedían ese intenso, hondo perfume de los grandes jardines: eran balcones. Había luz en todas partes. Arriba, abajo, pero el material de que estaban hechas las ventanas (o las paredes, da lo mismo) impedía ver otra cosa adentro que la luz. Por sentimentalismo, por nostalgia, por soledad tal vez, cuando camino en algún barrio me gusta espiar adentro de las casas, me gusta ver a la gente que come, que conversa, que mira televisión. La casa de Aguirre me llenó de congoja. Tuve la impresión de que en esa cuadra de casas bajas y modestas, con sus chatos frentes de revoque y sus aleritos de teja, Aguirre había engarzado un diamante. Peor. Un ojo de vidrio al lado de uno natural.

-Te estás mojando -dijo Aguirre-. Pasá.
Lloviznaba.

-Una garúa nomás. Mejor, refresca. ¿Dónde puedo conseguir un taxi?

Aguirre se rió. En la luz fantasma de la lluvia, la cara gris me pareció distinta. Más redonda, más plana. Y desafiante, como si volviéramos a la noche de cinco años atrás y, revirtiendo el capricho, yo me negara a la presentación de Malena.

-¿Una puerta blindada? -me burló-. Media ciudad se fortifica. Te habrá costado una fortuna. Más baratos salen los ladrones, Aguirre.

Detrás del portón a control remoto que cerraba un minúsculo zaguán, había una puerta. Con tanta llave, botón electrónico de alarma, mi socio no acababa de abrirla.

-Tocá el timbre -le dije.

-Aunque lo toque. O abro yo o abre la mucama.

Cuando, finalmente, Aguirre desentrañó el misterioso corazón de la puerta, sonó una musiquita y, tras la musiquita, unos pasos ligeros de pies calzados con taco alto. Me dije, conmovido: Es Malena. Era la mucama.

-Buenas noches, señor.

Era rubia, de nariz respingada, ojos azules. Vestida como una muñeca vestida de mucama. Doncella de la reina, pensé. Aguirre me dio lástima.

-Dígale a la señora que llegué.

-Que llegamos -lo corregí, furioso.

-Llegué solo, Clarisa.

¡Clarisa! Ni en el nombre había ahorrado.

Clarisa no me pidió que le entregara el sombrero porque no tenía sombrero, pero con una inclinación -casi una reverencia- y con esos

pasitos de juguete mecánico, nos condujo a un salón. En mi vida había visto tanto pliegue y despliegue de cortinados brillantes, tanta alfombra de pelo largo, tanto diván y porcelana china.

-Cómo se nota que en la casa no hay chicos -me mordí la lengua pero era tarde y además verdad.

Aguirre se había dejado caer en un sillón. Apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos, preguntó con calma:

-¿Te gustan los chicos?

-Qué pregunta más rara. Tengo cuatro.

Aguirre sonrió.

-A las mujeres les gustan los chicos. A los hombres nos gusta la idea de los chicos.

-Cierto, es un gusto platónico. *Detrás de un vidrio, oscuramente...*

-Yo quise tener hijos -dijo Aguirre-. Pero más la quería a Malena. Y ella estaba de este lado del vidrio.

-Y Malena te dijo que no.

Sacudió la cabeza. Lentamente, como si estuviera por quedarse dormido.

-No la conocés a Malena. Ni sí ni no. Malena es toda una mujer. Malena me miró con esos ojos. Supe que si dejaba de mirarme para mirar a sus hijos la perdería. Malena me lo hizo entender.

-No hay mujeres tan sabias.

El bip bip de un reloj electrónico sonó en alguna parte. Para mí asombro, en la muñeca de Aguirre, donde siempre llevó uno de cuerda.

-¡Diez minutos! -gritó, levantándose de un salto, muy pálido-. ¡Tenemos diez minutos!

La mucama apareció en la puerta.

-La cena estará servida en diez minutos -dijo y se esfumó.

Aguirre me tomó de un brazo.

-En diez minutos me vas a dar la razón.

-En diez minutos voy a estar en un taxi.

Aguirre no me soltaba.

-Escuchame. Malena va a dejarme y ya estoy resignado. Pero no quiero que me deje así. La única forma de salvarme, de no volverme loco, es que antes de que ella... Tenés que verla cómo está.

Contuve la respiración. Cinco años habían pasado para aquel singular matrimonio. Aguirre no era el mismo. ¿Y Malena?

-¿Qué me querés decir con *cómo está*?

Instantáneamente me soltó. Sacó un cigarrillo, lo prendió y aspiró el humo en ansiosas bocanadas. Dio unos pasos que achataron las doradas guedejas de la alfombra. Improvisa, pensé, una mentira razonable.

-Se está borrando -dijo al fin.

-Ah, era eso.

–Borrando –repetió y me miraba–. Como la última pintura de un cuadro que se ha pintado muchas veces. Un trazo acá, otro allá, va desapareciendo. Sólo que abajo de este cuadro no hay otro.

Pobre Aguirre. No me lo imaginaba tan romántico. ¿Acaso Sofi novia, Sofi recién estrenada, Sofi de cintura chica, Sofi escuchando embelesada mis historias, no se había borrado también? Y para ser justo, ¿qué quedaba de mi seductor retrato de los primeros tiempos de casado?

–Así es la vida –suspiré–. Un arte demasiado fugaz.

De atrás de una nube de humo, los ojos entornados de Aguirre me observaron con desconfianza. A nadie le gusta que le quiten la ilusión de ser único.

–No entendés –dijo rencorosamente–. ¿Una copa?

–Un taxi. Y abríme la puerta de esta caja de hierro, no tengo ganas de cenar.

Aguirre tocó la pared. Un espejo se descolgó suavemente. Era la tapa de un bar disimulado. Sacó un frasco y dos vasos. Como el actor de una mala película cuando quiere marcar una pausa. Pensé, esto es una mala película y Aguirre un actor mediocre.

–*¡Un arte demasiado fugaz!* –Me pasó un vaso y bebí un largo trago del suyo.– Así que mi socio era un filósofo.

La tapa del bar se cerró sola, con un clic. En su lugar había una hilera de espejos. En los espejos, una hilera de hombres, todos con un vaso en la mano y una expresión idiota en la cara: eran yo. Aguirre no se reflejaba. Me di vuelta y lo encontré riéndose.

–No está de más que te recuerde algo, Sócrates. La tragedia de un arte fugaz es que también deja sus huellas. Son los errores cometidos. Vení.

Antes de que pudiera reaccionar, salió del cuadro. Lo seguí con el vaso en la mano, no iba a quedarme ahí solo, en esa pieza donde las cosas aparecían y desaparecían, esperando a Malena.

–¿Adónde vamos?

La alfombra del corredor ahogaba el ruido de los pasos. Tuve ganas de romper el vaso contra la pared para oír algún ruido. Hubiera sido inútil. Las paredes estaban forradas de ridículas almohaditas de seda.

–¡Santo Dios! –exclamé, pero Aguirre ya abría una puerta y haciéndose a un lado, con una sonrisa extraña, me invitaba a pasar.

–Malena. O lo que me queda de ella.

Yo estaba tan harto del embrollo, tan lejana me parecía la salida, tan remota la mesa de El Foro donde mi socio habló de traición, que sin curiosidad, por cansancio y deseo de cortar el nudo de la noche, entré.

Entré dispuesto a ver el inevitable espectáculo de una mujer desparpamada en la gordura, resecada en una prematura vejez, moribundeando

en una silla de ruedas, agitándose en un chaleco de fuerza. Entré dispuesto a ver lo que cinco años de vida con Aguirre habían hecho de la maravillosa Malena.

–¿Dónde está? –pregunté, aturdido.

En aquel cuarto no había nadie.

–Ahí. –La voz de Aguirre tembló a mi espalda.– Mirá bien.

Miré. El cuarto era un tocador o algo así. Estaba empapelado con un papel celeste. Alfombrado con una alfombra celeste. Las cortinas eran celestes. Los muebles (una cómoda, un ropero, un sofá) eran celestes. Daba la sensación de un cielo chico donde solamente cabe un ángel.

No sé por qué –quizá la idea de un mundo imaginario habitado por un ser imaginario infundía más terror que placer– me estremecí. Al mismo tiempo recordé que el día de la fiesta en la Asociación de Abogados, Malena llevaba un vestido celeste. Pobre Aguirre.

–Mirá, mirá –insistía.

Levantó algo celeste del sofá. Lo sostenía en la palma de la mano, como si fuera la prueba de un crimen y tratara de no dejar en ella sus propias huellas digitales.

–Es un guante –dije estúpidamente.

Aguirre levantó la vista del guante, alzó la mano, encogió el cuerpo: un mendigo pidiendo limosna.

–Ah, no sabés cómo me gustaban las manos de Malena. Esos dedos largos, finos, las uñas almendradas, la piel tan suave. Esas manos no estaban hechas para sujetar nada. Y yo... ¡yo las cargué de alhajas!

Sí. Lo imaginé abriendo estuches ante los ojos honestos de Malena, tomando la mano desnuda para calzar su vulgar ofrenda de metales y de piedras preciosas, besándola ensimismado, fatuo, adorando carne, hueso y piel. Olvidando que esa mano era la mano de una persona. Tan de Aguirre.

–La ofendiste –dije con desprecio– y Malena no quiere usar tus joyas.

Dio un paso atrás como si lo hubiera golpeado.

–¿Estás loco? No la conocés a Malena. Es de necios rechazar un regalo y Malena no es necia. Las lleva puestas y vas a verlas con tus propios ojos.

El bip bip del reloj nos sobresaltó.

–¡Se acabó! –grité y retrocedí hacia la puerta.– ¿Dónde está esa maldita mucama?

Aguirre se había lanzado a abrir cajones de los muebles y los vaciaba a manotones.

–¡Todo lo que me queda de Malena! –jadeaba– ¡Todo lo que me queda de Malena!

–Pará –me of decir en voz baja y con lástima–. Pará.

De algún modo, mi piedad lo alcanzó. Se quedó quieto. Tenía una media enganchada en un botón del saco. Larga y fina como una hebra de

niebla, colgaba patéticamente del pecho robusto de Aguirre. La miró, me miró.

—Está bien—dijo serenamente, mientras desprendía del botón aquella media solitaria—. Está bien. Que sea Malena la que te convenza.

De la compasión por el hombre pasé a la furia contra el socio. No era la primera vez que Aguirre me acusaba de lentitud en percibir lo obvio.

—Sólo porque no veo el mundo como vos lo ves me tomás por idiota. De esa pedantería, Aguirre, está hecha la tela de tus sueños.

¡Mi última palabra era perfecta! El escritor que hay en mí pensaba en anotarla. El atropellado que soy dio media vuelta y se llevó por delante a la mucama.

—La cena está servida—dijo el juguete mecánico sin inmutarse por el choque.

Nada me paraliza tanto como el brusco contraste entre dos situaciones extremas. Atrás tenía mi heroica, poética victoria sobre la locura de Aguirre; adelante, un testigo de mi puerilidad. En el medio estaba yo, una masa de confusión y de bochorno. Qué iba a hacer. Dócilmente caminé entre la mucama que guiaba y Aguirre que nos seguía.

La mesa puesta centelleaba en un salón donde no había otros muebles. Me pregunté cómo acertar con los cubiertos adecuados en aquel mar de cristalería que se derramaba en un mantel como las imágenes de un banquete de las Mil y Una Noches, a modo de un oleaje luminoso y fugaz que durante un segundo colma de esplendor el desierto, la soledad y la miseria. La comida, ¿también sería incomible?

—Sentate—ordenó Aguirre, mientras echaba una mirada furtiva al reloj y otra a la escalera.

Ya dije que el comedor estaba amueblado por la mesa y sus sillars. Debo añadirle la escalera. Qué escalera.

Era tres veces más alta y más ancha que una escalera común y bajaba del piso superior en una curva majestuosa. La extravagancia de los arquitectos es proverbial pero la de Aguirre los superaba a todos. El último escalón, rebajado, se metía en la alfombra, a un metro de la mesa. Esa escalera absurda me provocó un alud de recuerdos, un alud de escaleras iguales, monstruosas y solemnes: las escaleras de utilería de viejos films argentinos, del cine rosa norteamericano. Por ahí, me dije, baja la muchacha de ensueño flotando en su hermoso vestido, hacia la cámara que es el ojo del hombre. Y entonces comprendí. Pobre Aguirre.

Mi socio, sentado en la otra punta de la mesa, ante ese fantasma de tobogán romántico, ese truco barato y sensiblero que en una época nos impresionó, esperaba a Malena. Con un estremecimiento de horror, calculé cuántas noches en cinco años habrían repetido la escena, el muchacho

esperando a la muchacha, la muchacha bajando la escalera. Y con un estremecimiento de pánico, vi la cara de Aguirre, tensa y blanca, que se elevaba y sonreía.

—Malena—anunció triunfalmente.

Mi primer pensamiento fue que en vez de un vaso de whisky me había tomado una botella. El segundo, que la locura de Aguirre era contagiosa. Después, sin razonar, como el soñador en un sueño, miré a través de telarañas.

Tuve una imposible, fantástica visión de sueltos rasgos femeninos—unos cabellos rubios, el trazo de un mentón, la curva apenas dibujada del hombro, el atroz movimiento de una sola pierna—insinuándose como una sombra rota detrás de una ennegrecedora red de luces: era lo que quedaba de Malena en el fulgor de sus alhajas. Solamente los ojos, conmovedoramente humanos, con una vaga mirada de dolor animal, resistían la desaparición del cuerpo. Con esos ojos, Malena se aferraba a este mundo.

Vací de un trago el vaso, lo apoyé con cuidado sobre el mantel, que giraba en un espacio oscuro. Hubo un largo silencio. Oí el latido de mi corazón, el bip bip del reloj de Aguirre. Los dos sonaban igualmente mecánicos.

—¡Pero qué linda sorpresa!

¿De quién era esa voz natural, cálida e inocente, que saludaba una presencia? Ya no estaba seguro de nada. De aquí en adelante, me dije, no habrá seguridad. El comedor, la escalera, la mesa, oscilaban para borrarse como las siluetas que imprime la luz bajo los párpados, mientras la voz se acercaba, preguntaba cariñosamente por Sofía y los chicos, decía, llueve otra vez, qué pena, se burlaba, sin la lluvia se nos acaba la conversación, y pasaba, dejando una estela de frescura, un tintineo prometedor de cielos claros más allá de la sombra, un alegre cenorro que me sacaba fuera de esa noche cavada en una noche de verano. Nunca había oído una voz así. Nunca en toda mi vida. Abrí los ojos.

Parpadéé interminablemente. ¿Qué me había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Soñaba antes o soñaba ahora? Tal vez el amor transcurra como el tiempo: a saltos y esquivando agujeros negros en la trama celeste. Tal vez, durante unos segundos, había caído en el amor de Aguirre. Recobrada mi propia identidad, todo era diferente y (a excepción de la voz de Malena) de tan cotidiano casi burdo. Malena me desilusionó.

Era alta, flaca, el pelo descolorido y lacio, tenía aspecto de chico que ha pegado su primer estirón en una fiebre, y algo de la incomodidad nerviosa, de los movimientos desgarrados de un chico daban una ligera gracia al cuerpo que luchaba con las sedas y los frunces de un ridículo vestidito celeste. El perfil de la cara era agudo, como dibujado contra el viento, el pelo echado para atrás despejaba una frente muy amplia, una nariz larga y fina, una sonrisa de labios delgados que se hundía en las

comisuras prolongando y ahondando la risa. Había humor e inteligencia en esa cara. Explicaba la voz.

No sin esfuerzo comprendí que esta desconocida Malena se emparentaba con la de mi recuerdo. De lejos, en una fiesta llena de gente, me había parecido hermosa. Algunas mujeres tienen esa cualidad mágica, se mimetizan con nuestros deseos. El efecto tampoco dura mucho.

La vi caminar hacia Aguirre, tan candorosa y desmañada, tan terrestre y patética en la angostura de su matrimonio, que la visión de otra Malena en la escalera se borró al mismo tiempo que su ilusoria belleza, el falso impacto de cinco años atrás. Esta Malena juvenil, disparatadamente saludable, se inclinaba sobre su marido y, con la tierna devoción de una hija, lo besaba en la frente. Qué viejo me pareció entonces Aguirre.

Me miraba desde el otro lado de la mesa como el único centinela de un fuerte abandonado mira el campo desierto. Callado, apático, aquel hombre que pocos minutos antes se agitaba en remolinos de sentimentalismo, recibió con indiferencia el beso de Malena. Sólo los ojos retenían un brillo alerta, suspicaz: la húmeda, pegajosa mirada de un voyeur. Sospeché que me espiaba y me dio asco.

—...y una galería de chapas, con el jardín lleno de yuyos, abandonada en la garúa...

La voz de Malena que contaba una historia me hechizó. Siempre he admirado en las mujeres esa abnegada labor de animadoras que cumplen cuando los hombres callan. Más de una vez, en tediosas reuniones de familia, en comidas con tediosos clientes, o agradecerido el parloteo de una voz femenina. Pero Malena no era Sofí ni las variaciones de Sofí.

La nimia historia de no sé qué robo en Quilmes, que improvisaba para distraernos, crecía en su voz como el curso de un río de montaña. Contaba y me mostraba mi triste condición de abogado mediocre, de vulgar hombre de familia. Contaba y abría puertas de cuartos clausurados, llenos de polvo y telarañas. Que Aguirre no prestara atención al relato me indignó. Tan de Aguirre, pensé. Interesado nomás en la apariencia. Malena hacía bien en dejarlo.

Yo veía a Malena en otro marco. Una habitación apretada de libros, una lámpara, el olor delicioso del papel, la música de una máquina de escribir, la angusta voz del intelecto imponiéndose al bruto silencio de la carne. No hay derecho, me dije. No había derecho de que una voz así le tocara a un sordo como Aguirre.

—No, gracias —dije a la mucama, que me servía más vino.

Estaba muy mareado y aunque el mareo era agradable, sentí una punzada de temor. Me oí rezando: Y no nos dejes caer en la tentación, amén. Luego aparté la vista de Malena.

La mesa era tan grande que parecíamos flotar, con un balanceo impreciso, como tres grandes barcos en un puerto lleno de luces. Malena

ocupaba una silla en el centro y hablaba dirigiéndose a Aguirre, quien me miraba desde la cabecera. Yo, en la otra punta, estaba de frente a Malena, pero tan lejos que sólo podía verle el perfil. La oía, en cambio, como si la tuviera a mi lado. En ese cuadro de una comedia absurda la única que no representaba era Malena.

Aguirre hacía el papel de marido inerte ante la voluntad de la esposa. Yo, el testigo, fingiendo ignorar la situación, me pasaba de bando. ¿Y Malena? Malena tenía una historia y la contaba, Malena era libre y feliz. La deseé como jamás había deseado cosa de este mundo.

Me aterrorizó la violencia de mi deseo. Me voy, decidí, antes de que sea tarde.

—¿Viste? —preguntó Aguirre con una sonrisa repulsiva.

Claro que había visto. Vi con mis propios ojos el doble error cometido una noche de fiesta, cinco años atrás. Vi cómo corregirlo. Nunca, lo juro, me sentí tan hombre.

—Sí —dije— Y no me importa.

Si algo de realidad doméstica, tangible, nos adhería a la mesa, en ese momento se soltó. Enfrentados a la verdad, había que tomarla.

El cambio fue tan brusco que durante un segundo creí que se habían apagado las luces. En la oscuridad oía la garúa y la voz de Malena. Esa voz me reveló de golpe toda mi soledad, toda mi hambre. Supe que había buscado esa voz desesperadamente. Porque no la encontraba, hablaba solo. Porque me cansaba hablar solo, leía. Pero las voces que uno encuentra en los libros son de amistades mudas.

—Malena —dije temblando de emoción—, deberías escribir esa historia.

Lentamente se volvió hacia mí y me miró con esos ojos. La verdad estaba en los ojos de Malena. La verdad era que yo quería escribir.

Con otra voz, hasta con un acento raro, Malena preguntó:

—¿Para qué?

La quise tanto, tan orgulloso me sentí de la generosidad de su entrega que, como si en la expresión sarcástica de Aguirre me pareciera leer una advertencia, me levanté y le dije, furioso:

—Vos no la conocés a Malena.

Aguirre se encogió de hombros.

—¿La vas a cuidar?

Yo abandonaba una mujer y cuatro hijos para hacer mi vida con Malena, no para deshacerla.

—¿Vos qué pensás? —le pregunté a Malena.

Malena me miró con esos ojos. Y no volvió a mirar a Aguirre.

Tal vez los deseos mágicos se otorguen como el amor. A veces imperfectos que los reciben en la mano para dejarlos resbalar entre los dedos. Ya pasaron cinco años de esa extraña noche y sólo a mi torpe



A Tola y Milha

La primera bocanada de humo me produjo náuseas. La boca llena de saliva, busqué un lugar libre, sobre el piso, donde aplastar el cigarrillo, y me levanté. Hubo quejas, como siempre; no les presté atención. En el baño abrí la canilla, salía apenas un hilo muy delgado de agua; me mojé los ojos y traté de enjuagarme la boca, pero seguí sintiendo mal gusto. Salí afuera.

El cielo iba aclarando. Hacía frío. Me abroché la campera, tenía pan y chocolate en los bolsillos, mordisqueé unos trozos. Los labios me quedaron sucios, por el chocolate. Los limpié con la manga, pero la sensación persistió.

Estuve un rato parado en la esquina. El almacén estaba cerrado, y los postigos de madera no son malos para recostarse. Pensé que cuando se fueran del parque podría dormir, aunque me resulta difícil, al sol; de todos modos, el parque nunca queda totalmente vacío, y prefiero que no me vean. Luego me saqué de la cabeza la idea de dormir. "Más vale que no siga pensando", me dije. "Mejor buscaré alguna cosa para hacer."

Anselmo ya estaba trabajando en ese agujero, le sorprendió verme tan temprano.

—Desperté solo, de golpe—le dije, y agregué que venía a ayudarlo. Me alcanzó una palita no más grande que mi mano, sin hacer comentarios pero me observaba de reojo. Estuvimos sacando tierra, en silencio, yo la ponía en un balde y cuando el balde se llenaba él iba a vaciarlo. Salió el sol y empezó a hacer un calor infernal, pensé en dejar de escarbar pero seguí trabajando un rato, por inercia, y tenía miedo de aburrirme. Después le dije que me iba. Dijo que mañana encontraríamos piedra, habría que usar el

taladro, que me diera una vuelta. Le dije que tal vez, sin comprometerme. Dijo que estaba loco si pensaba cobrar por esa miseria de tierra extraída y yo me reí y le dije que había sido un placer, de todos modos me alcanzó un paquetito, algo envuelto en un grasoso papel de estraza.

Cerca del mediodía fui a la explanada, no tanto por ver a los ciegos sino por la sombra, aunque son cómicos los ciegos, cómo caminan ayudándose y luego se pelean; no había mucha gente mirando y después de un rato deprimen. Son sucios y, en su mayoría, andan desnudos; los hombres desnudos me dan asco. Hay algunas mujeres, muy pocas, todas están vestidas y son muy flacas.

Un grupo empezó a pelearse por una mujer y me sentí mal y me fui a las ruinas. Es un lugar que me encanta y siempre está vacío; salvo alguno que otro, la gente no sabe apreciar las ruinas, y el lugar es tan amplio que se puede andar y andar sin ver a nadie, y como no tengo dinero no es peligroso, pero Ruth me dijo que hace días mataron a uno, y no fue por dinero.

Desaté el paquete y vi que era una milanesa entre dos tajadas de pan, me alegré de que Anselmo me hubiera dado comida, porque no tenía ganas de ir hasta allá y esperar. Comí recostado contra una pared que me gusta, conserva dibujada la forma de los escalones, parece que la escalera estuviese allí, invisible. El empaquetado es tonto, una flor de lis repetida, pero al echarse a perder y descascararse adquirió cierto interés. Busqué sombra, entre unos escombros, y me dormí.

El sol se corrió y me dio en la cabeza; desperté malhumorado; hubiera querido seguir durmiendo. Tenía los ojos hinchados y necesitaba lavarme la cara, pero era imposible. Me escupí las manos y me pasé saliva por los ojos. Quedaron peor, más pegados.

Dirigí mis pasos hacia la fuente (imaginaba que seguía seca), porque calculé que ya se estaría formando la rueda. Tanteándome el bolsillo comprobé que la moneda estaba allí.

—Hace dos días que no pagas—dijo el Rengo, y le extendí la moneda. Luego siguió hablando, mientras yo me sentaba en la piedra—. Prefirió meterse en la gelatina—decía— antes de que le quitaran un puto peso. Da asco, esa gente da asco—y escupió hacia un costado, con auténtico odio.

Se hizo un silencio, y yo sabía, juro que lo sabía, que el Enano me lo iba a preguntar. (No es enano, en realidad, sino bastante alto.)

—¿Y tu Llilli?—dijo, sonriendo estúpidamente—. ¿No has visto a tu Llilli?

Yo escarbé el suelo con la punta del zapato y lo insulté, con la cabeza gacha. No tienen por qué hacerme acordar. Me pidió disculpas, y dijo que

no quería burlarse, que había sido una pregunta simpática, que todos tenemos una Llilli en algún recoveco del corazón; le dije que se callara, o que cambiara de tema, entonces el Ulises hizo trampa en la rueda y me alcanzó el mate, pero nadie protestó y el Gusano se puso a hablar de los cigarrillos; dijo que podríamos hacer una nueva incursión colectiva, la última había resultado excelente. A mí todavía me quedaban algunos, pero di mi aprobación porque quería hacer algo. Odio la inactividad, me hace pensar.

Se discutió, y al fin nos pusimos de acuerdo para el día siguiente; se convino que podíamos extender los fines e incluir el alcohol. Me gustó la idea, porque necesitaba alcohol, y además porque veía inquietud en la rueda; pensé que todavía se podía hacer algo con ellos, me enerva ver desperdiciándose a la gente que tiene tanto en común.

Me hicieron pensar en Llilli, no quería. Me trabaja la cabeza durante horas, y siempre concluyo en que no hay manera cierta de encontrarla. Y de encontrarla, ¿qué? Entonces me río y, cuando puedo, me emborracho.

Muy temprano para volver al cuarto. Podría dar una vuelta por el centro, pero a pie. Había gastado la última moneda, y no tenía ganas de conseguir otra; únicamente que se diera la oportunidad. Es un problema de inspiración.

No me importa caminar mucho, pero el centro, la mayoría de las veces, me deprime; luego el regreso se hace interminable. Con todo, empecé a caminar hacia allá.

Noté que las líneas que marcan el margen de seguridad habían sido corridas nuevamente, y tuve que dar un rodeo.

“Se extiende”, pensé, pero la gelatina no me preocupaba desde hacía mucho. Quiero decir que no fue una frase triste, como podría pensarse. Simplemente estimativa.

Cerca del centro descubrí por qué me deprime, o al menos una de las razones. Son las mujeres. No sé si por la luz artificial, las veo distintas. Se parecen casi todas a Llilli, desde cierta distancia. Seguí a una, pero me llevaba mucha ventaja y entró en el borbollón y la perdí; estoy seguro de que no era ella. Siempre hago lo mismo.

No quise meterme en el borbollón y tomé por una calle lateral. Oí ruido de vidrios y me apresuré, pero la gente ya se dispersaba, entonces volví a doblar y, con un sentimiento de frustración, me alejé de allí.

Distraído, caí en la tontería de pasar cerca del punto de reunión de las gordas, aunque nunca se sabe, últimamente, dónde lo pueden encontrar a uno. Se me echaron encima como fieras y me vi obligado a correr; al fin

logré zafarme, pero tuve que sacrificar a un pobre tipo, desprevenido, que se puso a aullar. Sentí pena.

Al recostarme contra una pared, para recuperar aliento, fui atacado por un par de sensaciones. Tenía hambre y, a pesar de tratarse de ellas, la persecución me había despertado deseo sexual. Por un momento tuve la loca idea de volver y entregarme a las gordas. Me rei. Fastidiado, comprendí que no tenía más remedio que conseguir dinero, aunque no tuviera ganas, y me puse lentamente en movimiento, con esa finalidad.

Ya era plena noche. No había conseguido nada. "Claro", pensé, "cada día tiene que ser más difícil." Al fin me decidí y entré al borbollón. Hay que tomar más precauciones, porque ahí no se trata del más fuerte ni del más ágil, donde a uno lo descubran no tiene suerte, la gente lo pisa, lo aplasta, lo desintegra.

Es una pena porque una rubia me estuvo siguiendo un trecho. "No está mal", pensé, pero aún tenía los bolsillos vacíos, y pronto se perdió de vista; es cierto que ella podía tener dinero, y manéjé la idea un instante, pero en ese sentido soy un poco chapado a la antigua. El maldito orgullo, siempre me trae problemas.

Conseguí una billetera con una buena suma. Me resultó tan fácil que pensé en una trampa, como le pasó una vez al Ulises. Por suerte pudo escapar con la cartera de la mujer, casi pierde la vida. No entiendo el retorcimiento mental de esos tipos que tienden trampas, supongo que formará parte de las distracciones ociosas de los ricos.

Salí del borbollón y traté de orientarme por una calle lateral. Había luna, aunque muy pobre. Exceptuando la avenida, no hay casi iluminación en las otras calles. Guardé la plata en el lugar secreto y tiré la billetera. Me molesta andar con plata, uno se expone a cualquier cosa. Siempre pensé que era mejor alguna forma de intercambio.

Pagué el refuerzo de salame con un billete chico que había separado previamente y que apretaba en un puño.

Discutí el precio para disimular, no fuera que se dieran cuenta que tenía plata.

La calle de las prostitutas no estaba lejos.

- Señor.
- Señor.
- Señor.
- Señor.
- Señor.
- Señor.
- Señor.

Elegí apresuradamente porque no quería seguir escuchando esa palabra. La hubiera preferido más joven. Arreglamos el precio.

-En el túnel es más caro -dijo, pero yo lo sabía y, de todos modos, era más barato que en la casa, y tenía la ventaja de ser más privado-. Escúcheme -dijo, luego, tomándose del brazo y bajando la voz-. Le conviene pagarme e irse. Se va a meter en un lío.

-¿Por qué? -pregunté.

-Soy virgen -respondió; solté una carcajada. Se molestó porque no le creí, no me entraba en la cabeza, tenía más de treinta y cinco, quizás cuarenta. Volví a reír.

-Yo le advertí -dijo fríamente; y la noté un poco nerviosa.

Nos pusimos de rodillas y comenzamos a avanzar por el túnel. Nuestros cuerpos se rozaban y yo aprovechaba para manosearla, pero era incómodo. Antes de entrar ella se había bajado las medias, para no romperlas. Me dolían las rodillas. Yo no me decidía por ningún sitio; al fin se cansó y me hizo doblar hacia un hueco, a la derecha. Había un cabo de vela y lo encendí.

-¿Es necesario que haya luz? -preguntó, y le dije que sí. Se desvistió desganadamente mientras yo la miraba.

-¿Bien? -pregunté, porque se detuvo al llegar a las últimas prendas.

-Es adelantado -dijo, con voz ronca.

Mientras yo metía la mano entre mis ropas y extraía el dinero, del bolsillo secreto en el calzoncillo, ella, con cierta timidez, terminaba de desvestirse.

Tenía un cuerpo que no valía nada. Rellenos en la ropa, por todas partes. De todos modos la acaricié, pero me sentí estafado.

-Por favor -dijo-, no me haga daño.

En honor a la verdad hubiera preferido darme vuelta e irme. No veía la necesidad de gastar dinero en eso. El deseo había desaparecido como por encanto. Pero no me atreví a ofenderla.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Me seguía pareciendo atemorizada.

-¿Qué espera, señor? -preguntó, al fin; no había insolencia en el tono, ni urgencia.

-Rápido, la mano -dijo la voz, y sentí el revólver en la espalda y alguien puso la almohadilla a mi alcance. No podía seguir discutiendo. De nada vale alegar ignorancia, ante la ley.

-Yo te expliqué -me dijo ella-. No me hiciste caso.

Su prenda manchada de sangre estaba allí, sobre un banco de madera, como prueba legal.

El revólver insistió. Apreté con odio la mano contra la almohadilla.

Ahora, sobre el papel. Toda la mano. Una huella verde. Después tuve que pasar la prueba con ese cura gordo, de cara repulsiva.

—Señorita Magenta Inés... por esposo al Sr. ...

Mi nombre no importaba. Yo declaré Marco Tulio, como me llaman —creo que me lo puso el Rengo, y nunca supe por qué.

Incluso le dieron un ramito de flores. Blancas.

El ómnibus empezó a llenarse y llenarse y me sentí mareado, pero por muchos motivos. Magenta se apretaba a mi lado, con rostro feliz. Le hubiera pegado. Su expresión soñadora. El boleto cuesta casi el doble de lo que ella cobra. No sé cómo hace la gente para viajar.

El ómnibus cargaba tanto que apenas se movía. Uno cada seis horas, hay que tenerlo en cuenta. Habíamos logrado, mal que bien, sentarnos, al fondo. Luego fue que comenzó a llenarse. Manos, piernas, sombrillas, carteras, nalgas, todo nos refracaban por la cara.

Una mujer de expresión plácida, vestida de naranja, apoyó cómodamente su sexo en mi mentón, cuando alcé la cara para mirarla. Sonreía descaradamente. Me dio no sé qué moverme.

Luego desmayos, se nos caían encima. En el momento de bajarnos no pudimos, nos pasamos varias paradas. Era agotador. Yo empujaba y empujaba. Magenta aprovechaba el hueco que iba formando mi cuerpo antes de que se cerrara. Me revisaron los bolsillos, pero no llegaron al secreto. A ella le manosearon el relleno, también con mucha tranquilidad. Le sacaron la cartera.

Cuando se abrió la puerta ante mí, aprovecharon el impulso que tomé para descender, quitándome la campera limpiamente; a ella el saco y, no sé cómo, los zapatos.

Varios días después. De madrugada. Un sueño violentamente erótico, acerca de Llilli. O quizás no era ella, pero yo quería que fuera. Me desperté, y alguien jugaba con mi sexo; a la luz del fósforo vi que era esa peste, la chiquilina del matrimonio viejo. Le di una cachetada pero no lloró, tenía miedo de que se enteraran los padres. Aproveché que el fósforo seguía prendido y encendí un cigarrillo; hubo protestas.

Busqué a Magenta, luego recordé que estaba trabajando, con el que nunca se saca el sombrero. No sé cómo soporta el asco. Aunque más no fuera por el color hepático de la piel, la nariz afilada.

Me levanté para ir al baño; tuve suerte porque había agua. Luego no quise volver allí y comencé a subir la escalera. La escalera bordea una estructura de hierro pintada de negro, que tiene un hueco en el centro, y hay cosas colgando. Creí que nunca llegaría allí arriba, estaba cansado y con sueño. Pensaba en Llilli.

Por casualidad hallé un sitio en el pasto. Dormí. Al despertar, vi que había salido el sol, y que la gente del parque se reía, por la ubicación de mis manos.

Me encontré sin saber qué hacer, no tenía ganas de ir a ningún lado. Después me di cuenta que tenía hambre, y compré un refuerzo de mortadela. Extrañaba la rueda de la fuente, pero hasta la tarde no habría reunión. No los había visto, ni a ellos ni a nadie. Me pregunté qué habría pasado con la incursión. Yo seguía necesitando alcohol, más que antes. Cigarrillos podía comprar, ahora tenía dinero, pero con el alcohol es distinto, hay que conseguirlo. Seguramente no me habían guardado nada.

Entonces, a pesar de que queda un poco lejos, decidí ir al puerto, ya que la mañana estaba fresca y se podía caminar. No sé por qué se me ocurrió ir al puerto. Tenía ganas, simplemente, pero quiero decir que hacía mucho que no iba, no sé cómo pensé.

En una calle de la ciudad vieja me crucé con el rebaño de los deformes, siempre una mala impresión. Avanzan lentamente, porque algunos tienen que arrastrarse. Seres compuestos como al azar, una pierna y tres brazos, ojos por todas partes, todos se mueven como escarabajos. Al frente iba la maestraita, una niña casi. Ojos verdes. Me miró en forma demasiado prolongada. Hubiera querido hablarle, pero los deformes me cohibían, tantos ojos me miraban.

Parecía una muchacha muy buena, tan triste. Del rebaño salía una canción, como un himno; no estaba mal cantada. No entendí las palabras, excepto algo sobre el cemento.

Flotaban cosas en el agua, y había mal olor. "No es día para venir al puerto", pensé. Algunas gaviotas. El horizonte rojo, nubes. "Quizás llueva", me dije, y lo relacioné con la escasez de agua, pero es desconcertante porque no tiene mucho que ver. Nunca supe de qué dependía que hubiera o no hubiera agua. De llover, pasearía bajo la lluvia. Necesitaba agua, todo mi cuerpo.

Anduve por la escollera y luego por la rambla. En la playita no cabía un afiliter, todo repleto de gente. Crucé hasta el monumento y encontré a la maestraita junto a una palmera.

—¿Cómo puede soportarlos? —le pregunté, y me respondió, con una sonrisa, que hay que acostumbrarse. "Son adorables", dijo. Yo hice un gesto, torciendo la boca. Le pregunté si no quería pasear, y dijo que tenía poco tiempo pero que, de todos modos, unos minutos podía concederme. Caminamos en silencio y luego la acompañé hasta la colonia; funciona en la catedral, semiderruida.

Le pregunté el nombre.

—Los chicos me dicen Ma.

—Creo que volveré a verla, Ma —dije, y le hice adiós junto a la puerta, moviendo tres dedos de la mano derecha como si tocara el piano.

Cuando me alejaba empezaron a sonar las campanas, y me apresuré porque tenía ganas de ir allá, a comer, no porque no tuviera dinero, sino porque hacía tiempo que no iba y, a pesar de todo, extrañaba.

Se corrían rumores, se murmuraba. No dan más cuchara, porque las roban. ¿Cómo vamos a comer, metiendo la trompa en el plato? Uno que trataba de filtrarse mostrando una tarjeta amarilla; la cola no avanzaba. Yo no tenía apuro; sentado sobre el pasto, miraba más allá del alambrado. Hubiera vuelto a dormir. Me pregunté si "Ma" sería apócope de maestra o de mamá. De todos modos me desagradaba llamarla así. No se parecía a Llilli, pero me gustaba. De otro modo, no sé cómo explicarlo. Hubiera querido conocer su verdadero nombre. Empezaron a pasar con los platos de sopa, los viejos se tiraban la mitad encima. Algunos, en efecto, no tenían cuchara. Discriminación, pensé. La cola había perdido su forma y todos se amontonaban apretados, se peleaban. Tuvieron que suspender y ordenar de nuevo la fila, no veo qué apuro hay por comer, alcanza para todos.

Me levanté y decidí ubicarme, porque los que ya habían comido volvían a ponerse en la cola, por si conseguían otro plato.

La fuente tiene en el centro una estatua que representa a una mujer desnuda, toda blanca, sosteniendo un cántaro. En los buenos tiempos el cántaro echa un chorro de agua; ahora estaba seco. Arrojé un montón de dinero al centro de la rueda, y me miraron con estupor. Después de repartirlo hicieron preguntas, no quise dar demasiados detalles. No habían ido a la incursión, desconcertados por mi ausencia.

—Son unos holgazanes —dije, y la palabra los hizo reír. Les di también un par de atados de cigarrillos—. Necesito alcohol —dije—. Hoy. Ahora. —Sltt —dijo el Ulises; había empezado otra vez con aquello de Joyce, lo sabía todo de memoria.

Les conté de la maestra y se decepcionaron, esperaban detalles eróticos. Pero a la Chancha se le iluminaron los ojos.

—Me acuerdo —dijo—. Hay un clavecín. En la catedral.

Todos se animaron, pero adopté un gesto hosco.

—Apenas la conozco —dije, y vi que era inútil, porque se movilizaban.

—Y de ahí al hospital —dijeron, llenos de entusiasmo; el Gusano dijo que no, que primero al hospital, pero era muy temprano. De todos modos, yo, borrachos, no los llevaría. Aun así tenía mis reservas. No sé hasta qué punto podía confiar en ellos.

El Gusano reptaba y se retorció, llorando. Yo estaba agachado, apretándome la nuca con las manos. Creo que lloraba, también. No importaba que el

clave estuviera bastante arruinado. Cuando hubo silencio pedí la fantasía cromática y fuga. La Chancha se limpió las manos en el pantalón y comenzó. De pronto vi que empezaban a aparecer los deformes. Cerré los ojos.

Hasta un rato después no me di cuenta de que Ma se había deslizado junto a mí. "Cuidado", le susurré al oído, señalándole a mis compañeros. Todos estaban abstraídos en la música, sufrían bárbaramente. Ella asintió.

No sé para qué vino. Me puso nervioso y me distraje. Cuando advertí que la música estaba por terminar le dije que se fuera y se encerrara, mañana la vería. Le besé una mano.

Los enfermos lograron atrincherarse, llenaron la entrada de obstáculos. Tratando de derribar la puerta le rompimos la muleta al Rengo, que se puso a maldecir. Al fin la puerta cedió y entramos todos juntos, de golpe; los enfermos desaparecieron. A la entrada del laboratorio vimos al médico, cruzado de brazos.

—Apártese —dijo Horacio, y el médico movió la cabeza. Tenía lentes gruesos y era calvo.

—No queremos lastimarlo —dijo el Rengo, que se agarraba del Enano para no caerse.

—Apreciamos su obra, doctor —le dije— y tenemos un poco de dinero. Podemos entendernos.

Movió la cabeza, tercamente. Avancé y lo empujé a un costado; me dio un pufetazo en el pecho que me hizo tambalear.

Entonces avanzamos todos juntos.

—¡Con cuidado! —gritó el Gusano, y tratamos de filtrarnos entre los golpes.

—¡Los enfermos! —sentí que gritaban, y me di vuelta y los vi, venían hacia nosotros empujando camillas y otros objetos contundentes y deslizables. Flacos, con pijamas blancos, parecían fantasmas, las caras macilentas.

No queríamos hacer daño; nos obligaron. Se rompieron un montón de cosas, y algún enfermo quedó malparado. Yo agarré una damajuana de diez litros, pero la Chancha me dijo que primero le tomara el olor, podía ser eucaliptado. Cuando todo terminó nos reunimos en la fuente.

—¡Llilli! —grité, y comencé a trastabillar detrás de ella. El pañuelo blanco en la cabeza, la forma de las piernas, las botitas de cuero, negras, con el borde de piel blanca. Pero no era ella, y cuando doblé la esquina fui a caer en brazos de las gordas. No pude huir, casi me deshacen, se pelearon entre ellas y yo vomitaba.

Me llevaron a una casa, trataron de reanimarme con café, me despabilé un poco pero me hacía más el borracho, buscaba la manera de escapar. No pude.

Me desnudaron, se desnudaron, se me tiraban encima, siempre peleando, esos cuerpos horribles, yo vomitaba pero ya no me quedaba nada en el estómago.

Amanecí en las ruinas. Por suerte estaba vestido, pero no tenía nada de dinero. Vi que el sol estaba alto. Me dolía la cabeza, tenía la lengua hinchada, el estómago un fuego. Al incorporarme sentí un dolor terrible en los testículos.

Me agarré de las paredes, tambaleaba, el sol me hacía mal a la vista; imaginé que tenía los ojos llenos de sangre, no los podía abrir bien y veía rojo. Me eché de nuevo a la sombra, la garganta resaca.

—Agua —dije, pero no me podía mover. Cuando desperté, llovía.

No quise ir a la rueda, ni podía ver a Ma en este estado. Fui a la pieza y me tiré en el suelo. Magenta no hizo preguntas. Trajo algo de comer, mordisqueé un poco, y le pedí agua. De noche empezó a caer la gente y me despertaban, sin consideración. Grité que se callaran, pero no hicieron caso. Vaya por las veces que yo cantaba y gritaba, dijeron. A las diez se apagó la luz. La italiana se quejaba dulcemente, me tapé la cabeza con la almohada. Magenta me mordió un hombro y le dije que se fuera, ella sabe que yo deseo a la italiana y me da celos cuando hace el amor con el marido, casi todas las noches.

Le pedí a Magenta más agua, la garganta resaca. Dice que volvió y me encontró dormido.

Varios días después.

—Pensé que no te vería —dijo Ma, y noté un dulce tono de reproche.

—Hubo problemas —respondí, sin explicar nada, ni siquiera que el día de ayer lo había pasado bajo la palmera, junto al monumento, pensando verla, sin animarme a ir a la catedral.

Notó mi malhumor. Caminábamos.

—Necesito estar a solas, contigo —le dije—. No hay ningún sitio. El túnel no, la catedral no, un lugar limpio y vacío, tal vez las ruinas, pero es peligroso, y me gustaría que hubiese pasto, y árboles, y quisiera estar limpio, yo mismo no me soporto la transpiración, que todo fuera distinto, ¿comprendes?

Sonrió y me apretó la mano, y dijo que no le importaba nada de eso. Fuimos a las ruinas. Había cerrazón, era de tarde, muy poca luz. Me tendí entre escombros y apoyé su cabeza en mi estómago. Me pidió que le recitara.

—No sé —dije; insistió, me trabé en la mitad de un poema de Neruda y no quise continuar. Entonces ella recitó en francés, como si conversara, algo muy suave y muy triste, no pude comprender más que frases sueltas o

palabras, me hizo acordar a la versión de Yves Montand de un poema de Prévert, Barbara, el mismo ambiente de lluvia o quizás era la forma de recitar. Le acaricié los senos por encima del vestido, no me despertó ningún deseo, era distinto, algo nuevo, quería acariciarle los cabellos y me hacía pensar en la gelatina o en los viajes por mar, me sentía viejo y cansado.

Me dijo si no la quería, que estaba distante, le dije que no es eso, que no podía explicarlo porque yo mismo no sabía, que no debíamos hablar.

—Dime que nunca nos separaremos —dijo.

—Nunca —respondí, y la cubrí con el cuerpo, apretándola en un rincón, achatándola contra el suelo irregular; pasaban los tullidos, buscando, golpeteando con las muletas. Sentí verdadero terror. Ma no se daba cuenta de lo que sucedía, le tapé la boca con la mano.

La cerrazón nos ayudó, pasaron cerca sin vernos. Ma trataba de moverse, quise transmitirle con el cuerpo mi sensación de angustia. Buscaban, golpeteaban, tropezaban con cascos y maldecían, alcancé a ver un trozo de tela negra y la madera de una muleta.

—Ya pasó —le dije después, y el camino de regreso lo hizo muy apretada contra mí, ahora tenía miedo.

El informe de Horacio estaba lleno de tecnicismos y era muy largo. Me aburrí.

—... de lo que se desprende —finalizaba, trepado en la piedra, sobre todo oscuro y lentes— la conclusión inevitable que, dado que la materia de la gelatina es indestructible (no fragmentable y, por lo tanto, no comestible), debemos desear la idea propuesta y, por el contrario, aguardar con resignación a que, tarde o temprano, ella nos devore a nosotros, dentro del plazo previsto (con la lógica dificultad de aproximación), de entre uno y diez años.

Alguien aplaudió, otro hizo un ruido grosero con la boca. Rechacé el mate porque todavía tenía el estómago maltrecho.

Llevé a Horacio aparte y le hablé de Llilli. Me dijo que, aparentemente, era un problema insoluble, que sólo podía, en último caso, resolverse por casualidad pero que, de cualquier manera, necesitaba saber todos los detalles antes de dar un juicio definitivo.

—No, no —me dijo, porque yo la describía, el pelo muy negro, los ojos negros, las botitas con piel alrededor, piernas perfectas—. No, no; yo no voy a salir a buscarla, M.T.; me refiero al lugar del encuentro, esos detalles.

—Fue en el borbollón —le dije, y lo vi mover la cabeza con aire triste, desesperanzado—. Después le hablé del túnel, pero dijo que el túnel no, y yo pensé que tenía razón, y le dije que en la pieza tampoco, hay mucha gente, y ella no ofreció ninguna solución; yo no tengo dinero, le dije, y ella me dijo que tratara de conseguir y que mientras tanto me esperaba en algún

lado, yo pregunté en dónde, y tenía la sensación de que quería darme el esquinazo; no me resignaba a que se me fuera, ella dijo que en la confitería, allí es un lugar seguro, a mí no me gusta porque allí van hombres elegantes, de pronto se dejaba seducir por un traje, o por un peinado a la gomina, de raya al costado, pero no tuve más remedio que aceptar y ella fue y se sentó y me sonrió a través de la vidriera, yo me alejaba mortificado, sentía que la estaba perdiendo, no sé si te aburro con estos detalles, pero es todo, no tengo nada más concreto. Horacio, tardé mucho en volver, ella no estaba, tiré el dinero a la vereda y se armó la gran pelotera en el borbollón, se mataban, rompí la vidriera con las manos, me llené de tajos.

—¿Volviste a la confitería?—preguntó Horacio. Tenía los ojos entornados, pensaba, es una máquina de pensar.

—Todos los días. Me bañaba y me afeitaba en el Termas Club, me compré un traje, no apareció nunca.

—¿Algo de la conversación?

—Hablaba mucho, pero en concreto nada; que no le gustaba el borbollón, había ido por aburrimiento.

—¿El ómnibus?

—No lo mencionó.

—¿Lenguaje?

—Culto.

—Bueno —se rascó la cabeza—. Da la impresión de ser una chica bien, probablemente de la zona arbolada. ¿Probaste allí?

—Todos los días, todas las noches, las manos en los bolsillos, aullando a la luna.

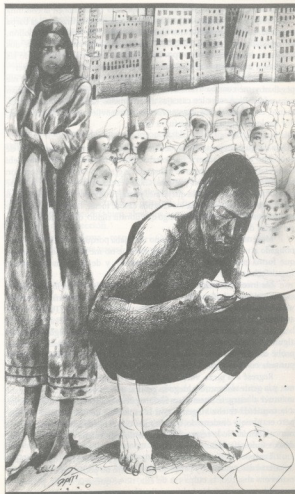
—Podrías volver a probar —comentó, sin entusiasmo—. Es difícil. Una aguja en un pajar, por supuesto. Yo insistiría en la zona arbolada, y en la confitería.

—No puedo volver a eso, Horacio —le dije, meneando la cabeza—. No puedo pensar en un traje nuevamente, o en el Termas.

—¿Prejuicios? —sonrió irónicamente—. ¿Por qué un traje? —se rascó la nariz con el pulgar.

Fui al borbollón. No para buscar a Lillí, Horacio me había decepcionado, sino para jugar con la depresión. Había descubierto que si no movía los pies la gente igual me llevaba, y a veces el apretujamiento, los pisotones, el manoseo, me producían un placer masoquista, y la emoción del riesgo de caermé, así, con las manos en los bolsillos. En una oportunidad me empujaron contra una vidriera, pero no se rompió; me golpeé un poco la cabeza, después volvieron a arrastrarme.

Un largo trecho con la nariz metida en el gorro de piel de una vieja, oía a naftalina, lo respiraba con fruición y me emborrachaba, me hacía doler la cabeza. Después logré acomodarme contra el cuerpo de una mujer



de cierta edad, alta, de carne dura; y le apoyaba la barbilla en la columna vertebral, me pareció que le gustaba. Uno de lentes, con una cómica barba en punta, calvicie prematura, se obstinaba en caminar contra el borbollón, en realidad retrocedía. Le saqué la lengua. Después me metí entre dos mujeres y les pasé los brazos por los hombros y me colgué, doblando las rodillas, y al principio se reían pero se cansaron y casi me dejaron caer.

Abandoné la vereda y caminé por el asfalto blando, los zapatos se me pegaban y me costaba avanzar, la gente no comprendía y me señalaban para reírse. Pasé entre los cascajos amontonados, se hundían progresivamente, en el asfalto, alguna vez fueron automóviles, ahora inamovibles. Por fin logré cansarme y me fui, a dormir.

—Deja tus guantes junto al río —le dije a Llilli; y la convidé con un trozo de chocolate amargo; advertí que estaba soñando y en ese momento debí despertarme; no quise, pero de todos modos el sueño cambió y aparecieron las arañas y las dentaduras postizas. Cada vez más gente en la pieza, no sé quién los admite; no puedo quejarme, yo traje a Magenta y no protestaron mucho, pero es demasiado, los cuerpos casi se tocan, no puedo ubicarme en una posición transversal y tengo que dormir rígido, despierto cansado y sin ganas de nada.

Magenta se movió a mi lado, no trabajaba porque era viernes y me vi obligado a tener relaciones con ella, aunque no me gusta, pero supongo que forma parte de mis deberes de casado, y de todos modos quedé insatisfecho.

Me incorporé un poco y encendí un cigarrillo, apareció la náusea y esa irritación en el píloro. El conjunto de respiraciones, algunas asmáticas, y los ronquidos, me sugestionan y no puedo respirar bien. Tosí, y no me animé a escupir porque imaginé que no había sitio. Me levanté y fui al baño, por más cuidado que puse no pude evitar pisar algún trozo de alguien, me putearon furiosamente. Entonces no me animaba a volver, probé dormir sobre los mosaicos del patio pero en seguida me vino la puntada en el omóplato y tuve miedo por los pulmones.

Regresé a la pieza, volví a pisar donde no debía y volvieron a putearme, y la gente murmuró y luego se generalizó una discusión, de la que me mantuve al margen. Encendí un fósforo para ver a quién tenía a la derecha, a la izquierda estaba Magenta, con la esperanza de que fuera la italiana, pero era el viejo desdentado, que me miró con el ojo de pájaro y preguntó si nunca dormía. No le respondí y traté de dormir; estaba desgano y tenía deseos indecifrables.

Tampoco pude en pensar en Llilli y al fin pensé en Ma, dónde podría llevarla al día siguiente, y pensé que lo nuestro no podía durar, por alguna razón era absurdo, la culpa era de ella, no sé qué veía en mí, pero yo la buscaba, y para qué. No había muchos lugares para elegir, las ruinas, no

podía llevarla a la fuente porque, tarde o temprano, la violarían, no me hubiese extrañado que hasta hubieran llegado a violar la estatua. El Gusano le besaba los senos y le acariciaba las nalgas.

Algún lugar verde, árboles, pasto, desierto. Magenta descubrió que me había despertado y se puso cargosa, le dije alguna grosería y le di la espalda. Me interrumpió el hilo de los pensamientos, en ese momento había presentado un lugar, se había formado en mi mente no como presencia sino como un vacío, un anhelo, pero sabía que estaba en mi memoria, que era real, no sólo un anhelo, tal vez un recuerdo de la infancia, algún sitio inaccesible o ya inexistente, o un recuerdo deformado, de alguna mata alta, o un plantío de tomates. Me dormí.

Tenemos que irnos de aquí, es insoportable —me dijo Magenta, al día siguiente.

—De acuerdo —respondí.

—Podrías venir a la catedral —dijo Ma—. Las ruinas están ocupadas, llenas de gente, pero hay una pieza que hasta tiene llave, y nadie la ocupa por temor a un próximo derrumbe. Puede ser peligroso, digo yo, con un viento fuerte, pero de pronto te vendría bien, al menos por un tiempo, o podrías inventar algún tipo de protección.

—No hay problema —respondí—. Quiero mudarme ahora.

—¿Tienes muchas cosas? —preguntó.

—Nada.

Ma consiguió arpilleras, y nos tendimos sobre algunas y con otras nos tapamos. Ella sin duda esperaba que yo. Pero yo me sentía muy bien así, a solas con ella, y de pronto me di cuenta de que hasta ella me molestaba, que quería estar solo, completamente solo, encerrado con llave. "¿Qué me pasa?", pensé. "¿Estoy tan viejo que aun esta niña me molesta?"

Percibí que realizaba unos movimientos complicados, y tenía el rostro encendido. Tomé las arpilleras-frazadas por una esquina y las levanté, se había desnudado. "Bien, bien", le dije. "Verás que no estoy tan muerto como tú pensabas."

No era virgen, sabía hacer el amor, pero de todos modos hizo que me odiara a mí mismo. Nunca había pensado en ella en ese sentido. No sé si llegó a advertir mi preocupación, esa falta de espontaneidad. Me pareció que todo se había echado a perder, que había empezado a podrirse. "Se acelera el proceso", pensé, y el resto del día lo pasé encerrado allí dentro, sin comer, cavilando. En un momento dado se movió el picaporte, sería Ma pero no quise abrir, preferí que creyera que había salido. De noche dormí muy bien, el piso era duro y frío pero las arpilleras hacían un buen trabajo, y me pude revolcar a gusto: amanecí sin arpilleras, en el otro extremo.

Varios días después. La experiencia de soledad me hizo bien, Ma miraba con la boca abierta cuando le alcancé el rollo de apérrillas.

—Es inútil —le dije—. No quiero abusar de tu hospitalidad, no te quiero, no quiero acostarme contigo. Me gusta cómo recitas en francés, te quiero como a una hermana, me da asco, no de ti, sino de mí, incesto o algo similar, no funciona.

Era de tarde, quedó llorando, le pasé la mano por el pelo y me fui a la rueda, en la fuente. Me senté en la piedra y me dijeron que estaba muy flaco, si era amor o hambre.

—Me acordé de un detalle —le dije, aparte, a Horacio—. Hablaba mucho de Pergolesi.

Se golpeó la frente con la palma de la mano y adquirió una sonrisa tan de felicidad que parecía cruel. Temí que dijera "eureka".

—No te excites —le dije, porque tartamudeaba. Dijo que con toda seguridad debía ser de los traumatizados del City, es lugar donde la gente culta se encuentra y se emborracha clandestinamente, famosa cafetería, pero bajo cuerda, dicen, sirven incluso alcohol de primus.

—¿Te parece? —pregunté, adelantando el labio inferior (indicando decepción).

—Seguro —dijo.

No podía creerlo, mi mala suerte, siempre, invariablemente. Algo me impedía ubicar al City y, claro, las rayas coloradas. Igual me interné, con mucho cuidado, porque a veces la gelatina es muy poco visible, pero no esperaba ninguna buena sorpresa.

La gelatina llegaba justo hasta la mitad del café; la otra mitad, por supuesto, desierta.

Vagué por las manzanas evacuadas, qué extraño me resultaba ver las calles vacías, casas, apartamentos enteros, completamente desocupados, ni un alma. "Un desperdicio", pensé, y me alejé rápidamente, porque la gelatina podía crecer en cualquier momento, pero me llamaron de una esquina, justo a la altura de una línea roja.

Ruth, la querida vieja gorda, asomada a una ventana de la planta baja.

—Vieja estúpida —le dije, besándola en una mejilla. Apoyé mis manos en el borde exterior de la ventana y eché un vistazo desconfiado hacia la gelatina—. Me hubieras pedido cianuro, es más simpático.

—Entra —me dijo—. ¿O tienes miedo?

—Sí, tengo miedo —le dije, pero entré igual. Un regio apartamento.

—Descubrimiento mío —dijo, con orgullo—. Las líneas se pintan con un margen de seguridad, una exageración. Las van corriendo y yo me mudo, siempre es distinto, nuevos ambientes. Ellos salen y yo entro. ¿Quieres una cocacola de la frigidaire?

—Nervios de acero —le dije—. El crecimiento es previsible dentro de ciertos límites; un día te despiertas y ya no más Ruth —le dije—. Tenías que haber escuchado a Horacio, el informe sobre —le dije—. Hay que ser vieja estúpida.

—Por eso —me dijo—. Soy vieja, pero no tan estúpida. Quiero pasar lo que me queda como lo que soy, una verdadera reina, toda la vida llena de pulgas, alguna vez tenía que ser distinto, me baño dos veces por día y calefacción. ¿Quieres escuchar discos? Charles Aznavour en español, Cafruné, una discoteca completa, todos longplay. Larga duración.

También insistió con la cocacola, pero le pedí alcohol.

—¡Alcohol! —dijo—. ¡Ordinario! Hay scotch, auténtico. Pero igual te puedo mostrar la frigidaire, se prende una luz adentro.

No quise desanimarla.

—No le cuentes a nadie —dijo—, si no, por más que hay miles de casas en estas condiciones, al final no me van a dejar sitio.

—No hay cuidado —le dije, saboreando el whisky, pero no me gustó; no sé si me habría hecho el paladar al alcohol puro, hasta me gustaba más el rectificado. Pero tampoco hice comentarios. Ruth era muy feliz, y yo estaba feliz de verla feliz.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó—. Hay cuarto de huéspedes completo, una maravilla, baño con azulejos y bidé.

—¿Agua caliente? —pregunté.

—Desde luego. Y bañera.

Me olvidé de la gelatina. Tuve que tirar casi en seguida la primera agua y volver a llenar la bañera, tanta mugre tenía encima.

—Qué flaco estás —dijo Ruth. Entró y me miró flotar, había hinchado los pulmones y subía, soltaba el aire y me iba para abajo. Le pedí que se fuera porque me daba vergüenza que mirara. Volvió a la hora y me encontró dormido.

—Te vas a ahogar o morir de una pulmonía u otras causas —dijo—. Es malo estar tanto tiempo.

Me acomodó, todavía un poco húmedo, en una inmensa cama de dos plazas.

—¿Enciendo la calefacción? —preguntó.

—Por Dios, no —le dije, y nos deseamos buenas noches y, como dijo ella, se retiró a sus habitaciones.

Cuando al día siguiente salí a la calle casi caigo muerto de un síncope, ver a la gelatina a casi veinte centímetros de mi nariz. Las líneas rojas habían sido sin duda corridas varias cuadas, porque no estaban más a la vista.

—¡Vieja loca! —le grité por la ventana, y ella estaba aún en la cama y vi cómo se le sacudía la barriga con la risa—. ¿No viste dónde está la gelatina? Nos salvamos por un pelo, no me agarras más con tu lujo desenfrenado.

—Ella siguió riendo y me hizo adiós con una mano que sacó de entre las sábanas. Me encogí de hombros y fui a ver a Anselmo.

A la tarde.

Horacio me preguntó qué tal me había ido, y le dije que al City lo había tragado la gelatina, no supo decirme adónde se había mudado la gente, quizás dispersado.

—Te va a ser más difícil, ahora —dijo, pellizcándose el mentón—. Una pena.

—Habría que hacer algo —dije, y chupé la bombilla. Todos me miraban, yo siempre tenía alguna inquietud, aunque mis ideas no resultaran.

—¿Algo como qué? —preguntó la Chancha, sin agarrar el sentido de mis palabras.

—No sé, no sé —dije, e hice un gesto vago—. Algo con la gelatina, con los ciegos, con la ciudad, no camina, ¿no ven? Envejecemos, hoy le dije a Anselmo, no me entendió, por supuesto, él en su agujero pero nosotros ¿qué? —El mate hizo ruido y se lo devolví al Rengo, que me escuchaba atentamente, le hice una inclinación con la cabeza, agradeciendo.

—Concretamente —dijo el Ulises.

—Concretamente, nada —respondí—. Es algo que siento, no sé explicarlo, algo que falta, o que sobra, no sé.

—Creo que agarro —dijo la Chancha—. Debe ser como un clavecín, hay días en que uno quiere tocar, pero no siempre, y hay días en que, lo mismo, necesitaría ser expresado de otra manera, digo yo, de pronto, por ejemplo, socialmente, llevarles de comer a los ciegos, o buscar la forma de destruir a la gelatina.

Moví la cabeza de un modo raro, como diciendo que era así pero no del todo. El Enano, yo sabía que iba a abrir la boca para nombrarla, lo debo tener obsesionado.

—Como buscar a Llilli —dijo el Enano—. Una redada general, entre todos.

Me fui a la pieza con un sentimiento indescifrable, ganas de no acostarme, de hacer algo.

Magenta nunca me hace reproches, pero, dijo, esta vez me había pasado de listo, la gente hacía comentarios, incluso propuestas de un hombre, vocación de manager.

—Oídos sordos —respondí, me fui a acostar con expresión de matón, mirándolos desafiante.

Había, en realidad, más gente. No pude soportarlo, no después de la catedral y de Ruth, de la soledad; el contacto con cuerpos era inevitable,

una cabeza sobre mis pantorrillas, Magenta y yo los dos sobre los costados, boca arriba no cabíamos, insufrible, ya, la mezcla de olores.

—Tus cosas y vámonos —le dije a Magenta, serían las tres de la mañana, sin pegar los ojos.

—¿A dónde? —preguntó.

—No sé —respondí—. Aquí no, no más, basta.

—¿El túnel? —consultó; le dije que no. Es lejos, prefiero no dormir, igual por una noche, y hay poco aire. No es solución. “¿Dónde dormías, antes?”, pregunté.

—Con las muchachas —respondió— por turnos, variables, un fastidio.

Tanté el terreno pero vi que no quería volver allí. Estaba la catedral, pero haría sufrir a Ma, cómo explicarle. ¿La solución de Ruth? No tengo agallas, si fuera realmente viejo, tal vez, pero a lo mejor tampoco.

Nos recostamos a las maderas del almacén, apoyados mutuamente dormitamos parados, cierto que en forma irregular, nunca profunda.

Después, discutimos. Agriamente. Por fin, me serené y le dije, para terminar:

—Tú por tu lado y yo por el mío. Yo me acomodo en cualquier sitio, no sé, también tú. El problema es los dos juntos. Algún día puede que volvamos a vernos. Ahora, adiós.

Eché a andar, aliviado. Me pareció que todo marcharía mejor así. Si se tratara de Llilli sería distinto, yo sé que sería capaz de romperme la cabeza y encontrar una solución, pero Magenta no me inspiraba, no valía la pena. “¿Qué sabes tú de Pergolesi?”, hubiera querido decirle, pero para qué mortificarla, mejor así.

Me puse boca abajo y hundiendo un poco la cabeza en el agujero grité:

—¿Te hace falta mano de obra?

Salió una cabeza, pero no era Anselmo, sino un muchacho joven. Después apareció Anselmo.

—Contraté a un obrero —dijo—. Se llama Luis.

—Mucho gusto, Luis —le dije, pero no pudimos estrecharnos las manos porque las necesitaba para agarrarse del borde.

—De todos modos, sabes, siempre hay algo para ti —dijo Anselmo, y me di cuenta de que no era sincero, que no me necesitaba para nada, nunca le serví de mucho.

—No, gracias, era una broma —dije, sonriente, incorporándome. Mientras me alejaba de vuelta la cabeza y le grité:

—¿Cómo marchan las cosas?

—Así, así —dijo, y vi que las cabezas desaparecían.

Una semana después, aproximadamente.

Cansado, noche y día, del parque, decidí abandonarlo y esa tarde fui a la rueda, sin tener una noción exacta de lo que haría luego, cuando llegara el momento de encontrar un lugar para pasar la noche. Me sentí desolado, ese montón de cadáveres desnudos, no lo podía creer.

Algo se arrastró a mis pies y trepó, aferrándose a mis pantalones, el Gusano.

—Te das cuenta —me dijo, y lloraba.

—¿El único? —pregunté, y dijo que sí.

—¿El Rengo?

—¿La Chancha?

—¿El Ulises?

Movía la cabeza, entre afirmativa y negativamente, siempre igual.

—¿Horacio?

—¿El Enano?

(Una pausa más larga.)

—¿Y tú?

—Yo estaba en la fuente, no importa lo que estaba haciendo, lo cierto es que no me vieron, pero para el caso es lo mismo, tuve que sufrirlo todo, llegaron los tullidos, nos odiaron siempre, eran más que nunca, cientos, los camaradas se defendieron como leones, como tigres salvajes, verdaderas fieras, sucumbieron ante el número, yo sin poder hacer nada, comprendes, soy cobarde, y era inútil. El Enano hizo una carnicería, Horacio, nunca pensé que se defendiera tan bien, el Rengo, todos, pero inútil, se llevaron todo, desnudaron hasta a sus propios compañeros caídos.

No habían roto la fuente, pero ya no tenía sentido, diosa de mármol, el cántaro vacío, el Rengo, el Enano, el Ulises, la Chancha, Horacio.

—¿Y Ruth? —pregunté.

—Hace tiempo que no viene, por suerte se salvó, aunque a lo mejor ya estaba muerta de antes, nunca más la vimos.

—¡M.T.! —gritó el Gusano, al ver que me alejaba, pero no me di vuelta. Lo quería al Gusano, pero se me hubiera pegado, después qué hacía con él, todo el tiempo.

—¡Marco! —gritó, pero no me di vuelta.

Traté de seguir una línea lógica en mi búsqueda, pero había miles de casas y no pude saber, cansado ya, si a Ruth se la habría tragado la gelatina o si se habría mudado lejos. Golpeé muchas puertas, grité muchas veces su nombre a través de ventanas, y repetí mi búsqueda al día siguiente, sin resultado.

"Este es un caso", pensé, "del que nada puede saberse a ciencia cierta."

No, no me habitué al parque, en verano tal vez, pero hace mucho frío por las noches, ahora, y cada vez peor, lo terrible es el rocío, o la helada, uno se despierta duro por las madrugadas, el aire quema como fuego al pasar por la nariz, uno se enferma, la ropa toda mojada, como si le hubieran tirado un balde de agua por encima, la tos. Hay gente que puede hacerlo, yo no, no estoy acostumbrado.

La pieza repleta, lo imaginaba. Algunos ya no estaban, no pude darme cuenta exacta porque había mucha gente. El del sombrero sí estaba, ya dormido. No vi a la italiana, pero el marido estaba en un rincón, ella debía andar por ahí, o se habría ido. Lo cierto es que no había sitio para mí, a pesar de que, estoy seguro, vendría aún más gente. Pero yo no, soy muy delicado, tanta gente me molesta, no puedo dormir sobre otros cuerpos, o sentado, y ese olor.

Cambié el sueño. Me iba a dormir de día, a las ruinas, de noche vagaba, muerto de frío, no comía bien. Conseguí un sobretodo, pero el frío venía de adentro.

Ma pensó, estoy seguro, que era por la pieza, y quizás tuviera razón, pero yo me dije que necesitaba verla, nuevamente la estaba buscando, sin saber del todo por qué. Había un maestro nuevo que la ayudaba, dijo, un muchacho joven, estaban de novios, me pareció bien. Dijo que podía compartir la pieza con él, pero le aseguré que no necesitaba, sólo quería saludarla, me alegró verla contenta.

Apareció un deforme, me reconoció, trató de subírseme encima, con los labios en trompa.

—Los chicos se acuerdan —dijo Ma—. A veces preguntan por ti, no seas malo, no ves que quiere darte un beso.

Le puse la mejilla, pero no me dio asco, incluso me despertó cierta ternura, podría parecer hasta hermoso, para qué tantos ojos. Vino el maestro, me miró con curiosidad, lo saludé.

Me hubiera gustado que Ma recitara en francés, pero no había ambiente, momento inoportuno.

—Bueno, bueno —dije, e hice como que miraba el reloj, aunque Ma podría imaginarse que no tenía—. Me alegro de verte bien, ya tendremos oportunidad de charlar con más tiempo.

Me levanté justo para llegar al puerto y ver la puesta de sol, hacía unos días que había descubierto que era un espectáculo interesante, el óvalo violeta, fragmentado por nubecillas, que se hincha sobre el cielo rojo, el mar lo traga y todo es violeta por unos instantes, luego la noche.

Fui al borbollón, no me produjo emociones, conseguí una hermosa billetera pero con poco dinero, caminé por el asfalto, pensé que podía quedarme parado ahí y hundirme, pero llevaría mucho tiempo, al fin me iba a aburrir, y, de todos modos, no pasaría quizás de los tobillos.

Como siempre, al pasar por la confitería miré hacia adentro, con la esperanza de siempre, casi un reflejo condicionado.

Lilli.

Reía, en una mesa, varias personas a su alrededor, muy elegante, su desafiante perfil, los negros cabellos que ahora había trenzado, esa profundidad alegre de los ojos, las manos.

Entré, me senté en una mesa próxima y la miraba, me miró un par de veces sin querer reconocerse, vino el mozo y le pedí un té, puso cara extraña, claro, por mis ropas.

Lilli, adorable, no la había embellecido con el recuerdo, viéndola era mejor que el mejor recuerdo. Al fin notó la insistencia de mi mirada y me saludó, con una sonrisa, después todos se levantaron para irse, hombres y mujeres, yo me levanté y le toqué un hombro, le dije "te acuerdas de mí", me dijo "sí, Marco Tulio", y rió, no sé si de mí, le dije "quiero verte", dijo "ahora, no", dije "cuándo", dijo "mañana a las ocho, aquí", y se metieron todos en el borbollón. Pagué el té sin tomarlo y también me metí en el borbollón.

Las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce, me había disfrazado de caballero, tomé litros de té, el mozo me miraba, Lilli no apareció, lo sabía.

Me sumergí en la bañera y me dormí, desperté un tiempo después y me acosté a dormir en una gran cama.

Compuse una plegaria a la gelatina, madre nuestra, acógenos en tu regazo, pensé en Ruth, en el Rengo, en la Chancha, en Horacio, en el Enano, en el Ulises, también en el Gusano y en Magenta, y en Ma, y en el deforme que me besó, y en mí.

"Lilli", pensé.

A la mañana siguiente.

Abrí la ventana, tiré de la correa que sube la persiana, y empecé a entrar como un bulto transparente, en forma lenta, algo que crecía, tenía algunas burbujas de aire, me hizo acordar a la miel, pero más sólida, como carne. Traté de cerrar la ventana pero fue imposible, aquello no podía pararse con nada.

Me vestí apresuradamente, sintiéndome ridículo en ese traje, y abrí, con mucho cuidado, la puerta del apartamento; no había gelatina; comencé a bajar la escalera en dirección a la planta baja, pero la gelatina se había colado por la puerta de calle y subía la escalera, lenta e inexorable, como leche que hierve; di vuelta y comencé a subir.

La gelatina que entraba por la ventana de la pieza en que dormí, todavía no había empezado a salir por la puerta del apartamento; seguía hasta el segundo piso, probé las puertas, pero estaban cerradas; lo mismo en el tercero, y en el cuarto.

En el quinto había una puerta abierta; entré, cerré, miré a través de los vidrios de la ventana a la calle, y allí estaba, pegada contra los vidrios, no se veía casi la vereda de enfrente.

Me atacó la claustrofobia, sabía que, aunque los vidrios resistieran, de todos modos habría de morir, y de una manera lenta, asfixiado, de hambre, o de sed, y yo no quería que sucediera así, tampoco tenía coraje para meterme en la gelatina, anoche hubiera sido distinto, ahora no.

Recorrí la casa, examinando todas las ventanas. Al fondo había un baño de servicio, con una ventanita estrecha, libre de gelatina.

Cinco pisos. Abajo, un patio vacío.

Saqué el cuerpo a través de la ventanita, tratando de actuar serenamente y de no mirar hacia abajo (por el vértigo).

Me agarré de un caño de desagüe, calcé los pies en unas salientes, no sé cómo, parecía que con las uñas me prendía a la pared, empecé a transpirar y me picaba la espalda, me picaban la cara y especialmente la nariz, toda la cabeza. Tenía la plena seguridad de que nunca llegaría vivo. El instinto de conservación era superior a mí; muchas veces quise soltarme y terminar, pero las manos se agarraban solas, los pies se afirmaban solos en salientes despreciables, en bordes de ventanas; tenía calambres en todos los músculos y de vez en cuando me ponía a temblar, y el corazón bailaba en el pecho y subía hasta la garganta, después de un resbalón el pie volvió a afirmarse pero estuve cerca de una hora, o varias horas, o no sé cuánto, sin poderme mover; luego, de vuelta a bajar, otra vez, hasta que al fin decidí soltarme de veras, no podía soportarlo más, miré para abajo creyendo estar todavía en el cuarto piso, o en el tercero, y me sacudí el espasmo de una risa cuando vi que mis pies casi rozaban el suelo del patio.

Atravesé la casa, me costaba moverme, todo me dolía, pero tenía que alejarme de allí.

Era el cura, ahora vestido de particular, no parecía tan desagradable como cuando cura. También vi a Magenta y a otros. Estaba en las ruinas.

-¿Qué quieren? -pregunté, con insolencia.

El cura sacó unas hojas escritas.

-Autos caratulados: Magenta Inés contra Marco Tulio. Abandono de hogar. Castigos corporales.

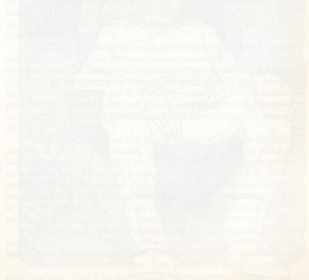
Traté de huir, pero era imposible; me atraparon en seguida. Una paliza brutal, me dejaron desnudo y magullado, pensé que tenía algún hueso roto, y no veía claro.

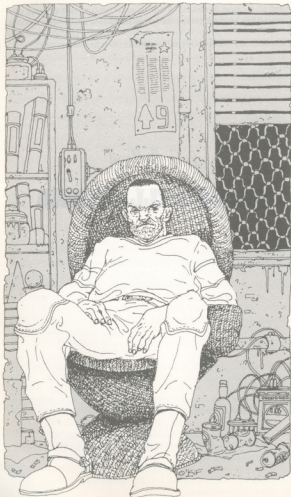
-En busca de nuevos horizontes -le dije al Gusano, él permanecía fiel, no sé cómo soportaba el olor de los cadáveres. La fuente, ahora, estaba rota (la estatua quebrada).

-Ya no manará agua del cántaro -dijo, y me pareció que estaba loco.

Junio, 1967.

J. G. Ballard
PRIMA BELLADONNA





Conocí a Jane Ciracylides durante el Receso, aquella depresión universal de hastío, letargo e intenso verano que nos hizo vivir a todos diez años dichosamente inolvidables, y supongo que eso debe haber influido mucho sobre lo que pasó entre nosotros. No creo, por cierto, que pudiese ahora ponerme tan en ridículo, aunque conviene no olvidar que quizá fue toda obra de la propia Jane.

Se dijera lo que se dijese de ella, todo el mundo se veía obligado a admitir que era una chica hermosa, aunque tenía una historia genética un tanto mezclada. Los charlatanes de Vermilion Sands decidieron en seguida que había en ella una buena dosis de mutante, porque tenía una piel espléndida, como una pátina de oro, y unos ojos que parecían insectos, pero nada de eso me importó a mí ni a mis amigos, algunos de los cuales, como Tony Miles y Harry Devine, han dejado de ser lo que eran para sus mujeres.

En esos días pasábamos casi todo el tiempo en el balcón de mi departamento frente a la Costanera, tomando cerveza —siempre teníamos una excelente provisión apilada en el refrigerador de mi tienda de música de la planta baja—, divagando y jugando al i-Go, una especie de ajedrez retardado popular en esa época. De los demás ninguno trabajaba; Harry era arquitecto y Tony Miles vendía a veces cerámicas a los turistas, pero yo por lo general dedicaba dos horas cada mañana a la tienda, despachando los pedidos del extranjero y dando vuelta a las botellas de cerveza.

Un día particularmente caluroso e indolente yo acababa de envolver una delicada mimosa soprano pedida por la Sociedad del Oratorio de Hamburgo cuando Harry me llamó por teléfono desde el balcón.

—¿Coroflorería Parker? —dijo—. Eres culpable de exceso de producción. Ven aquí. Tony y yo tenemos algo hermoso para mostrarte.

Cuando subí los encontré sonriendo con caras felices, como dos perros que acaban de descubrir un árbol interesante.

-¿Y? -pregunté-. ¿Dónde está?

Tony ladeó apenas la cabeza. -Allí.

Miré la calle, a un lado y a otro, y la fachada del edificio de departamentos de enfrente.

-Con cuidado -me advertió-. No te quedes boquiabierto.

Me deslicé en uno de los sillones de mimbre y miré alrededor con cautela, estirando el cuello.

-Cuarto piso -explicó Harry hablando despacio, por un costado de la boca-. Un balcón a la izquierda del de enfrente. ¿Contento ahora?

-Soñando -dije, echándole una lenta y larga mirada-. ¿Qué otra cosa sabrá hacer?

Harry y Tony soltaron un suspiro de gratitud. -¿Y? -preguntó Tony.

-No pertenecemos a la misma clase -dije-. Pero no creo que ustedes tengan dificultad. Vayan y díganle cuánto los necesita.

Harry lanzó un gemido. -¿No ves que ésta es poética, emergente, algo que nace del océano apocalíptico primordial? Quizá sea una diosa.

La mujer se paseaba por la sala, reacomodando los muebles, vestida con poco más que un enorme sombrero metálico. Los contornos sinuosos de los muslos y de los hombros retenían el brillo dorado y ardiente hasta en las sombras. Era una andante galaxia de luz. Vermillion Sands nunca había visto nada parecido.

-El abordaje tiene que ser ambiguo -prosiguió Harry, mirando la cerveza-. Tímido, casi místico. Nada de urgencias ni de rebatías.

La mujer se agachó para abrir una maleta y las aspas metálicas del sombrero le aletearon sobre la cara. Vio que la estábamos observando, miró un instante alrededor y bajó la cortina.

Nos miramos pensativos, como tres triunviros ante la tarea de repartirse un imperio, sin hablar demasiado y alertas por si se presentaba la oportunidad de una traición.

Cinco minutos más tarde comenzó el canto.

Al principio pensé que se trataba de uno de los tríos de azaleas perturbado por un pH alcalino, pero las frecuencias eran demasiado altas. Casi resultaba inaudible, un trino agudo que salía de la nada y subía por detrás del cráneo.

Harry y Tony me miraron arrugando el ceño.

-Tu ganado anda triste por algo -dijo Tony-. ¿Puedes ir a calmarlo?

-No son las plantas -dije-. No es posible.

La intensidad del sonido aumentó, raspándose los huesos occipitales. Iba a bajar a la tienda cuando Harry y Tony saltaron de los sillones y se zambulleron contra la pared.

-¡Cuidado, Steve! -me gritó Tony. Señaló frenético la mesa en la que

yo me apoyaba, levantó una silla y la aplastó contra la tapa de vidrio.

Me levanté y me saqué los fragmentos del pelo.

-¿Qué demonios pasa?

Tony miraba la maraña de mimbre trenzada en los soportes metálicos de la mesa. Harry se adelantó y con cautela me tomó del brazo.

-Fáltalo poco. ¿Estás bien?

-Se fue -dijo Tony, rotundo. Observó cuidadosamente el piso del balcón, y miró por encima de la baranda hacia la calle.

-¿Qué era? -pregunté.

Harry me miró con atención. -¿No lo viste? Lo tuviste a menos de diez centímetros. Un escorpión emperador grande como una langosta. -Se sentó débilmente en una caja de cerveza.- Debe haber sido un escorpión sónico. Ya no se oye el ruido.

Después que se fueron arreglé el desastre y me tomé tranquilo una cerveza. Podría jurar que no había aparecido nada en la mesa.

En el balcón de enfrente, luciendo un vestido de fibra ionizada, me observaba la mujer de oro.

Supé quién era ella a la mañana siguiente. Tony y Harry habían bajado a la playa con sus mujeres, y quizá hablaban del escorpión; yo estaba en la tienda afinando una orquídea Khan-Arácnida con la lámpara ultravioleta. Era una flor difícil, con una escala normal de veinticuatro octavas, pero si no hacía mucho ejercicio tendía a sumirse en transportaciones neuróticas de tono menor que costaba un infierno interrumpir. Y como se trataba de la flor más antigua de la tienda, naturalmente afectaba a todas las demás. Todas las mañanas, cuando abría la tienda, aquello sonaba como un manicomio, pero en cuanto alimentaba a la Arácnida y le hacía subir o bajar un poco el pH el resto en seguida se debía guiar por ella y se aplacaba en los tanques de control, dos tiempos, tres-cuatro, los multitonos, todo en perfecta armonía.

Sólo había una media docena de Arácnidas en cautiverio; casi todas las demás eran o mudas o injertos de tallos de dicotiledóneas, y yo podía considerarme afortunado de tener la mía. Había comprado la tienda hacía cinco años a un hombre casi sordo llamado Sayers, y el día antes de mudarse ese hombre había sacado un montón de plantas y las había llevado al vaciadero de basura que había detrás del edificio de departamentos. Mientras recuperaba algunos de los tanques me había topado con la Arácnida, que medraba con una dieta de algas y tuberías de goma podridas.

Nunca había podido descubrir por qué Sayers había querido deshacerse de ella. Antes de llegar a Vermillion Sands había sido curador del Conservatorio de Kew, donde habían desarrollado la primera flora coral, y había trabajado bajo las órdenes del director, el doctor Mandel. Mandel había descubierto la primera Arácnida en la selva de Guiana cuando era un

joven botánico de veinticinco años. La orquídea recibía su nombre de la araña Khan-Arácnida, que polinizaba la flor mientras ponía sus propios huevos en el carnoso óvulo, guiada o, como insistía siempre Mandel, hipnotizada por las vibraciones que emitía el cáliz de la orquídea en la época de la polinización. Las primeras orquídeas Arácnidas sólo emitían unas pocas frecuencias aleatorias, pero mediante la hibridación y la técnica que las mantenía artificialmente en estado de polinización, Mandel había creado una variedad que abarcaba un máximo de veinticuatro octavas.

No es que hubiese podido oír las alguna vez. En la culminación de su obra Mandel, al igual que Beethoven, estaba sordo como una tapia, pero aparentemente le bastaba con mirar una flor para oír su música. Sin embargo, lo más curioso de todo era que, al volverse sordo, nunca más miró una Arácnida.

Esa mañana casi entendí la razón. La orquídea estaba arisca. Primero se negó a alimentarse, y tuve que persuadirla con un chorro de alcohólico de fluorita; entonces empezó a volverse ultrasónica, lo que me valió las quejas de todos los dueños de perros de la zona. Por último intentó romper el tanque mediante la resonancia.

La tienda estaba alborotada, y yo casi me había resignado a silenciar las plantas y a despertarlas a mano, una por una—un trabajo agotador teniendo ochenta tanques en la tienda—cuando todo se apaciguó de pronto.

Volví la cabeza y vi que entraba la mujer de piel dorada.

—Buenos días —dije—. Me parece que la quieren.

La mujer soltó una risa simpática.

—Hola. ¿No se estaban portando bien?

Bajo la bata negra de playa la piel de la mujer era más suave, más tiernamente dorada; pero me atrajeron ante todo esos ojos. Los vi bajo el ala ancha del sombrero. Unas delicadas patas de insecto oscilaron girando alrededor de dos puntos de luz púrpura.

Se acercó a unos helechos mixtos y se quedó mirándolos. Los helechos se estiraron hacia ella y cantaron afanosamente con voces aflautadas y líquidas.

—Qué dulces, ¿verdad? —dijo la mujer, acariciando con suavidad las frondas—. Necesitan tanto afecto.

La voz de la mujer era una voz grave, una bocanada de arena fría colmada de música.

—Acabo de llegar a Vermilion Sands —dijo—, y mi departamento parece horriblemente silencioso. Quizá si tuviese una flor, con una bastaría, no me sentiría tan sola.

No podía sacarle los ojos de encima.

—Sí —dije, en tono enérgico y neutro—. Algo pintoresco, ¿verdad? Por ejemplo esta Sapphire de Sumatra. Es una mezzo-soprano de raza, del mismo folículo que la Prima Belladonna del Festival de Bayreuth.

—No —dijo la mujer—. Parece bastante cruel.

—O este Lirio Laúd de Louisiana. Si le diluye un poco el SO₂ le canta hermosos madrigales. Le mostraré cómo se hace.

La mujer no me escuchaba. Despacito, las manos alzadas delante de los pechos casi como si rezase, caminó hacia el exhibidor donde estaba la Arácnida.

—Qué hermosa es —dijo, observando las espléndidas hojas amarillas y moradas que colgaban del vibrocáliz de nervaduras escarlatas.

Seguí a la mujer y conecté el audio de la Arácnida para que pudiese oír la planta. Inmediatamente la planta se animó. Las hojas se endurecieron y se llenaron de color, y el cáliz se infló y las nervaduras se pusieron tersas. Se oyó un chisporroteo de notas agudas e inconexas.

—Hermosa pero mala —dije.

—¿Mala? —repetió—. No, orgullosa. —Se acercó otro poco a la orquídea y le miró la malévolos cabeza. La Arácnida se estremeció y las espinas del tallo se doblaron y se arquearon amenazadoras.

—Cuidado —le advertí—. Es sensible hasta a los sonidos respiratorios más débiles.

—Tranquilo —dijo, apartándose con un ademán—. Creo que quiere cantar.

—Ésas son sólo escalas —le expliqué—. No canta. La utilizo como un indicador de frecuencia...

—¡Escuche! —Me agarró el brazo y me lo apretó con fuerza.

De las plantas de la tienda había estado saliendo una débil melodía rítmica; por encima de ella el llamado de una voz individual, más fuerte, primero un sonido chillón que comenzó a latir y a volverse cada vez más grave hasta terminar en barítono, excitando a las demás plantas y ordenándolas en un coro.

Nunca había oído cantar a la Arácnida. La estaba escuchando con toda mi atención cuando sentí que un calor me quemaba el brazo. Di media vuelta y vi a la mujer que miraba la planta con atención, la piel inflamada, los insectos de los ojos retorciéndose frenéticos. La Arácnida se estiraba hacia ella, el cáliz erecto, las hojas como sables rojo sangre.

Esquivé rápidamente a la mujer y corté la alimentación de argones. La Arácnida se sumió en un lloriqueo, y quedó a nuestro alrededor una pesadillesca babel de notas sueltas que empezaban en un do o un la agudos y terminaban en disonancia. Por encima del silencio se oía un leve susurro de hojas.

La mujer aferró el borde del tanque y se compuso. La piel se le apagó y los insectos de los ojos se aquietaron, fluctuando apenas.

—¿Por qué la apagó? —preguntó la mujer, triste.

—Lo siento —dije—. Pero tengo aquí mercadería por valor de diez mil

dólares y ese tipo de tormenta emocional dodecafónica puede hacer saltar muchas válvulas. La mayoría de estas plantas no están equipadas para la gran ópera.

La mujer miró la Arácnida, cuyo cáliz se estaba vaciando de gas. Una por una, las hojas se doblaban y perdían color.

—¿Cuánto cuesta? —me preguntó la mujer, abriendo la cartera.

—No está en venta —dije—. Francamente no sé cómo hizo para pescar esos compases...

—¿Está bien mil dólares? —preguntó, mirándom. fijo.

—No puedo venderla —dije—. Sin ella no conseguiría nunca afinar a las demás. De todos modos —agregué, tratando de sonreír—, esa Arácnida no duraría ni diez minutos si se la saca del vivero. Dentro de su departamento todos esos cilindros y esas hojas parecerían un poco raros.

—Sí, claro —dijo, devolviéndome de pronto la sonrisa—. Fui una estúpida. —Echó una última mirada a la orquídea por encima del hombro y caminó hacia la larga sección de Tchaikovsky, tan popular entre los turistas.

—*Pathétique* —leyó en un cartel, al azar—. Llevo ésta.

Envolví la escabiosa y deslicé dentro de la caja el manual de instrucciones, sin dejar de vigilar a la mujer.

—No ponga esa cara de alarma —dijo, divertida—. Nunca había oído nada parecido.

Yo no estaba alarmado. Era que treinta años en Vermilion Sands me habían estrechado los horizontes.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en Vermilion Sands? —le pregunté.

—Debuto esta noche en el Casino —dijo. Me contó que se llamaba Jane Ciracylides y que era una cantante especializada.

—¿Por qué no viene a verme? —dijo, revoloteando los ojos con malicia—. Mi actuación comienza a las once. Quizá le resulte interesante.

Fui a verla. A la mañana siguiente Vermilion Sands canturreaba. Jane creó sensación.

Después de la actuación trescientas personas juraron que habían visto de todo, desde un coro de ángeles que cantaba la música de las esferas hasta la Banda de Alejandro. En mi caso, quizá había escuchado demasiadas flores, pero por lo menos sabía de donde había salido el alacrán del balcón.

Tony había oído a Sophie Tucker cantando "St. Louis Blues", y Harry al viejo Bach dirigiendo la Misa en Si Menor.

Vinieron a la tienda y discutieron sobre sus respectivos espectáculos mientras yo luchaba con las flores.

—Asombroso —exclamó Tony—. Dime, ¿cómo hace?

—La partitura de Heidelberg —se extasió Harry—. Sublime, absoluta.



–Miró fastidiado las flores.– ¿No puedes tranquilizar esas cosas? Están haciendo un lío tremendo.

Era cierto, y yo tenía para eso una explicación astuta. La Arácnida se había descontrolado del todo, y cuando conseguí sujetarla en una débil solución salina, había quemado más de trescientos dólares de plantas.

–La actuación de anoche en el Casino no fue nada comparada con la que ofreció aquí ayer –les conté–. El Anillo de los Nibelungos interpretado por Stan Kenton. Esa Arácnida enloqueció. Estoy seguro de que quería matar a la mujer.

Harry observó las convulsiones de las hojas de la planta, los movimientos rígidos y espasmódicos.

–Si me preguntaras te diría que está en un avanzado estado de celo. ¿Por qué tendría que querer matarla?

–La voz de la mujer debe tener armónicos que le irritan el cáliz. A ninguna de las demás plantas le molestó. Arrullaron como tórtolas cuando las tocó.

Tony se estremeció de felicidad.

Afuera, en la calle, fulguró una luz.

Le pasé la escoba a Tony. –Prepárate, amante. La señorita Ciracylides se muere por conocerte.

Jane entró en la tienda luciendo una falda de cocktail de un amarillo encendido y otro de sus sombreros.

Se la presenté a Harry y a Tony.

–Esta mañana las flores parecen muy tranquilas –dijo–. ¿Qué les pasa?

–Estoy limpiando los tanques –le expliqué–. A propósito, queremos felicitarla por lo de anoche. ¿Qué se siente al poder nombrar la quincuagésima ciudad?

Sonrió con timidez, y se fue a curiosear por la tienda. Como yo esperaba, se detuvo al lado de la Arácnida y la miró fijo.

Quería ver qué decía, pero Harry y Tony le revoloteaban alrededor, y enseguida la llevaron a mi departamento, donde pasaron una mañana muy divertida haciendo payasadas y saqueándome el Scotch.

–¿Por qué no vienes con nosotros esta noche, después del espectáculo? –le preguntó Tony–. Podemos ir a bailar al Flamingo.

–Pero los dos están casados –protestó Jane–. ¿No les preocupa la reputación?

–Bueno, llevaremos a las chicas –dijo Harry, en tono frívolo–. Y aquí Steve puede venir con nosotros y tenerse el abrigo.

Jugamos juntos al i-Go. Jane dijo que era la primera vez que probaba ese juego, pero no le costó entender las reglas, y cuando empezó a ganar las partidas supe que hacía trampa. La verdad es que no todos los días se tiene la oportunidad de jugar al i-Go con una mujer de piel de oro e insectos en

vez de ojos, pero igual me molestó. A Harry y a Tony, desde luego, no les preocupó.

–Es encantadora –dijo Harry después que ella se fue–. ¿A quién le importa? Después de todo es un juego estúpido.

–A mí me importa –dijo–. Esa mujer hace trampa.

Los tres o cuatro días siguientes en la tienda fueron un apocalipsis audiovegetal. Jane iba todas las mañanas a mirar la Arácnida, y la presencia de esa mujer era más de lo que la flor podía soportar. Por desgracia, yo no podía hmbrear a las plantas más allá de cierto límite. Necesitaban ejercicio, y para eso era imprescindible la guía de la Arácnida. Pero en vez de atenerse a sus escalas armónicas la orquídea sólo chillaba y gemía. Lo que más me preocupaba no era el ruido, del que se quejé nada más que un par de docenas de personas, sino el daño que les hacía a las cuerdas vibratorias de las plantas. Las de los catálogos del siglo diecisiete soportaban bien la tensión, y las modernas eran inmunes, pero a las Románticas les estallaban todo el tiempo los cálices. Al tercer día de la llegada de Jane yo había perdido Beethoven por valor de doscientos dólares, y más Mendelssohn y Schubert de lo que me atrevía a pensar.

Jane parecía no darse cuenta de los problemas que me estaba creando.

–¿Qué les pasa? –preguntó, examinando el caos de cilindros de gas y goteros esparcidos por el suelo.

–Me parece que no te quieren –le dije–. Al menos la Arácnida. Tu voz puede provocar en los hombres visiones extrañas y maravillosas, pero a esa orquídea le produce una aguda melancolía.

–Disparates –dijo Jane, riéndose de mí–. Dámela y te enseñaré a cuidarla.

–Tony y Harry ¿te hacen feliz? –le pregunté. Me molestaba no poder ir a la playa con ellos y tener que emplear el tiempo en vaciar tanques y preparar soluciones que nunca funcionaban.

–Son muy divertidos –dijo–. Jugamos al i-Go y yo les canto. Pero me gustaría que pudieses venir más a menudo.

Después de otras dos semanas tuve que desistir. Decidí cerrar la tienda hasta que Jane se fuese de Vermilion Sands. Sabía que me llevaría tres meses volver a orquestar las plantas, pero no tenía alternativa.

Al día siguiente recibí del Coro del Huerto de Santiago un pedido grande para herbáceas de coloratura mixta. Querían recibirlo en tres semanas.

–Lo siento –dijo Jane cuando se enteró de que yo no podría complacer el pedido–. Debes desear que yo nunca hubiese venido a Vermilion Sands.

Miró pensativa uno de los tanques oscurecidos.

–¿No podría orquestarlas yo? –propuso.

—No, gracias —dije, riendo—. De eso ya tuve bastante.

—No seas tonto. Claro que podría hacerlo.

Dije que no con la cabeza.

Tony y Harry me dijeron que estaba loco.

—La voz de ella tiene amplitud suficiente —dijo Tony—. Tú mismo lo admites.

—¿Qué tienes contra ella? —preguntó Harry—. ¿Que hace trampa cuando juega al i-Go?

—No es ése el problema —dije—. Además, su voz tiene un registro más amplio de lo que ustedes creen.

Jugamos al i-Go en el departamento de Jane. Jane nos ganó diez dólares a cada uno.

—Tengo suerte —dijo, muy satisfecha consigo misma—. Pareciera que nunca pierdo. —Contó los billetes y los guardó cuidadosamente en la cartera; le brillaba la piel dorada.

Entonces Santiago me reiteró el pedido.

Encontré a Jane entre los cafés, manteniendo a raya un cerco de admiradores.

—¿Ya te rendiste? —me preguntó, sonriéndoles a los jóvenes.

—No sé qué me haces —dije—, pero estoy dispuesto a probar lo que sea.

Al volver a la tienda excité por encima del umbral a una hilera de perennes. Jane me ayudó a conectar el gas y las tuberías hidráulicas.

—Probemos primero con éstas —dije—. Frecuencias 543-785. Aquí está la partitura.

Jane se quitó el sombrero y comenzó a subir por la escala con voz clara y pura. Al principio las Aguilañas vacilaron y Jane volvió a bajar y se las llevó con ella. Subieron juntas un par de octavas y luego las plantas vacilaron y se fueron por una tangente de acordes escalonados.

—Prueba un nu sostenido —dije. Eché un poco de ácido cloroso en el tanque y las Aguilañas la siguieron ansiosamente, gorjeando con los infracálces delicadas variaciones atipladas.

—Perfecto —dije.

Tardamos sólo cuatro horas en preparar el pedido.

—Eres mejor que la Arácnida —la felicité—. ¿Quieres un empleo? Te pondré en un tanque grande y frío con todo el cloro que puedas respirar.

—Ten cuidado —dijo—. Puedo aceptar. ¿Por qué no afinamos algunas más ya que estamos?

—Estás cansada —dije—. Vamos a tomar un trago.

—Déjame probar con la Arácnida —me propuso—. Sería un desafío.

Los ojos de la mujer no se apartaban nunca de la flor. Pensé qué harían si las dejaba solas. ¿Intentaría cada una matar a la otra cantando?

—No —dije—. Tal vez mañana.

Nos sentamos juntos en el balcón, los vasos junto al codo, y conversamos toda la tarde.

Me contó poco sobre ella misma, pero entendí que su padre había sido un ingeniero de minas en Perú y su madre una bailarina en una vu-taberna de Lima. Habían andado de mina en mina, el padre cavando las concesiones y la madre cantando en el burdel más cercano para pagar el alquiler.

—Claro que no hacía otra cosa que cantar —agregó Jane—. Hasta que apareció mi padre. —Sopló burbujas en el vaso.— Así que piensas que en el Casino les doy lo que quieren. A propósito, ¿qué ves tú?

—Me temo que soy tu único fracaso —dije—. No veo nada. Sólo te veo a ti.

La muchacha bajó la mirada. —Ocurre a veces —dijo—. Me alegro de que ésta sea una de ellas.

Sentí que adentro me latía un millón de soles. Hasta ese momento la opinión que tenía sobre mí mismo me la había reservado.

A pesar de la desilusión, Harry y Tony fueron corteses.

—No lo puedo creer —dijo Harry, con voz triste—. No lo creo. ¿Cómo hiciste?

—Utilicé el abordaje místico y malicioso, claro está —dije—. Todo océanos antiguos y pozos oscuros.

—¿Cómo es? —preguntó Tony, ansioso—. Me refiero a si arde o sólo hace cosquillas.

Jane cantaba en el Casino todas las noches de once a tres, pero fuera de esas horas supongo que estuvimos siempre juntos. A veces, al atardecer, salíamos en coche bordeando la playa hasta el Desierto Perfumado y nos sentábamos juntos a orillas de uno de los charcos y mirábamos cómo el sol se ponía detrás de los arrecifes y de las montañas, arrullándonos en el aire rosáceo. Cuando empezaba a soplar sobre la arena un viento frío, nos deslizábamos en el agua y nos bañábamos y regresábamos al pueblo llenando de jazmín y almizcle y heliantemo las calles y las terrazas de los cafés.

Otras noches íbamos a alguno de los tranquilos bares de Lagoon West y cenábamos en las mesas de afuera, y Jane fastidiaba a los mozos y cantaba pájaros y tortas para los niños que se acercaban por la arena a mirarla.

Ahora me doy cuenta de que debo haber alcanzado una cierta notoriedad en la playa, pero no me importaba darles a las viejas —y al lado de Jane todas parecían viejas— motivo de conversación. Durante el Receso a nadie le importaba mucho ninguna cosa, y por ese motivo nunca cuestioné demasiado mi relación con Jane Ciracylides. Sentado con ella en el balcón

mirando la noche fresca, o sintiendo a mi lado, en la oscuridad, ese cuerpo brillante, no me permitía demasiadas angustias.

Por absurdo que pareciera, la única desavenencia que tuve con ella se debió a sus trampas.

Recuerdo que una vez la censuré por ese tema.

—¿Sabes, Jane, que me has sacado más de quinientos dólares? Lo sigues haciendo. ¡Incluso ahora!

Jane rió de una manera traviesa. —¿Dices que hago trampas? Un día te dejaré ganar.

—Pero ¿por qué lo haces? —insistí.

—Hacer trampas es más divertido —dijo—. Si no, se vuelve muy aburrido.

—¿A dónde irás cuando te vayas de Vermilion Sands? —le pregunté.

Me miró sorprendida. —¿Por qué dices eso? No pienso irme.

—No me tomes el pelo, Jane. Tú eres hija de otro mundo.

—Mi padre era peruano —me recordó.

—Pero la voz no la heredaste de él —dije—. Ojalá hubiera podido oír cantar a tu madre. ¿Tenía mejor voz que tú, Jane?

—Eso pensaba ella. Mi padre no nos soportaba a ninguna de las dos.

Ésa fue la última noche que vi a Jane. Nos habíamos cambiado, y en la media hora antes de que ella saliese para el Casino nos sentamos en el balcón y escuché su voz, que como una fuente espectral derramaba en el aire notas luminosas. La música, suspendida débilmente en la oscuridad alrededor de la silla que ella había dejado, me acompañó aun después que ella se hubo ido.

Sentí una curiosa modorra, casi como si me asfixiase el aire que ella había dejado, y a las once y media, cuando calculé que estaría en el escenario del Casino, fui a caminar por la playa.

Al salir del ascensor oí una música que venía de la tienda.

Al principio pensé que había dejado uno de los audios conectados, pero conocía demasiado esa voz.

Las persianas estaban bajas, y tuve que entrar por el pasillo que comunicaba con el garage de la parte trasera del edificio.

Las luces estaban apagadas, pero colmaba la tienda un resplandor brillante que arrojaba un fuego dorado sobre los tanques colocados en los mostradores. En el cielo raso bailaba un reflejo de colores líquidos.

La música que había oído antes, pero sólo como obertura.

La Arácnida había triplicado su tamaño. Asomaba tres metros por encima de la destrozada tapa del tanque de control, las hojas hinchadas y enardecidas, el cáliz grande como un balde, locamente enfurecida.

Inclinada hacia ella, la cabeza echada hacia atrás, estaba Jane.

Corrí hacia allí mientras los ojos se me llenaban de luz, y la tomé del brazo y traté de alejarla.

—¡Jane! —grité por encima del ruido—. ¡Tírate al suelo!

Me apartó la mano. Le vi en los ojos un fugaz destello de vergüenza. Mientras yo estaba sentado en los escalones de la entrada llegaron en auto Tony y Harry.

—¿Dónde está Jane? —preguntó Harry—. ¿Le ha pasado algo? Estábamos en el Casino. —Ambos giraron hacia la música. —¿Qué diablos pasa? Tony me miró con suspicacia. —Steve, ¿hay algún problema?

Harry dejó caer el ramo de flores que llevaba en la mano y echó a andar hacia la entrada posterior.

—¡Harry! —le grité—. ¡No vayas!

Tony me puso una mano en el hombro. —¿Jane está aquí?

Los alcancé cuando abrían la puerta de la tienda.

—¡Dios mío! —chilló Harry—. ¡Suéltame, imbécil! —Forcejeó tratando de desasirse. — ¡Steve, la planta quiere matarla!

Los hice salir y cerré la puerta.

Nunca más vi a Jane. Esperamos los tres en mi departamento. Al apagarse la música bajamos y encontramos la tienda a oscuras. La Arácnida había recuperado su tamaño normal.

Al día siguiente murió.

No sé a dónde se fue Jane. Poco después terminó el Receso, y llegaron los grandes planes del gobierno que pusieron en marcha todos los relojes y nos mantuvieron demasiado ocupados recuperando el tiempo perdido para preocuparnos por unos pocos pétalos magullados. Harry me contó que habían visto pasar a Jane por Red Beach, y hace poco oí que alguien muy parecido a ella actuaba en los clubes nocturnos a este lado de Pernambuco.

De modo que si alguno de ustedes pone aquí una coroflorería, y tiene una orquídea Khan-Arácnida, cuidado con una mujer de piel dorada e insectos en vez de ojos. Quizá juegue con ustedes al i-Go pero, lamento tener que decirlo, siempre hará trampa.

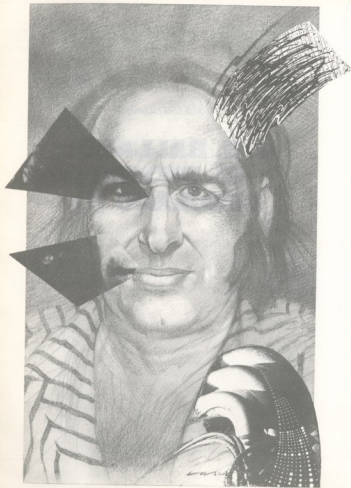


Ilustración de Andrés Cascioli

Creo en la inexistencia del pasado, en la muerte del futuro y en las infinitas posibilidades del presente.

J. G. Ballard, "What I Believe" (1984)

Las periodizaciones históricas suelen aceptarse por necesidad, aun reconociéndolas como arbitrarias. Llamar Edad "media" al milenio en el cual se formó Europa, reduciéndolo a un simple entremés que los pueblos romanizados jugaban a la espera de un segundo acto, o hablar de "Re-nacimiento" como si se tratara más de una restauración que de una instauración, son algunos de los escándalos más notorios.

De acuerdo con los manuales escolares, vivimos en la era "contemporánea" desde hace dos siglos, exactamente desde el 14 de julio de 1789.

En rigor, el proceso cuya culminación hoy estamos alcanzando —entre cuyos efectos están el capitalismo y la democracia liberal, pero también las revoluciones, el totalitarismo y la cultura de masas— se había iniciado unas décadas antes, con la revolución industrial. Por desgracia, ésta no ofrecía una fecha liminar que atrajese a los cronistas.

Sin embargo, vista desde una adecuada perspectiva, ella configura un salto con respecto a *toda* la historia anterior, desde el Neolítico hasta el *ancien régime*. Allí se inauguró un nuevo mundo, regido por la tecnología, que coronaba la marcha ascendente de la ciencia moderna. Epítetos añadidos más tarde (tales como "era industrial" o "postindustrial") no hacen más que subrayar el sentido axial que encierra la dominación de la técnica sobre todos los aspectos de la vida y de la cultura. Aun la tan mentada "postmodernidad", que se propone prescindir de casi todos los valores modernos, de ningún modo está dispuesta a renegar de la tecnología.

La tecnología habría de despertar una verdadera fe, desde Comte y

Verne hasta la primera *science fiction*, nacida con el industrialismo. Pero después de Hiroshima el desencanto pasó a reforzar actitudes defensivas o alarmistas ya anticipadas por Huxley o Zamiatin, que iban desde los filósofos de Frankfurt hasta el reciente utopismo ecologista.

La ambigüedad de este mundo regido por la racionalidad tecnológica, una ambigüedad que ahora suele destacarse con más insistencia, era intuitiva ya en sus planteos liminares, cuando aún nadie podía imaginar el futuro.

Pocas veces se recuerda que Immanuel Kant y el Marqués de Sade son contemporáneos, y sus tesis simétricas surgen a fines del siglo XVIII, sobre el inicio de la era tecnológica.

Ambas son compatibles con el proyecto de una cultura centrada en la ciencia y la técnica, *wertfrei* o ajena a los valores; ambas se plantean en el marco de la secularización del cristianismo, bastante antes de la "muerte de Dios" nietzscheana: apenas cuando Laplace decía prescindir del Creador como "hipótesis innecesaria" en la cosmología.

La tesis humanista formulada en el imperativo categórico kantiano ("considera al otro como un fin, nunca como un medio") se opone dialécticamente a la antítesis nihilista ("considera al otro como medio para tu placer y nunca como un fin") que anuncia Sade. Todo el esfuerzo del humanismo por proclamar los derechos humanos y defenderlos de nuevas y más perversas formas de manipulación, está en conflicto con el proyecto nihilista de instrumentación universal y reducción del otro a materia prima.

La limitación del humanismo está en no poder ofrecer otro fundamento que el sentimiento moral y la búsqueda de la felicidad general; los nihilistas suelen ofrecer poder para pocos e infelicidad para todos.¹

Hasta hoy, los humanistas no han sabido o no han podido aprender a controlar el poder que concentra la tecnología. Sus enemigos, que renunciaron a hacerlo, sólo han sabido ofrecer como alternativas el canibalismo o el suicidio de la especie.

Un baño de escepticismo ha sumergido a aquellos que fundaban su confianza en el hombre en los "grandes relatos" de la modernidad; de él han surgido nihilistas de rostro humano y humanistas desesperados. El siglo que se abrió con Spengler, se cierra con Fukuyama, quien anuncia el fin de la historia, el congelamiento de la injusticia y la muerte del pensamiento: un eterno presente confesadamente aburrido, cuyo más alto objetivo será edificar el museo de la historia humana.

Transferido a las provincias de la cultura, ese contraste entre fe ingenua en el hombre y desesperación aniquiladora se traduce en un clásico esquema, que propuso Umberto Eco. Según Eco, el fenómeno de la cultura de masas —es decir, la producción industrial de cultura "popular"— genera dos tipos

de iconoclastas igualmente parciales y miopes: el Apocalíptico (generalmente reaccionario o nihilista, que finge estar exiliado en este mundo) y el Integrado, que posa de *snob* y adula lo efímero con cierto cinismo.

Apocalípticos, los hubo desde siempre. En cuanto a los integrados, tuvieron su último auge en los locos años '60, los tiempos del *pop* y la cultura de la imagen. Más tarde, entraron en receso, barridos por una generación de apocalípticos de nuevo cuño, no sin antes haberle quitado a la cultura de masas toda su ingenuidad. Hoy renacen, con la triste frivolidad de los postmodernistas.

Este encuadre filosófico puede servirnos para situar la obra de J. G. Ballard, marginada por los críticos displicentes como "ciencia ficción". Quizás encontremos en ella una de las mejores elaboraciones simbólicas de la confusa actitud que el mundo post-nuclear tiene frente al poder de la técnica.

Ballard trasciende la dicotomía de Eco: tanto vale considerarlo como un apocalíptico integrado o un integrado apocalíptico. Puede que predominen en su obra los rasgos apocalípticos, pero pocos como él han sido capaces de penetrar empáticamente en los aspectos más inquietantes de la deshumanización, con una escritura deliberadamente impersonal y cercana al lenguaje de la ciencia. Esa ambivalencia, que oscila entre la condena y la delectación, es lo que más nos inquieta.

Algunos han querido exorcizarlo desde la izquierda, como "testigo de la decadencia británica" o como "escritor del Pecado Original", un epíteto que comparte con William Golding. Es un modo de apartar esa mirada despiadada a la que nos invita, con toda la desesperanza de un humanista derrotado, en el fondo de cuya alma late el nihilista reprimido: un escritor que reniega del pasado y del futuro, para exacerbar el presente y buscar en él su eternidad.

Graham Greene lo comparó con Conrad, y los críticos lo compararon con Graham Greene. Ballard es uno de los más lúcidos escritores europeos actuales, con una obra extensa e intensa en la cual ha ido profundizando —a lo largo de treinta y cinco años— un puñado de temas recurrentes. Tiene la magia de un narrador excepcional, capaz de volver a seducirnos siempre con la misma historia, que ni siquiera es historia. Nada es casual en su obra, tan cerebral como pudo ser la de Huxley, pero no menos sensible frente a los peligros de su tiempo. Quien quiera entender este tiempo loco que nos ha tocado vivir, tropezará con él, y quizás algún día el adjetivo "ballardiano", para calificar los desolados paisajes del mundo industrial, llegará a ser un lugar común como lo son "dantesco", "romántico" o "kafkaiano".

Bajo el sol de Nagasaki

Entre lo que para el lector ingenuo aparece como una facultad demiúrgica para crear imágenes y situaciones, y los entretelones que la labor analítica de los críticos descubre, se extiende el espacio de la creación, que transmuta experiencias contingentes en símbolos universales. Cuando se accede al material fáctico de que se nutre esa simbología, el misterio parece esfumarse; entonces surgen el peligro del reduccionismo y las interpretaciones proyectivas de los críticos demasiado seguros de sí.

A veces, el autor es tan cortés que escribe su propia biografía: para los eruditos será apenas una fuente más. Pero cuando, como Ballard, lo hace en forma de novela, parece desplegar ante el lector toda la red capilar por la cual circula su imaginación, y el terreno en el cual se hundan sus raíces; aunque, en el fondo, se trata de un nuevo encubrimiento, que descubre sólo lo que el autor desea descubrir.

Con *El Imperio del Sol* (1984) Ballard no sólo ha demostrado que es capaz de ganarse un puesto de honor en la gran literatura: ha producido una obra realista y autobiográfica que parece más fantástica que el resto de sus novelas. El lector cómplice descubre aquí en estado originario las experiencias que sellaron para siempre su personalidad y su estilo, aunque la forma que hoy adopta el relato y el tratamiento que da a las situaciones suponga toda la sedimentación de su carrera literaria.

El Imperio del Sol pone de manifiesto, en la intención del autor, cuáles fueron los años decisivos en su formación, el origen de toda su estética de la crueldad y sus tonos apocalípticos. Desde sus comienzos, Ballard se ha presentado como representante "de la literatura apocalíptica del siglo veinte, el auténtico lenguaje de Auschwitz, Eniwetok, y Aldermaston".³ "Mi vida", ha escrito, "probablemente esté más cerca de la de un poeta o dramaturgo isabelino, en cuanto a su proximidad con la muerte, el desastre o la destrucción de lo que puede estarlo la de mucha gente que vive hoy en este país."⁴

Contra lo que pareciera obvio para cualquier crítico provisto de las usuales herramientas psicoanalíticas, en este caso no se trata de los años de infancia, sino de la temprana adolescencia, o quizás del abrupto hiato que la guerra introdujo entre ambas.

Cuando se le informó que según el crítico marxista Darko Suvin su obra sería un testimonio de la decadencia del Imperio Británico, Ballard respondió que se sentía más identificado con la del imperio norteamericano, y que su hábitat mental no estaba en Inglaterra sino en las zonas semitropicales y desérticas. En ese momento, Ballard acababa de ganar fama con obras que se asociaban al clima contestatario del '68 y la guerra de Vietnam, y lo verosímil era interpretar estas palabras a la luz de un cierto "compromiso" político.⁵

El Imperio del Sol vendría a situar mejor esas afirmaciones, fijando el eje de su vida en 1945, bajo el emblema de la bomba de Nagasaki. Pese a haber nacido en China de familia inglesa, Ballard no reconoce influencias orientales y admite haber conocido la cultura europea recién en su juventud; su infancia había sido signada por los autos norteamericanos y las ilusiones de Hollywood.

James Graham Ballard nació en Shangai en 1930.⁶ Su padre era un químico que dirigía la filial de una empresa textil británica; su madre, Edna Johnstone, era hija de profesores de música.

Shangai era un mundo de tremendas injusticias: formalidad burguesa entre los europeos y miseria supina para los chinos. La casa de los Ballard tenía nueve sirvientes y un chofer para el Packard: Ballard nunca aprendió una palabra de chino, porque se suponía que los "nativos" eran quienes debían aprender el inglés.

La ciudad era un emporio del mal gusto, con sus cines llenos de oropeles y sus horas de mendigos y prostitutas; toda una corte de los milagros que rodeaba e invadía el mundo de las concesiones europeas. Cuando el auto de un blanco atropellaba a un coolie, no era costumbre detener la marcha.

En los años anteriores a la guerra, la familia Ballard había hecho numerosos viajes por el Lejano Oriente, incluyendo una corta visita a los EE.UU. en 1939. Ese año habían dejado la casa de las afueras para mudarse a otra más pequeña, en el centro de la ciudad.

Al comenzar la ocupación japonesa, después de Pearl Harbor, James tenía once años y estudiaba en la British Cathedral School, un colegio adscrito a la catedral anglicana. La dirigía un clérigo autoritario, que acostumbraba mandar a sus alumnos a copiar párrafos enteros de su texto escolar. En cierta ocasión, James se hartó del libro y comenzó a copiar una novela de aventuras; luego continuó escribiéndola él mismo, sin que el maestro se diese cuenta. En ese mismo tiempo produjo su primera "obra": un cuaderno manuscrito con reglas de *bridge*.

Curiosamente, en la misma escuela, entre 1920 y 1922, había estudiado alguien que abriría luego nuevos caminos para la ciencia ficción, caminos que hombres como Ballard recorrerían con paso firme. Su precursor en la Cathedral School se llamaba Paul Linebarger, el futuro "Cordwainer Smith"; cuando Ballard nacía, "Smith" se hallaba en Nankín, trabajando para las altas esferas del gobierno chino; en la época de Pearl Harbour, estaba haciendo su doctorado en Michigan, de modo que es muy difícil que sus destinos se cruzaran.

En 1942, los japoneses se adueñan de la situación, y Ballard es llevado, junto a sus padres y su hermana, a un campo de internación para prisioneros civiles: Longhua, cerca de un aeródromo militar que hoy es el Aeropuerto Internacional de Shangai. Antes, ha visto derrumbarse repen-

tinamente todo su mundo infantil hecho de prosperidad, profesores particulares, tenis y fiestas junto a la piscina. Recuerda haber buscado infructuosamente a su compañero de juegos, el niño Patrick Mulvaney, que vivía en la concesión francesa, para hallar sólo un departamento vacío: "Todas esas piscinas vacías sobre las que he escrito en mis ficciones estaban allí: recuerdo haber visto docenas de piletas de natación secas. O bien, solía bajar a la costanera, donde se alineaban los bancos y los grandes hoteles y las casas de comercio abandonadas; un día uno veía una escena familiar de barcos anclados en el puerto, y al día siguiente los encontraba hundidos por los japoneses... dada la estabilidad de la sociedad en que vivimos, es difícil de imaginar..."⁷⁶

El pasaje de la omnipotencia del europeo, del lujo y la abundancia a una dieta de arroz con gorgojos y papas robadas, las fantasías del niño que vive la guerra como una especie de sueño absurdo (sueña con ser piloto japonés), para quien las ficciones de Lewis Carroll suenan demasiado prosaicas; todo esto lo familiariza con el caos y la destrucción. En la ficción de *El Imperio del Sol* "Jamie" vive estas experiencias en total soledad, como un verdadero personaje ballardiano. En otro texto anterior, el cuento "El tiempo de los muertos",⁷⁷ el supuesto reencuentro con los padres se dramatiza como una fantasía de omnipotencia.

De todos modos, el niño Jamie logró sobrevivir en el campo, "salvado por la magia de la infancia" y hasta pudo continuar estudiando en la escuela improvisada por el Rev. Osborne, una figura que también se refleja en la novela. Muchos años después, éste acabaría siendo el suegro de Martin Bax, un pediatra amigo de Ballard y editor de la revista *Ambit*.

Este interregno, durante el cual no llegan noticias de la guerra, es interrumpido por la bomba atómica de Nagasaki, cuyo resplandor Jim vislumbra a través del mar de la China: es el nuevo Sol que inicia una era signada por el complejo de Damocles; bajo el imperio de ese sol atómico se desarrollará toda su vida, y la nuestra.

En la ficción, Jim se siente paradójicamente desamparado cuando se retiran los japoneses y sobrevienen las crueles represalias contra los carceleros. En ese campo había salido de la infancia; el campo era su mundo, y el sol atómico sólo presagiaba nuevas guerras. Su fascinación por los aviones de combate se refuerza en la fugaz relación que trata con un piloto kamikaze, tan adolescente como él: es la primera rebelión contra la muerte, que hasta entonces parecía obvia. El episodio reaparecerá, transfigurado, en el cuento "Playa terminal".

Caen del cielo los paracaídas norteamericanos con comida, revistas y otros lujos; los refugiados son llevados a un estadio deportivo, en medio de una increíble acumulación de trastos: es un nuevo vagabundeo en el paisaje alterado por la guerra.

Ballard lo recuerda como una llanura semitropical, donde la vegeta-

ción brotaba sin control, lleno de ríos, canales, arrozales, pantanos y espejos de agua: un mundo anegado, aunque no sumergido aún. La guerra y el colapso del sistema chino de riego, nos dice, habían "dramatizado" el paisaje rural; era común tropezarse con armamento abandonado entre las tiendas de los refugiados y los departamentos vacíos.

Evoca sus escapadas al Del Conte, un casino abandonado de construcción pomposa y estilo vagamente versallesco, donde se veían las ruletas destripadas, mostrando sus oxidados mecanismos.⁷⁸ Luego vendrían los cazas japoneses y los B-29 norteamericanos derribados o abandonados, "entrecruzándose como alados reptiles muertos" ("Playa terminal"). Era un paisaje de chatarra.

Ballard seguiría alimentándose de estas experiencias toda su vida: los hoteles desiertos con todo su lujo en descomposición, los personajes enigmáticos que se pasean por el caos vestidos con immaculados trajes blancos, tratando de conservar la compostura; la sugestión de las ruinas, las ciudades y pueblos desiertos; el caza Zero del museo imperial, cuya cabina "aún encerraba un pequeño retazo del cielo del Pacífico"; los japoneses muertos, "apilados como leña en las barcas del muelle de Woosung"⁷⁹; los cargueros hundidos en el Yangtsé⁸⁰; Guam en 1947, con sus palmeras y casamatas⁸¹; el cabo Tulloch, un personaje que reaparecerá en *La sequía* y en *La exhibición de atrocidades*.

Más de cuarenta años después, los viejos bombarderos dominarán el cuento "My Dream of Flying to Wake Island"⁸². El protagonista de la más reciente novela de Ballard, *El día de la creación*, recordará Hong Kong, Cantón, las muchas chinas y los arrozales de Kowloon.

De Shangai a Shepperton

Sólo a los dieciséis años, en 1946, Ballard conoce Inglaterra. Junto a su madre y su hermana, vive un tiempo en West Country, cerca de Plymouth; un sitio que parecía sacado de las novelas de Daphne du Maurier, con acantilados y un barco encallado.

Su padre permanecía en China, retenido por los comunistas; dos años después Mrs. Ballard y su hija fueron a buscarlo, dejando a Jim a cargo de los abuelos maternos, en las cercanías de Birmingham. En 1949, la familia volvió a reunirse, y se radicó en la zona de Manchester, donde el padre de Ballard sería el director de la filial de un laboratorio farmacéutico norteamericano.

De esos años, Ballard evoca la figura de su abuelo, "un caballero eduardiano, engolado y puritano" que habría de servirle de modelo para componer al reverendo Johnstone, un personaje de *La sequía*.

Tras las duras experiencias de la guerra, era previsible que el civiliza-

do paisaje inglés nunca resultara demasiado familiar para él. Ballard siempre sintió atracción por el clima mediterráneo, "algo entre Los Angeles e Ipanema", como lo testimonian sus numerosos viajes a España y Grecia. No vacila en afirmar "Inglaterra no me gusta"¹⁷ y recuerda que a su llegada le pareció "un país muy extraño, donde tanto el paisaje físico como el psicológico y el social estaban clamando por una terapia".¹⁸

Este fue su período universitario. Estuvo dos años estudiando medicina en la Leys School de Cambridge: una experiencia que dejaría claras huellas en su estilo. "Supongo que si no me hubiese hecho escritor, habría sido médico", declara Ballard. "Los protagonistas de mis cuentos que practican la medicina son en cierta medida yo mismo. Ya que no podía hacerlos escritores, lo más obvio era hacerlos médicos. Mi educación, mis inclinaciones personales y mi actitud frente a las cosas están más cerca de las de un médico que de las de un escritor. No soy un hombre de letras."¹⁹

Sin embargo, su interés por la medicina parece haber sido más literario que científico. Confiesa que abandonó la carrera en cuanto dejó atrás la anatomía y la fisiología, "tan ricas en metáforas", para internarse en los tecnicismos de la profesión. Por un tiempo, se interesó por el psicoanálisis y pensó en hacerse analista, pero también en este caso sus motivaciones eran estéticas: aún considera que Jung y Freud fueron grandes novelistas. Tenía entonces veintinueve años, y acababa de ganar el concurso de una revista estudiantil, con el cuento "The Violent Noon".

La experiencia de las salas de disección lo marcó profundamente. Nunca olvidaría su primera visión de esos "cadáveres extendidos sobre las mesas de cristal, como olvidados concurrentes a un baño turco que hubiesen esperado su masaje demasiado tiempo" (*El día de la creación*, pág. 82). En esos lugares, asegura, uno comienza a dudar de sí mismo, cuando ve sólo "montones de tejidos y huesos rotulados con nombres de médicos muertos; eso significa experimentar tanto la falta de integridad del propio cuerpo como la integridad espiritual de aquellos médicos".¹⁹

Tras abandonar la medicina, Ballard pasó unos meses estudiando Letras en la Universidad de Londres ("Si uno quiere ser escritor, lo mejor es que estudie literatura", le había aconsejado su padre), pero tampoco esa carrera lo atrajo. En esos años, probó toda clase de empleos: dactilógrafo en la agencia de publicidad Digby Wills Ltd., portero en el Covent Garden y vendedor de enciclopedias a domicilio. Esto último, siempre le pareció "una experiencia fascinante".

En 1953 se enroló en la Fuerza Aérea: "Súbitamente, tuve ganas de volar. Siempre he querido hacerlo, toda mi vida. Es una extraña idea que ronda por mi mente."

Fue a hacer su entrenamiento en Canadá, donde permaneció un tiempo en un lugar bastante desolado, la base de Moose Jaws (Saskatche-

wan). Allí, a falta de otras lecturas, reparó en las revistas norteamericanas de ciencia ficción.

En ellas descubrió a autores como Sheckley, Matheson, Leiber, Kutner y, sobre todo, Bradbury: eran precisamente aquellos que, en plena era de Campbell, cultivaban una literatura distinta del predominante científico. Obviamente, jamás le interesaron Asimov, Heinlein o van Vogt. Fue allí, en Canadá, donde escribió su primer cuento de cf, "Pasaporte a la eternidad".

Vuelto a Londres, en 1955, se casó con Mary Rhodes, bisnieta de Cecil Rhodes, el conquistador que le puso nombre a Rhodesia. Se fueron a vivir, muy modestamente, a Chiswick, y allí nació Jim, su primer hijo. Ballard trabajaba entonces en varias bibliotecas públicas y en la redacción de una revista técnica.

Mientras tanto, continuaba probando suerte con la cf. En 1956 logró ver publicado su primer cuento, "Escape" ("Escapement"), un relato cíclico cuya estructura no lineal se adecuaba perfectamente a un tema original. Luego vinieron "Prima belladonna" (id., 1956), y "Móvil" ("Mobile", 1957) que habrían de iniciar la serie de Vermilion Sands. Otros tres cuentos de esta época, "Ciudad de concentración" ("Build-up", 1957), "Bilenio" ("Bilennium", 1961) y "Cronópolis" ("Chronopolis", 1960) anticiparían la futura "trilogía urbana". Estos y otros textos aparecieron en *New Worlds*, la revista que orientaba Ted Carnell.

Fue Carnell quien en 1957 le consiguió un mejor empleo, en una revista de la industria química de la cual llegaría a ser secretario de redacción hasta 1961. En 1960, los Ballard se mudaron a Shepperton, un suburbio cercano al aeropuerto de Heathrow que ha llegado a ser conocido por sus estudios de cine; eligieron ese lugar "simplemente porque no teníamos dinero".

Pronto, los largos viajes diarios a Londres en el tren suburbano, la rutina del empleo y un hogar con tres niños pequeños amenazaron con no dejarle tiempo para ninguna actividad creativa. Cuando ya llevaba publicados varios cuentos, su esposa le sugirió que, aprovechando una quincena de vacaciones, intentara escribir una novela. Esto le permitiría pensar en independizarse, teniendo en cuenta las ventajas que entonces ofrecía el mercado norteamericano a los escritores ingleses.

Así escribió *The Wind from Nowhere* (1962), historia-catástrofe compuesta con cierta premura pero que, aunque hoy prefiera olvidarla, le dio confianza en sí mismo y en sus posibilidades. Su éxito le permitió publicar varios meses después *El mundo sumergido* (*The Drowned World*, 1962) y dedicarse profesionalmente a escribir.

Súbitamente, en 1964 murió su esposa, y Ballard se halló solo con tres niños. No volvió a casarse y prefirió encargarse él mismo de la educación de sus hijos, ingeniándose para seguir escribiendo y tener lo que llama

"una rica vida familiar". Una obra tan experimental como *La exhibición de atrocidades* fue escrita entre 1965 y 1970, cuando Ballard tenía que cocinar, limpiar, mantener la casa en orden y ayudar en las tareas escolares a las niñas Bea y Fay, de seis y siete años, y a Jim, de nueve.

Con el correr de los años, los hijos crecieron, fueron a la universidad, se emplearon y terminaron dejándolo solo; en una entrevista de 1982 aún se manifestaba extrañado de tener tanto tiempo y tanto silencio, cuando apenas unos años antes su casa había estado llena de adolescentes ruidosos.

Ballard sigue viviendo en Shepperton, aunque es "el único vecino que no tiene videograbador ni computadora". Su jardín está tan descuidado que "ha pensado en alquilarlo como escenario para películas de guerra", pero él prefiere cuidar unas ridículas palmeras de aluminio que le regaló Emma Tennant, la editora de la revista *Bananas*, con quien tuvo una relación durante un tiempo.

El iconoclasta

Las lecturas de Ballard son muy eclécticas: admira a Graham Greene y siente afinidad con Jarry, Kafka, Poe, Borges, Beckett y William S. Burroughs. En su obra hay ecos del hermetismo de C. G. Jung y de la poesía de T. S. Eliot: no en vano un capítulo de *La sequía* se titula "El sermón de fuego".

Otra vertiente la constituyen sus lecturas científicas, quizás un resabio de sus primeros empleos y sus estudios de medicina. Más que información, Ballard busca en ellas materiales lingüísticos: siempre le ha atraído el estilo objetivo de los *papers*, los prospectos médicos y las revistas técnicas: su "libro de cabecera" es *Crash Injuries*, un texto médico sobre accidentes de tránsito. Durante los años sesenta hizo un curioso pacto con el doctor Christopher Evans, que trabajaba en el Laboratorio Nacional de Física. Evans se especializaba en la *interface* de pacientes y computadoras para el diagnóstico médico y luego sería autor de un conocido libro sobre la revolución informática (*The Mighty Micro*, 1980). Ballard estaba fascinado por los programas de diagnóstico y logró que Evans le enviara todas las semanas grandes paquetes con lo que caía en sus papeletes: boletines, informes, revistas, folletos: alguna vez compuso con ellos una serie de *collages*.

Más que la literatura, en su estilo influyeron las artes plásticas: la pintura surrealista y las joyas de Fabergé (el orfebre de la corte imperial rusa), que suelen mencionarse a menudo en sus obras. Ballard ha llegado a decir que cuando decida ponerse a pintar dejará de escribir, porque entiende que todos sus textos son apenas intentos pictóricos.

Le interesan todas las épocas de la pintura, desde el arte rupestre al no figurativo, pero lo que siempre le atrajo más fue el surrealismo, sobre el cual ha escrito eruditos trabajos.⁸² Se ha dicho que el surrealismo es una pintura llena de contenidos literarios, y Ballard es uno de los pocos que han logrado traducir esas imágenes a metáforas.

Desde sus años de estudiante, colgaba reproducciones de cuadros surrealistas en su cuarto. Estos eran entonces mal vistos por los críticos ingleses; según Ballard, a causa "del odio protestante hacia la imaginación y el simbolismo". Cuando publicó *El mundo sumergido*, el editor Victor Gollancz le pidió que suprimiera las referencias al surrealismo, pensando que "le quitaban seriedad".

La influencia surrealista se percibe en toda la primera parte de la obra ballardiana. *La sequía* está expresamente construida en torno a un cuadro de Yves Tanguy, "Jours de lenteur". La presencia de Delvaux y sus figuras delicescientes se hace sentir en *El mundo sumergido*. "El día eterno" se inspira en "El eco" de Delvaux.

Años más tarde se interesó por los pintores del Pop Art: Hamilton, Paolozzi, Wesserman, Rosenquist, y sobre todo Andy Warhol. En 1972 llegó a montar un *happening* en colaboración con Edoardo Paolozzi, y diseñó una serie de "avisos comerciales" con imágenes y textos concebidos a la manera de las antiguas "banderillas" surrealistas. *Crash* y *La exhibición de atrocidades* fueron pensadas como experiencias sensoriales más que literarias. Entonces, Ballard llegó a decir que la escritura estaba muerta —eran los tiempos de MacLuhan y la mística de los *mass media*— pero por suerte continuó escribiendo.

Hacia 1965 se lo consideraba el líder del llamado grupo de *New Worlds*, la revista inglesa que parecía llamada a renovar el género, desplazando a los autores norteamericanos. Por entonces, Judith Merrill desembarcó en el Viejo Mundo y escribió un célebre artículo⁸³ donde llamaba la atención sobre este "fenómeno", divulgando la tesis ballardiana del "espacio interior".

Ballard recuerda ese "descubrimiento" con cierto escepticismo. Su opinión sobre el mundillo de la *cf* norteamericana, "donde todo el mundo estaba casado con la ex mujer de tal o cual", con *fans* y autores que correteaban de una convención a otra, fue decididamente negativa.

En realidad, lo que se estaba produciendo era la crisis de la ciencia ficción. No la que anunciaba la pedantería de Michel Butor, sino una auténtica maduración. Nadie estaba mejor situado que Ballard para abrir el debate; había tomado contacto con el género sólo tardíamente, y había comenzado a escribir en tiempos del Sputnik. Esta posición hacía converger en él todos los conflictos generacionales, llevándolo a cuestionar la supervivencia de un género que veía cómo los ingenieros le arrebataban sus más preciados sueños.

De ese modo, el "espacio interior" fue alzado como un estandarte y enredó a toda la comunidad de la cf en polémicas, tan estériles como inacabables, entre "cientificistas" y "especulativos".

Era inevitable que tanto panegiristas como detractores asociaran ese "espacio interior" con las drogas y la cultura "psicodélica" de los años '60. Se llegó a decir que *The Crystal World* había sido escrita bajo la influencia del LSD. Ballard, por su parte, no se ha cansado de explicar que sólo probó LSD una vez, varios años más tarde y con resultados desastrosos. Convinco de que ninguna droga puede suplir a la imaginación (su mayor "liberación interior", asegura, se produjo cuando dejó el cigarrillo), organizó un concurso junto con Martin Bax para premiar el mejor texto creativo escrito bajo los efectos de alguna droga: lo ganó una muchacha que sólo tomaba anticonceptivos...

Superados estos malentendidos, hoy podemos evaluar cuál ha sido la influencia de Ballard, sin duda considerable; esto no significa que su estilo o su temática hayan sido imitados, sino que tuvo la virtud de convertirse en polo alternativo frente al anquilosamiento y la rutina. Ballard marca el hito de una renovación que se dio a ambas orillas del Atlántico: sin duda, ha sido uno de los que derribaron las fronteras artificiales entre literatura y ciencia ficción. Hoy es considerado uno de los mejores escritores de su país, sin que nadie se preocupe por encasillarlo en un género.

¿En qué consistía aquella revolución que proponía Ballard a mediados de los '60? Más que proponer el programa de una escuela o un manifiesto literario, Ballard anticipaba el curso que seguiría su propia obra. Por eso, fueron muy pocos quienes lo acompañaron: fue imitada y admirada su actitud independiente e inconformista, pero nadie se internó por el camino del "espacio interior".

En 1969, Ballard estuvo en un simposio realizado con motivo del Festival de Cine de Río de Janeiro. Frente a Clarke y van Vogt, a Ackerman y Moskowitz, volvió a exponer su manifiesto.

El "espacio exterior" de la ciencia ficción clásica, el símbolo que había permitido soñar con naves del espacio, planetas y monstruos, había dejado de ser un símbolo en el momento en que un satélite artificial comenzó a surcarlo. Era necesario comenzar la exploración del "espacio interior", los símbolos del inconsciente, las nuevas metáforas del futuro y los asombros del presente, siendo la ciencia ficción la única literatura que había mantenido despierto el sentido del misterio en un mundo conformista, debía ser ella quien asumiera esa tarea.

"Pienso", dijo entonces Ballard, "que todos los fundamentos de la ficción y la realidad en el mundo parecen haberse invertido. Quizás hace cien años, la gente tenía en sus mentes una clara distinción entre la realidad exterior —el mundo del trabajo, la industria, el comercio y las relaciones sociales— y el mundo de los sueños diurnos, que llamaremos el mundo de

la mente. Pienso que esa relación se ha invertido del todo, de modo que los mayores productores de ficción en la actualidad están en la realidad exterior; son los materiales de la vida diaria... Pienso que está por aparecer una ficción especulativa tal vez mucho más privada e introvertida. Uso el término 'introvertida' para describir algo que, según pienso, son los paisajes del alma."⁷⁰

Otra de las actitudes que hicieron más polémica la figura de Ballard es el pesimismo con que siempre observó la carrera espacial. A mediados de la década del '60 parecía escandaloso que un escritor de cf —un género que parecía estar vinculado para siempre con naves espaciales y extraterrestres— renegara de la euforia general. En realidad, Ballard simplemente se estaba adelantando en una década a las mudanzas de la opinión pública; lo que entonces sonaba desafiante, es hoy casi un sentimiento generalizado.

Cursos y recursos

La obra de Ballard dista bastante de estar concluida; aún cabe esperar mucho de él, tanto por razones de edad como de probada creatividad. De tal modo, cualquier balance que hagamos será optimista.

Si lo hubiésemos hecho hacia 1965, Ballard habría aparecido apenas como un renovador de la ciencia ficción, o el portador de un manifiesto. Hacia 1970, se hubiese subrayado su empleo de formas narrativas experimentales en un género poco afecto a ellas. Pero cuando pareció volver a cauces más tradicionales, hubo que rectificar. Después de *El Imperio del Sol*, dirigido a un público más amplio, su imagen ha vuelto a cambiar.

Sin embargo, al repasar todas las etapas de su evolución, se descubre la persistencia de ciertos temas peculiares, que asoman en los primeros textos y son periódicamente retomados en sucesivas versiones. Algo así como obsesiones privadas que toman estado público cuando descubrimos que podemos compartirlas. Ballard se perfila como un autor muy personal que ha sabido mantener abiertas, con insistencia, ciertas cuestiones de nuestro tiempo, usando de los estilos y cánones que hallaba en circulación, para dejarlos atrás cuando ya no le servían. Es así como se alejó del ghetto de la ciencia ficción, con el cual nunca se sintió identificado; vivió intensamente la era del pop con todos sus juegos, para superarla cuando sintió que había llegado a otro nivel de crecimiento; hasta se dio el lujo de escribir una novela sobre la segunda guerra mundial cuando ya todo parecía estar escrito. Y sin embargo, aún en *El Imperio del Sol* encontramos ecos de esa ciencia ficción que en su momento fue capaz de hacernos ver como asombroso o siniestro aquello que todo el mundo creía saber, desde Hollywood y la escuela primaria.

Es inevitable que, para abrirnos paso en la maraña de los títulos y

poner algún orden diacrónico en su obra, sea preciso establecer alguna periodización, que habrá que tener presente cuando se quiera analizar la recurrencia de ciertos leitmotives. El propio Ballard nos señala la diferencia entre sus primeras novelas, escritas bajo la influencia del surrealismo, y la etapa que se inicia con *La exhibición de atrocidades*: estos últimos serían "una suerte de libros tecnológicos".²¹

Entiendo que pueden diferenciarse por lo menos cuatro períodos en la obra ballardiana, sin que ello signifique establecer estrictas fronteras cronológicas: Ballard siempre ha sido un escritor obsesivo y repetitivo, cuyo simbolismo es construido y usado de modo consciente, como señala David Pringle.

Período humanista

La primera etapa es obviamente la más convencional, si se tiene en cuenta qué clase de textos estaban dispuestos a aceptar y publicar las revistas cf de la época. Ballard probablemente no hubiese surgido en el medio norteamericano, regido por las normas de Campbell, pero tampoco el criterio de los editores de *New Worlds* ofrecía demasiado margen para innovaciones osadas. Ted Carnell encontró que "Playa terminal" era excesivamente experimental, y la agencia norteamericana Scott Meredith lo rechazó de plano.

Los cuentos de esta época, que pertenecen formalmente a la ciencia ficción, carecen de escenas extraterrestres e imaginaria astronáutica; por lo general, se desarrollan en la Tierra, en el presente, y a veces se deslizan hacia lo fantástico y lo policial. Como excepción, se pueden mencionar "Las tumbas de tiempo" ("The Time Tombs", 1963), cuyo superficial parecido hacía pensar en Bradbury, aun cuando la relectura permite apreciar su inconfundible clima ballardiano, y "Zona de espera" ("The Waiting Grounds", 1959), cuyo sentido último también se amplía con la relectura.

Otros cuentos, que entonces parecían hacerse eco de la corriente ético-sociológica en el estilo de Pohl o Simak, se desplegarían más tarde en grandes novelas. Tal lo que ocurre con "Ciudad de concentración" y "Bilanio", que hay que releer después de *Rascacielos*; "Cronópolis", que adquiere otro colorido después de "The Ultimate City", o "El hombre subliminal", que tiene mucho que ver con la génesis de *Crash* y *La isla de cemento*.

Período surrealista

Una segunda etapa se inicia con *El mundo sumergido*; en su época, se la vinculó con las "catástrofes" de la cf inglesa, cuyos paradigmas eran Wyndham y Christopher. Luego se vio que su tema no era la catástrofe en sí (que al comenzar la acción ya había ocurrido), sino las transformaciones que el nuevo paisaje producía en el "espacio interior". Consideradas formalmente, parecerían simples variaciones sobre un mismo tema, aunque su sentido sea otro.

En *The Wind from Nowhere* el mundo es arrasado por un viento huracanado; en *El mundo sumergido*, el agua invade las ciudades; en *La sequía* (*The Drought*) la falta de agua es lo que provoca nuevas situaciones y actitudes. En "El día eterno" ("The Day of Forever", 1967) se detiene la rotación de la Tierra, y con ella la conciencia del tiempo, mientras que en *The Crystal World* (1966) todo se cristaliza, congelando al mundo en un eterno presente.

Paralelamente a esta serie de "catástrofes", Ballard fue creando un paisaje más ameno pero igualmente subjetivo, al que cierta vez definió como la clase de futuro donde le gustaría vivir. Son los cuentos que recopilaría con el título de *Vermilion Sands* en 1971, y que constituyen una provincia casi autónoma, aunque sutilmente ligada al resto del mundo.

Período nihilista

Hacia 1970, Ballard abandonó el futuro para centrarse casi exclusivamente en el presente. Así como en un momento había encontrado en la cf el vehículo más adecuado para expresar sus verdaderos intereses, el descubrimiento del *pop art* lo convenció de que una cf renovada debía ocuparse del aquí y del ahora.

Amalgamando la imaginaria *pop*, la sintaxis de los medios masivos y los recursos literarios del surrealismo escribió un polémico texto, muy alejado de la ciencia ficción: *La exhibición de atrocidades* (*The Atrocity Exhibition*, 1970).

Fue un libro anticonvencional, hecho de viñetas, tramas condensadas y embriones de novelas, cuyos temas recurrentes eran la violencia y el pansexualismo. Ponía en escena los íconos de la cultura de masas (Kennedy, Elizabeth Taylor, Ralph Nader) para producir esa "emocionante sorpresa que provoca la reunión de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones" que exaltara Lautréamont.

Entiendo las obsesiones de los '60 con la estética de los '20, las dos décadas revolucionarias del siglo, provocaba al lector con su homenaje a Jarry ("El asesinato de John F. Kennedy considerado como una carrera de

autos cuesta abajo"). Su intención era claramente revulsiva: "Las generaciones de América" consta de tres páginas con solamente nombres propios. "Por qué quiero joder a Ronald Reagan", donde profetizaba el ascenso al poder del conocido actor, provocó las iras de Nelson Doubleday, quien mandó destruir la edición norteamericana apenas dos semanas antes de entrar en distribución. El siguiente editor, Dutton, se interesó en el texto alusivo a Reagan (que curiosamente, años más tarde, se convertiría en panfleto político), pero se sintió molesto por las "dieciséis referencias a Ralph Nader".

Su siguiente libro fue *Crash* (id., 1973), que suele incluirse dentro de la "trilogía urbana", y ya estaba esbozado en unos pasajes de *La exhibición...* Ballard se propuso hacerlo aun más agresivo, y afirma que nadie, ni siquiera los críticos, lo ha entendido. Una editorial inglesa lo rechazó, basándose en el informe de su lectora, la esposa de un conocido psiquiatra, quien afirmaba que "el autor está más allá de toda ayuda psiquiátrica".

Sin duda no es un libro agradable, ni tampoco una de sus mejores novelas: aunque resulte claro que usa la pornografía para trascenderla, su morosidad y reiteración comienzan a hastiar a partir del primer capítulo.

La isla de cemento (*Concrete Island*, 1974) y *Rascacielos* (*High-Rise*, 1975) exploran otras dimensiones de la deshumanización: la soledad y la incomunicación que pueden vivirse al margen de las atestadas autopistas; la destrucción de la convivencia en el infierno sartreano de un complejo habitacional "perfecto". La primera ha sido comparada—no muy felizmente— con *El Señor de las Moscas* de Golding; de la segunda ha dicho David Pringle que es algo así como la versión inteligente de *Infierno en la torre*, y recuerda a *El ángel exterminador* de otro surrealista, Buñuel.

Con ellas se completa la trilogía urbana, y también se cierra la etapa de experimentación formal. El comienzo de *La isla...* es deliberadamente convencional, como para marcar una clara diferencia con el período anterior; aunque de tanto en tanto Ballard vuelve a utilizar técnicas narrativas cíclicas o en mosaico, como en los cuentos "The Beach Murders" o "Zodiac 2000".

Después de estas tres novelas, Ballard regresó por un tiempo al cuento, y con él a un estilo más lineal y una lógica más diurna. El volumen *Low-Flying Aircraft* (1976) es una buena muestra de su versatilidad, que va desde la novela corta "The Ultimate City", donde retoma casi todos sus grandes temas, hasta cuentos más convencionales como "The Greatest Television Show on Earth" o "The Comsat Angels".

Período metafísico

En lo que hasta ahora es la última etapa de la obra ballardiana, aparecen tanto la ficción autobiográfica de *El Imperio del Sol* como una reedición de las fobias de *La exhibición de atrocidades*, resueltas ahora en una clave más delirante: *Hola, América* (*Hello America*, 1981), donde despliega todos los símbolos del americanismo para diseñar un grotesco apocalipsis.

Pero donde puede mejor apreciarse un cambio de actitud, que recapitula y profundiza líneas que atraviesan toda su producción anterior, es en la novela *Compañía de sueños ilimitada* (*The Unlimited Dream Company*, 1979). Los cuentos reunidos bajo el título *Myths of the Near Future* (1982) y lo que hasta hoy es su última novela, *El día de la creación* (1987) se mueven en el mismo ámbito.

Aquí, los temas que pasan a ocupar el centro de la escena son el tiempo, la eternidad y la imaginación trascendente, expresados en nuevos arquetipos. Estas tendencias místicas, si bien no resultarán nuevas para el lector atento de Ballard, no por ello resultan menos inquietantes.

Los paisajes interiores

El programa ballardiano de exploración del "espacio interior"—que en una lectura superficial se entendió como escapismo subjetivista—apuntaba desde el comienzo a la búsqueda de la auténtica "realidad", usando la imaginación para romper con opiniones y apariencias.

Más que subjetivismo, era pues un hiperrealismo, que trataba de discernir cuánto hay de subjetivo en el paisaje que vemos y en qué medida el paisaje en que vivimos nos condiciona.

El paisaje natural se convirtió en objeto estético a partir del Renacimiento, en un proceso paralelo al descubrimiento cartesiano de la subjetividad. El paisaje era bello en y para la conciencia, que se deleitaba contemplando en el mundo exterior la misma armonía racional que reinaba en las matemáticas.

Lo "objetivo" del paisaje (el "mundo de la Naturaleza") quedó en manos de la ciencia, que en su marcha triunfal habría de desarmarlo analíticamente hasta sus mecanismos más sutiles, desde la mecánica celeste hasta el código genético.

La tecnología, hija de esa ciencia analítica, comenzaría entonces a crear sus propios paisajes urbanos, entornos artificiales que modificarían profundamente las vivencias de ese "animal desnaturalizado" que es el hombre occidental.

El torrente de información mediata que se precipita sobre el hombre urbano reemplaza las vivencias inmediatas y crea cierta sensación de

irrealidad que hace imposible discernir entre experiencias reales y virtuales. Entre el paisaje y la mente se establece entonces una reciprocidad tal que bien se puede sentir al paisaje exterior como un estado de la mente, como los románticos, o la mente como un estado del paisaje, como decía Dalí.²²

Martin Bax, amigo e intérprete de Ballard, entiende que el proceso iniciado por la Revolución Industrial y profundizado por el consumismo culmina hoy en lo que llama "fase ballardiana" de la civilización; la tecnología, tras cambiar el entorno, comienza a invadir la mente, mediante los medios masivos y la informática. Lo que haría Ballard sería confrontar el *software* (la gente) con el *hardware* (la tecnología) del siglo XX.²³

Esto permite entender por qué el estilo de Ballard tiende a un objetivismo deliberado: procura hablar desde el medio tecnológico utilizando la sintaxis propia de éste, la eficiencia. Ballard ha tratado de modelar su estilo leyendo revistas médicas e informes técnicos, para enfrentarse a los hechos "con la actitud que tiene un ingeniero cuando estudia las deformaciones de la cola de un avión"²⁴ o tratando simplemente de reunir "los materiales de una autopsia".²⁵

La palabra "autopsia" es clave: pese a que suele asociársela con la muerte, en su origen significó "examinar uno mismo" al paciente, suspendiendo todo juicio hasta haber encarado la realidad. Esto le permite plantear hipótesis extremas (un recurso de la cf) para dejar las conclusiones a cargo del lector. Así como en una novela clásica siempre quedaba claramente establecido cuál era la postura filosófica, moral o ideológica del autor, obras como *Crash* ostentan la característica de "abiertas".²⁶

Otra consecuencia de esta actitud es la búsqueda de formas no lineales. El lector vive actualmente en un mundo no lineal: no se sienta pasivamente a leer su novela, sino que suele tener una experiencia en mosaico: enciende la TV, hojea una revista, sueña, habla por teléfono...²⁷

También se entiende por qué los personajes de Ballard carecen de identidad; quizá lo que en un momento lo atrajo a la cf fue precisamente esa crónica carencia de personajes con vida propia. De todos modos, tampoco los hay en Kafka.

Ballard prefiere no hablar de "personajes en sentido convencional"; los suyos "son aspectos de ciertas situaciones personalizadas. No tienen el mismo nombre, pero sí variaciones de éste". Se llaman Maitland, Tallis, Travis, Talbot, Nathan, Novotny, Koster, Halliday, Halloway... El "hombre del traje blanco" se llama Stragman en *El mundo sumergido*, Lomax en *La sequía*, Ventress en *The Crystal World* y Mallory en "El día eterno".

El protagonista de *Crash* es simplemente "Ballard", pero *El Imperio del Sol* (que es autobiográfica) está escrita en tercera persona. Y así como no hay manera de identificar a los personajes, tampoco hay límites precisos entre personajes y entornos.

La intersección del paisaje exterior y el paisaje mental se manifiesta en las crisis históricas, los desastres colectivos o las situaciones límite de los personajes. Como dice Kerans en *El mundo sumergido*: "Así como la distinción entre los contenidos latentes y manifiestos del sueño había dejado de ser válida, también había caducado toda división entre lo real y lo suprarreal en el mundo externo. Los fantasmas se deslizaban imperceptiblemente de la pesadilla a la realidad y viceversa, y los paisajes terrestres y psíquicos se volvían ahora imposibles de distinguir, como había sido en Hiroshima y Auschwitz, en el Gólgota y en Gomorra..."²⁸

La experiencia del colapso de la civilización colonial europea que Ballard vivió en su adolescencia lo ha sensibilizado para intuir la fragilidad del orden cotidiano en que vivimos y la posibilidad de la irrupción del absurdo, simbolizado en la Bomba.

Todas sus indagaciones, primero por el camino de las catástrofes imaginarias y después por el "psicoanálisis" de nuestro ordenado mundo tecnológico, se centran en esas repentinas aboliciones del tiempo habitual que parecen revelar por un momento algo de la eternidad.

La soledad y el desierto siempre han atraído a ascetas y profetas, que intuyeron la caducidad de la civilización. Al internarse por el camino del apocalipsis imaginario, Ballard ha estado indagando el tiempo (la palabra que más se repite en toda su obra), precisamente por haber vivido la experiencia decisiva de la devastación del mundo de preguerra.

"Jamie" (Ballard-niño en la ficción de *El Imperio del Sol*) vive en soledad el colapso de ese mundo ordenado y acogedor. El símbolo más aterrador de ese colapso no será para él la crueldad, la matanza o la destrucción, sino algo aparentemente tan neutro como la imagen de una piscina vacía.

Cuando el agua (que debería estar allí para que la piscina sea piscina) se ha ido, se pone de manifiesto el fondo que ocultaba su superficie irisada y tranquila. Es la trastienda de las apariencias, donde brotan los objetos extraviados, los recuerdos recuperados, las huellas de un mundo perdido:

"La piscina se había vaciado durante la noche; Jim nunca la había visto así, y miró con interés el suelo inclinado. Ahora ese mundo antes misterioso de ondulantes líneas azules, visto a través de una cascada de burbujas, estaba expuesto a la luz de la mañana [...] Junto al desagüe de bronce había un pequeño museo de los veranos anteriores: unas gafas de sol de su madre, un broche para el pelo de Vera, una copa y media corona inglesa que su padre le había arrojado."²⁹

En esta frase se encuentra el germen de los balcones del Ritz cubiertos de musgo, las fogatas en los *penthouses*, las plataformas abandonadas de Cabo Kennedy.

La imagen de la piscina vacía atraviesa toda la obra ballardiana. En

"Las voces del tiempo" el biólogo Whitby, antes de suicidarse, dibuja un enorme mandala en "el fondo de la piscina vacía". En "Myths of the Near Future", Sheppard pretende detener el tiempo y resucitar a su esposa mediante una "máquina" (compuesta por filminas, cronogramas, fotos pornográficas y reproducciones de Magritte), cuya fuente de energía está en una piscina vacía: "No es coincidencia que el Centro Espacial esté rodeado de piletas de natación vacías..." Allí, "bajo sus pies crujían los lentes ahumados de docenas de anteojos de sol desechados, algunos de los miles arrojados en las piscinas desecadas de Cocoa Beach como monedas en una fuente romana".³⁰ "News from the Sun", en un contexto similar, también habla de una piscina.³¹

El símbolo de la piscina seca está pues en el centro de las devastaciones imaginarias y las transformaciones del tiempo, en la obra de Ballard.

Los elementales

Hay inundación y sequía
sobre los ojos y en la boca,
agua muerta y arena muerta
luchando por prevalecer.

T. S. Eliot, "Little Gidding"

Al reseñar los primeros veinte años de la obra ballardiana, David Pringle, su principal exegeta, propuso un esquema para sistematizar su simbolismo; con el correr del tiempo, se ha visto obligado a flexibilizarlo, manteniendo intacto lo esencial de su interpretación que –dicho sea de paso– cuenta con el aval del propio autor.³²

Según Pringle, toda la obra de Ballard gira en torno de cuatro símbolos: una "cuaternidad", dicho en términos junguianos. Así como los antiguos creían que el mundo físico estaba hecho de cuatro elementos (aire, agua, fuego y tierra) y como los físicos hablan de cuatro estados de la materia (sólido, líquido, gaseoso y plasma), los elementos simbólicos del mundo de Ballard serían cuatro: *agua, arena, cemento y cristal*.

Los cuatro símbolos ballardianos no son figuras del mundo espacial, sino del tiempo: el agua es el pasado; la arena es el futuro; el cemento, el presente, y el cristal, la eternidad.

A la vez, según Pringle, se vinculan con los cuatro *loci* de la cosmología medieval, de raíz bíblica: el agua es el Jardín del Edén, la arena es el Infierno, el cemento es el Mundo Caído y el cristal es el Cielo, la Ciudad de Dios.

El resto de los símbolos, siempre según Pringle, gira en torno de esta cuaternidad: los fósiles, los ríos y lagos desecados, las playas, las piscinas

vacías, se articulan en torno de la arena. El gigante ahogado, surgido del agua, simboliza la vida sucumbiendo a la entropía, como la ballena en Melville.

Este esquema resulta especialmente adecuado para comprender la primera parte de la obra ballardiana.

El agua, tal como aparece en *El mundo sumergido*, representa el pasado del mundo, la selva primigenia a la cual la tierra regresa, una vez liberada de la acción técnica del hombre; es el vientre materno y el océano como matriz universal.

El agua que inunda las ciudades, cubriéndolas de musgo y espadaña y poblándolas de iguanas, es el pretexto para imaginar una gran regresión psíquica: la catástrofe ocurre más en el paisaje interior que en el exterior.

En las catástrofes de la *cf* se produce el trastrocamiento del mundo habitual, pero los personajes continúan moviéndose según pautas racionales y utilitarias: "todo el mundo está por correr hacia las colinas, o por bajar de las colinas, o por ponerse al abrigo si es que va a hacer frío", dice Ballard.

Sus catástrofes, en cambio, "son historias de enormes transformaciones psíquicas... Por razones personales, los héroes eligen abrazar esas peculiares transformaciones. Yo usé esas mutaciones externas del paisaje para conjugarlas con la mutación psicológica, interna, de los personajes".

Se trata del regreso de la naturaleza reprimida: "Cada uno de nosotros es tan viejo como el mundo biológico entero, y nuestros torrentes sanguíneos son tributarios del gran océano de su memoria total" (*El mundo sumergido*, pág. 43). El impulso que todos los veranos lleva la gente a las playas es "un esfuerzo por eludir la existencia común y regresar al mar-tiempo universal", se dice en "La jaula de los reptiles" ("The Reptile Enclosure", 1963).

La regresión se consume cuando Kerans, nacido en una isla de civilización cercana al Polo Norte, emprende su camino hacia el Sur, yendo a perderse en la jungla: en una novela de *cf* clásica, hubiera encabezado la lucha por la supervivencia y la reconstrucción. Esto ha sugerido un paralelo con *El corazón de las tinieblas*, de Conrad: los personajes ballardianos también "abrazan" la nueva situación que les toca vivir y descubren nuevos "paisajes" interiores; ya lo hacía, en *The Wind from Nowhere*, aquella mujer que se dejaba llevar por el viento, en lugar de resistirlo.³³

La arena (y a veces la ceniza o la sal) simbolizan el futuro, un futuro sin esperanzas, casi sin tiempo. Si el agua era lo vital, la arena es lo intelectual desespiritualizado: "Los mares son nuestra memoria corporizada. Secándolos, hemos obliterado deliberadamente nuestro pasado, y en buena medida nuestras identidades" ("Ocaso").

En *La sequía* escenifica un mundo árido, donde la vitalidad se debilita

a medida que falta el agua, y el tiempo se hace más lento: "Nada se mueve, pero ocurren muchas cosas" (pág. 26). Junto con los mares, se ha evaporado la memoria del mundo: se hace preciso "inventar un nuevo sentido del tiempo, sacándolo del paisaje que emerge" (pág. 107). El humo de los incendios y el hedor de los animales muertos lo invaden todo: aquí, "el futuro y el sentido mismo del tiempo estaban habitados por imágenes de la propia muerte" (pág. 75). Según Pringle, éste es el infierno ballardiano: los editores norteamericanos no se habían equivocado al titularlo *The Burning World*, "El mundo en llamas".

El propio Ballard no recuerda con agrado este libro; confiesa que al escribirlo se sintió invadido por la sequedad del paisaje, y sólo rescata algunos recursos literarios, como "la emoción desprendida de todo contexto humano".

El desierto de arena es símbolo del futuro, porque éste para Ballard se resume en una palabra: "aburrimiento". Observa que la generación de sus hijos ha dejado de interesarse por el futuro,¹⁴ que se parece a un ordenado suburbio de Düsseldorf, el ambiente del cual surgió la violencia nihilista de la banda Baader.¹⁵ Pasarse la vida mirando un tubo de rayos catódicos le parece tan tedioso como la pornografía;¹⁶ en la "liturgia" de las marchas antinucleares encuentra a los pueblos que gozan del más alto nivel de vida angustiados ante el futuro.¹⁷

Sin embargo, junto al desierto de *La sequía* y el tedio de un futuro sin esperanza, Ballard ha querido poner un breve paréntesis utópico, *Vermilion Sands*, y lo ha puesto bajo el signo de la arena, precisamente.

En rigor, *Vermilion Sands* no es una utopía: es apenas un futuro imperfecto, no desprovisto de encanto. Ballard lo concibió como un suburbio, pues piensa que cuando la decadencia urbana convierte a las ciudades en "contextos para las intersecciones de tránsito", el suburbio es el sitio más humano.

Vermilion Sands es un lugar indefinido, "entre Arizona e Ipanema", donde nadie necesita trabajar. Allí, el trabajo es juego y el juego, un trabajo: se diría que es la utopía de Marx, desligada de su contexto.

El mundo de *Vermilion Sands* no es perfecto: encierra violencia y una profunda ansiedad, aunque los conflictos se resuelven estéticamente, por una especie de justicia poética. Como paisaje, se inspira en De Chirico o Ernst: un antiguo balneario en decadencia, donde viven personajes extravagantes, dedicados a quehaceres no menos extraños: crean estatuas solistas y cultivan plantas que cantan en coro, diseñan vestidos con telas vivientes, esculpen nubes con planeadores y construyen casas sensibles, que cargan con la personalidad de sus ocupantes.

Su tiempo es impreciso: "después del Receso". Su paisaje tiene torres de coral, un mar fósil por el cual se navega en trineo y dunas donde viven "rayas de arena". Es una pequeña comarca, cuyos habitantes tienen pro-

cupaciones primordialmente estéticas, incluyendo el arte de vivir sin tedio. Por ella transitan figuras femeninas enigmáticas, musas o *animas* junguianas: Leonora Chanel, Lunora Goalen, Jane Ciracylides, Emerelda Garland, Hope Cunard, Lorraine Channing, Aurora Day. Son millonarias, *stars* retiradas, contraltos, diseñadoras de modas. Por lo menos una se presenta como arquetipo: es Melandra, la musa de la poesía, que arrasa con los procesadores electrónicos de versos y fuerza a los poetas a inspirarse de nuevo, en un clima de "corte de amor" medieval.

Vermilion Sands tiene un cierto encanto nostálgico, como el Marte de Bradbury, pero su intemporalidad casi feliz no es más que una precaria isla humanista en un mundo nihilista: Ballard jamás habría de volver a ella.

El cemento, como figura del presente, es sin duda el más evidente de los símbolos. Su reinado, insinuado en los cuentos "clausrofóbicos" de la primera época, se instaure en la "trilogía urbana".

En cuanto al cristal, inmutable, indestructible y brillante como las estrellas, es un tradicional símbolo de la eternidad. En *The Crystal World*, donde tanto lo viviente como lo inerte se cristalizan para siempre, se detiene el tiempo y se alcanza la eternización de lo mudable, superando todas las contradicciones.

Ambos símbolos habrán de dominar las últimas etapas de la obra ballardiana, cargándose de nuevos y más ricos significados en cada una de sus apariciones.

NOTAS

¹ Luigi Lombardi Vallauri, "Filosofía, derecho y política", en *Testimonianze*, n° 238-240, Florencia (Italia), oct.-nov.-dic. 1981.

² Nota biográfica en *The Drowned World*, Penguin, Londres, 1965.

³ James Goddard / David Pringle, "An Interview with J. G. Ballard" (4-1-1975), en *J. G. Ballard. The First Twenty Years*, ed. Goddard & Pringle, Bran's Head Books, Hayes, Middlesex, Inglaterra, 1976.

⁴ Para una interpretación marxista del primer Ballard, cfr. H. Bruce Franklin, "Foreword to J. G. Ballard's 'The Subliminal Man'", en *5F. The Other Side of Realism. Essays on Modern Fantasy and Science Fiction*, ed. Thomas D. Clareson, Popular Press, Bowling Green University, U.S.A., 1971.

⁵ "From Shanghai to Shepperton", biografía compilada por David Pringle, en *Re/Search*, n° 8/9, San Francisco, U.S.A., 1984. Los datos biográficos de esta sección se los debemos a la paciente labor de David Pringle, principal exegeta y biógrafo de Ballard.

⁶ Cfr. entrevista de Charles Platt en *Dream Makers*, Berkeley, New York, 1980.

⁷ "The Dead Time", en *Myths of the Near Future*, Cape, Londres, 1982.

⁸ Goddard / Pringle, op. cit.

⁹ Crash (id.); traducción de Francisco Ablesenda; Minotauro, Barcelona, 1982; Buenos Aires, 1984; pág. 84.

¹⁰ La exhibición de atrocidades (*The Atrocity Exhibition*); traducción de Marcelo Cohen y F. Ablesenda; Minotauro, Barcelona, 1981; pág. 35.

¹¹ Id., pág. 82.

¹¹ Id., pág. 90.

¹² "My Dream of Flying to Wake Island", en *Low-Flying Aircraft*, Panther, Londres, 1976.

¹³ Andrea Juno & Vale, "Interview", en *Re/Search*, cit.

¹⁴ "From Shanghai to Shepperton", cit., pág. 114.

¹⁵ Goddard / Pringle, op. cit.

¹⁶ Entrevista de Lynn Barber, en *Penthouse*, vol. 5, set. 1970.

¹⁷ Cfr. "Introduction to Salvador Dalí" (estudio preliminar para un libro de arte), Pan / Ballantine, 1974; "The Coming of the Unconscious", *New Worlds*, julio 1966 (versión castellana, *Minotauro* 1, 2ª época, 1983); "Salvador Dalí: The Innocent as Paranoid", *New Worlds*, feb. 1969 (versión castellana, *Minotauro* 8, 2ª época, 1984); "Dreams and Surrealism", *The Sunday Times Magazine*, 6-2-1969.

¹⁸ Judith Merrill, "La escena inglesa" (1965), *Minotauro* 9, 1967.

¹⁹ *SF Symposium / SF Simposio*, ed. José Sanz, Rio de Janeiro, 1969.

²⁰ Entrevista de Juno & Vale, cit., pág. 32.

²¹ Conversación con George MacBeth en la BBC (feb. 1967), reproducida en *The New SF*, ed. Langdon Jones, Hutchinson, Londres, 1969.

²² Entrevista de Martin Bax, en *R/S*, cit., pág. 36.

²³ Entrevista de Juno & Vale, cit., pág. 9.

²⁴ Entrevista de Graeme Revell, en *R/S*, cit., pág. 42.

²⁵ Entrevista de Robert Lout en *Magazine Littéraire*, n° 87, abril 1974.

²⁶ Conversación con George MacBeth, cit.

²⁷ *The Drowned World*, cit., pág. 72. En la conversación radiofónica con MacBeth, Ballard señalaba que la distinción freudiana entre contenido manifiesto y contenido latente de los sueños puede hoy ser transferida a la realidad; la tarea del artista sería discernir los elementos de realidad perdidos en el revuelto de ficciones en que vivimos.

²⁸ *El Imperio del Sol*, cap. 7 ("La piscina vacía"), pág. 65.

²⁹ "Myths of the Near Future", en *Myths of the Near Future*, Cape, Londres, 1982, pág. 33.

³⁰ "News from the Sun", en *Myths...*, pág. 93.

³¹ David Pringle, "The Fourfold Symbolism of J. G. Ballard", en *J. G. Ballard: The First Twenty Years*, cit. Nueva versión, ampliada y corregida, en *R/S*, cit. Cfr. JGB, entrevista de Brendan Hennessy en *Transatlantic Review*, 1971.

³² JGB, *The Wind from Nowhere*, Berkley, New York, 1962; pág. 74.

³³ Cfr. JGB en *The New Review*, vol. 5, n° 1, verano 1978. Entrevista de Juno & Vale, *R/S*, cit., pág. 8.

³⁴ Entrevista de Graeme Revell, en *R/S*, cit., pág. 44.

³⁵ Entrevista de Juno & Vale, pág. 17.

³⁶ Id., pág. 27.

Cristina Siscar

IMAGEN DE LAS MUCHACHAS EN FLOR

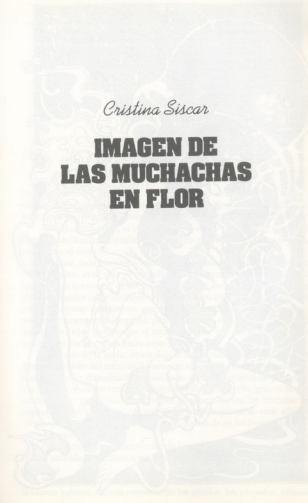




Ilustración de Patricia Breccia

Una fotografía me refresca los ojos al final de la siesta: la luz del verano cuajada en los jazmines desborda el marco, el ramillete todavía nacarado se duplica en los rostros juveniles, que sonrían contra un fondo difuso.

Allí, al caer la tarde, se elevaba el perfume del vivero. Muy cerca, del otro lado de la calle, casi saliendo del sueño, el día inmóvil huía, se ponía en marcha el tiempo.

El sopor, toda emoción y toda idea evaporadas a la sombra del patio o en las sábanas eran sólo el preludio de la tersura de los pétalos, de la humedad en los surcos, de los pechos nacientes, los pubis de durazno, las piernas como los tallos resistentes y largos—tallos que había que tomar con cuidado, separar con astucia, atar en ramilletes. Un ramillete vaporoso, vestidos transparentes, organdí, plumetif, risitas, cuchicheos, rozarse de mejillas, volados ondulantes al andar saltarín, las chicas olorosas, las muchachas en flor, iban hacia otras flores.

A las seis de la tarde, levantaban la tranca del portón. Por el hueco abierto en medio del cerco de ligustros se volatilizaba el sonoro ramillete, para reaparecer diseminado, mimetizado, entre las plantas de jazmines. Coto vedado, infinito verdor fuera del ocre de la fotografía, galaxia donde estallaban los pimpollos-estrellas que se expandían en las libélulas de organdí: asoma el extremo de una cinta, aquí un pie ya no está, allá los cabellos vibran entre las hojas, una mano se hunde en los frunces frondosos y se vuelve corola.

Las maestras impartían su ciencia los primeros días de cada verano. Luego, pasando de tanto en tanto entre las filas, controlaban la labor de las discípulas.

Elegir con esmero los capullos que, habiendo virado del verde limón al blanco paloma, todavía entrecieran los pétalos, los párpados, celosos

del secreto que podría volarse en la mirada. Con precisión cortar el cabo largo; librarlo de las hojas inferiores.

Las maestras eran dos; a la vez hijas y madres de almácigos, vivían junto a las plantas del invernadero. En sus labios, la lección sonaba piadosa. Sólo interesaban aquellas flores parecidas a las discípulas, no a ellas, abiertas y ajadas de soledad, invierno tras verano.

Atención: las corolas se ponen mustias si se las huele demasiado. Moral: mucha respiración caliente sobre la piel al fin marchita. Las discípulas se buscaban de reojo, sofocadas. Miraban la piel de las maestras que nunca habían conocido encima aliento alguno, los pollerones, los hombros cubiertos, las cofias, y concluían: ¡jazminera a tus jazmines! Por cierto, la lozanía habría de tener que ver... que oler, que ser olida, arrebataada... Y refregaban la nariz en las corolas, a escondidas. ¿Quién aspiró todo el perfume? Nadie querrá estas flores mañana. La transgresión descubierta. Sanción: se prohibirá la entrada a las culpables. Distraídamente, entonces, todas se zarandeaban levantando apenas los volados de las faldas; la fragancia escapaba y se posaba de nuevo en los jazmines.

Después, por el cabito se sostienen en la mano izquierda; cortar con la derecha. Cuando hay seis se anudan—el hilo en el bolsillo, en el corpiño, en los labios—, y se dejan los atados en el suelo. Huellas de las muchachas.

Desde lo alto, si hubiera un arriba en el espacio cósmico, podría verse una multitud de hilos fosforescentes enlazando constelaciones, rayos de esas hadas que se desplazaban en un cielo enamorado.

Con el crepúsculo, las mujeres tutelares repartían los canastos que, del brazo de las muchachas, se internaban en la espesura y regresaban repletos de ramilletes. Flores que, como frutos del verano, escarcharían la ciudad al día siguiente.

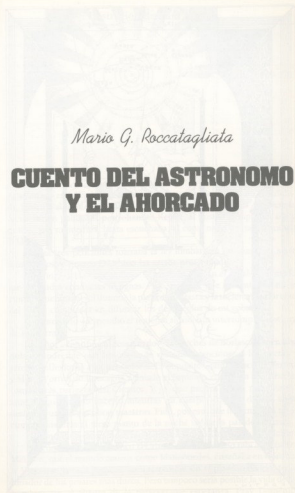
Antes de salir, había que llevar el cargamento hasta el estanque. Las jóvenes se disponían alrededor del círculo, los canastos apoyados en el borde; se inclinaban; sumergían las manos en el agua, y salpicaban los pétalos, las caras, los cabellos.

Afuera, empezaba a oscurecer. Tras ellas, se cerraba el portón; el mundo se aquietaba. Iban perladas, silenciosas. En los brazos, en el escote, en la falda arrollada brotaban los jazmines, como una recompensa tautológica por la tarea cotidiana.

Ante ese instante de frescura se detuvo la cámara, ladrón urgido y torpe, que apresó el ramo en el borde inferior del cuadro. Por ahí tal vez fueron cayendo los pétalos marchitos que no vemos. O tal vez por ahí se abre la puerta, cuando las bellas despiertan con un beso estival, y un mundo se pone en movimiento. La promesa de la próxima tarde era la verdadera recompensa.

Mario G. Roccatagliata

CUENTO DEL ASTRONOMO Y EL AHORCADO



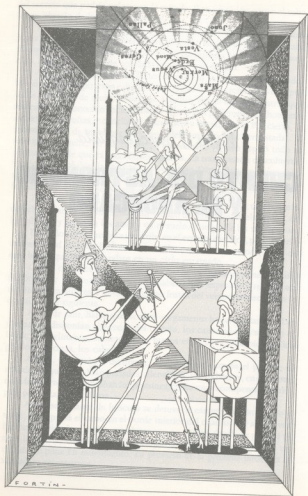


Ilustración de Raúl Fortín

Apasionado estudioso de la mecánica celeste, Guido Gerónimo Cavalchini, teniente alcaide del castillo de Borlasca, leía con avidez la *Astronomía Nova*, recién publicada por Johannes Kepler, al mismo tiempo que oía y quizás, por momentos, hasta escuchaba, al condenado a muerte Franco D'Urbino.

Hasta tres peticiones toleraba la ley lombarda a quienes iban a ser ajusticiados, y Franco D'Urbino las estaba presentando.

—Señor —decía—, me sé flojo. Sé también que, en el cadalso, el miedo me impondrá conductas indignas. Pido, por eso, que mi sentencia no se cumpla mientras el sol ilumine la plaza de Borlasca y la inclemente claridad del día se complazca en difundir los desarreglos de mi cobardía.

—Concedido —respondió el teniente alcaide sin interrumpir la lectura de un párrafo.

—Señor —continuó el condenado—, las noches de Borlasca tienen una dulzura indecible que ha inspirado delicadas canciones a los poetas y serenas reflexiones a los pensadores. El exquisito Gianfancesco de Verona y Mateo Fortunato Roncagna, llamado el Sapiente, coinciden en alabarlas como obras perfectas del Creador. Y yo, que pronto deberé presentarme ante Él, quisiera no hacerlo mientras mi cuerpo, colgado de una soga, deshonra una de sus obras maestras. Pido, por eso, que mi sentencia no se cumpla mientras el terso manto de la noche cobije la paz de Borlasca.

—Concedido —respondió rápidamente Guido Gerónimo Cavalchini.

—Señor —prosiguió Franco D'Urbino—, el bondadoso rabí Moisés ben Maimón, que el mundo conoce como Maimónides, enseñaba en Córdoba la Vieja que la vida humana sería imposible sin el piadoso olvido, tenaz limador de los pesares más duros. Pero tampoco sería posible la vida de los hombres sin el aliento de la perseverante esperanza. Fray Doménico

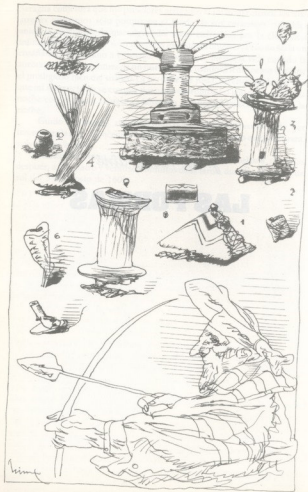
Seraglia conjetura que los pecadores arrojados al infierno resisten los más atroces tormentos sólo porque en el fondo de sus corazones culpables anida la esperanza de que algún día serán redimidos por la clemencia infinita de Dios. Y bien: soy culpable y es justa mi muerte. ¿Pero no sería un ensañamiento cercano a la sevicia disponer que pierda la vida cuando la aurora promete la ventura de un nuevo día o cuando el lento ocaso anticipa el prodigioso bien del sueño? La ley debe ser justa, no cruel. Pido por eso que ni sentencia no se cumpla mientras el promisorio amanecer enlace la noche con el día ni cuando el lánguido crepúsculo enlace el día con la noche.

Guido Gerónimo Cavalchini miró por un instante al condenado, por tercera vez le dijo "Concedido", y tras ordenar con un gesto que se retirara, volvió a su lectura.

Franco D'Urbino fue ahorcado en la plaza de Borlasca tres días después, a las cuatro y veintiséis minutos de la tarde, durante el eclipse de sol del 5 de agosto de 1609.

J.-H. Rosny aîné

LAS FORMAS



Faltaban mil años para el nacimiento de ese centro de la civilización del cual surgirían más tarde Nínive, Babilonia y Ecbatana.

La tribu nómada de Pjehu, con sus caballos, asnos y vacas, cruzaba el agreste bosque de Kzur dirigiéndose al oeste, a través de una cortina de luz oblicua. La curva del sol poniente se hinchaba, vibraba, descendía.

Todos callaban a causa del cansancio, y buscaban un buen claro donde la tribu pudiera encender el fuego sagrado, preparar la cena y dormir a salvo de las fieras, detrás de una doble hilera de brasas al rojo.

Las nubes se volvieron opalescentes; paisajes ilusorios se desvanecieron en los cuatro puntos cardinales; los dioses de la noche suspiraron su canción de cuna, y la tribu aún estaba en marcha. Un explorador regresó al galope diciendo que había visto un claro y agua, un manantial cristalino.

La tribu soltó tres aclamaciones; todos avanzaron con mayor rapidez. Estallaron risas de niños; los mismos caballos y asnos, adiestrados para reconocer la cercanía de un lugar donde acampar por el regreso de los exploradores y las ovaciones de los nómades, irguieron el pescuezo orgullosamente.

Llegaron frente al claro. Allí, donde el delicioso manantial había cavado un cauce entre musgos y arbustos, los nómades se toparon con una visión fantasmagórica.

Primero había un gran círculo de conos azulados y traslúcidos con la punta hacia arriba, cada cual con la mitad del tamaño de un hombre. Tenían algunas estrías claras y algunas circunvoluciones oscuras sobre la superficie; cada cual tenía una estrella fulgurante cerca de la base.

Más lejos se erguían unas losas igualmente extrañas que parecían corteza de abedul y estaban manchadas con elipses multicolores. Otras Formas, aquí y allá, eran casi cilíndricas, algunas altas y delgadas, otras

bajas y macizas, todas de color bronce con pintas verdes; y todas, como las losas, tenían ese punto de luz característico.

La tribu las miró estupefacta. Aún los más valientes fueron presa de un miedo supersticioso que se intensificó cuando las Formas empezaron a cimbrear en la luz crepuscular del claro. Y de pronto, mientras sus estrellas temblaban y fluctuaban, los conos se estiraron hacia arriba, los cilindros y las losas sísearon como agua cayendo en una llama, y todas se movieron hacia los nómades con creciente celeridad.

Cautivada por el espectáculo, la tribu no se movió, sino que siguió observando. Las Formas cayeron sobre ella. La sorpresa fue terrible. Guerreros, mujeres y niños fueron tumbados misteriosamente como atacados por un rayo. Luego los aterrados sobrevivientes trataron de huir. Y las Formas, rompiendo sus filas cerradas, se desperdigaron alrededor de la tribu, persiguiendo implacablemente a los fugitivos. No obstante, el formidable ataque no fue infalible: mató a algunos, aturdió a otros, no hirió a ninguno. Gotas rojas brotaron de las narices, ojos y orejas de los moribundos; pero otros, ilesos, pronto se levantaron y huyeron desordenadamente.

Fuera cual fuese la naturaleza de las Formas, se portaban como criaturas vivientes, no como elementos de la naturaleza, pues tenían, como las criaturas vivientes, un movimiento inconstante y variado y evidentemente elegían a las víctimas, sin confundir a los nómades con árboles o arbustos, ni siquiera con animales.

Al cabo de un tiempo los más veloces de la tribu notaron que ya nadie los perseguía. Exhaustos y harapientos, al fin se atrevieron a desandar el camino hacia el Misterio. A lo lejos, entre los árboles ensombrecidos, continuaba la flamígera cacería. Y las Formas, al parecer con voluntad propia, derribaban y exterminaban a los guerreros, a menudo evitando atacar a los débiles, o a las mujeres y niños.

Vista así a la distancia, ahora que acababa de anochecer, la escena era más sobrenatural, más sobrecogedora para esas mentes bárbaras. Cuando estaban por emprender la huida nuevamente, los guerreros hicieron un descubrimiento vital. Era esto: hicieran lo que hicieran los fugitivos, *las Formas abandonaban la persecución en un límite determinado*. Por fatigada e indefensa que estuviera la víctima, aunque perdiera el conocimiento, una vez que cruzaba esa frontera invisible quedaba fuera de peligro.

Este descubrimiento tranquilizador, pronto confirmado por cincuenta observaciones, calmó el tenso nerviosismo de los fugitivos. Se animaron a esperar a los compañeros, esposas e hijos que habían escapado a la matanza. En verdad uno de ellos, el héroe de la tribu, que al principio había estado aturdiado, recobró el ánimo y encendió una hoguera y sopló un cuerno de búfalo para guiar a los fugitivos.

Uno por uno llegaron los maltruchos sobrevivientes. Muchos, con las piernas paralizadas, venían arrastrándose con las manos.

Las madres, con indómita fuerza maternal, habían protegido, reunido y guiado a los hijos a través de la cruenta batalla. Y muchos asnos, caballos y vacas reaparecieron, menos asustados que los amos.

Siguió una noche desolada de silencio insomne, y los guerreros sentían el horror en la piel. Pero llegó el alba, despuntando pálido en el denso follaje; luego la fanfarria de colores aurorales, de vibrantes cantos de pájaros, los exhortó a vivir y ahuyentar los terrores de la oscuridad.

El héroe, el líder natural, hizo formar a la multitud en grupos y contó cuántos eran. Faltaba la mitad de los guerreros, doscientos hombres. Se habían perdido muchas menos mujeres, y casi ningún niño.

Cuando se terminó el recuento y se hubieron reunido las bestias de carga (faltaban pocas, a causa de la superioridad del instinto sobre la razón durante una crisis), el héroe alineó a la tribu como de costumbre. Luego, ordenando que todos lo esperaran, caminó, pálido y solo, hacia el claro. Nadie osó seguirlo, ni siquiera de lejos.

Fue hasta donde los árboles estaban más separados, internándose un poco en el límite observado el día anterior, y miró.

Dentro del claro, en la fresca limpidez de la mañana, fluía el bello manantial. Alrededor de las orillas estaba reunido el fantástico ejército de Formas, con su brillo resplandeciente. Los colores habían cambiado. Los Conos eran más compactos, y el tinte turquesa se había vuelto verdoso; los Cilindros tenían rayas violetas, y las Losas parecían cobre virgen. Pero cada cual tenía su estrella radiante, engeuecedora aun a la luz del día.

Los contornos de estas Entidades fantasmagóricas también habían cambiado. Los Conos tendían a alargarse en Cilindros, los Cilindros a achatarse y extenderse, mientras las Losas se rizaban ligeramente.

Pero de golpe, como la noche anterior, las Formas cimbrearon, las estrellas empezaron a titilar; el héroe, retrocediendo lentamente, traspuso el límite de seguridad.

La tribu de Pjehu se detuvo ante el pórtico del gran Tabernáculo nómade, donde sólo podían entrar los jefes. En las profundidades consteladas de estrellas, bajo la imagen viril del Sol, estaban sentados los tres sacerdotes. Debajo de ellos, en la escalinata dorada, los doce subsacerdotes.

El héroe se adelantó y refirió detalladamente el temible viaje por el bosque de Kzur; los sacerdotes escucharon muy gravemente, atónitos, sintiendo que su poder disminuía ante esa aventura inconcebible.

El sumo sacerdote exigió que la tribu sacrificara al Sol doce toros, siete onagros y tres potros. Reconocía atributos divinos en las Formas, y después de los sacrificios decidió emprender una expedición hierática.

Todos los sacerdotes, todos los jefes de la nación Zahelal, debían participar. Y se enviaron emisarios a las montañas y las llanuras, en un radio de cien leguas alrededor del sitio donde más tarde se levantaría

Ecbatana de los magos. Por doquier la sombría historia causó escalofríos a los hombres; por doquier los jefes acudieron presurosamente al llamado del sacerdote.

Una mañana de otoño, el Macho perforó las nubes, inundó el Tabernáculo, tocó el altar donde humeaba el corazón sangrante de un toro. Los sacerdotes, los subsacerdotes y los cincuenta jefes tribales soltaron un grito de triunfo. Mil nómades que esperaban afuera en el rocío repitieron el clamor, volviendo las caras bronceadas hacia el milagroso bosque de Kzur y estremeciéndose un poco. El vaticinio era favorable.

Así, encabezado por los sacerdotes, todo un pueblo marchó entre los árboles. En la tarde, hacia la hora tercera, el héroe de los Pjehu detuvo a la muchedumbre. El gran claro se extendía majestuosamente, en un fulgor otoñal, el musgo cubierto por un torrente de hojas muertas. En las orillas del manantial, los sacerdotes vieron las Formas que habían venido a adorar y aplacar. Eran agradables a la vista, bajo la sombra de los árboles, con sus trémulos cambios de color, el resplandor puro de sus estrellas, sus serenos movimientos en el borde del manantial.

—Debemos hacer la ofrenda aquí —dijo el sumo sacerdote—, para que sepan que nos sometemos a su poder.

Todos los ancianos cabecearon. No obstante, se elevó una voz. Era Yushik, de la tribu de Nim, el joven contador de estrellas, el pálido vigía profético, de fama reciente, quien audazmente exigía acercarse más a las Formas.

Pero los ancianos, de canosa sabiduría, prevalecieron: se construyó el altar y se llevó a la víctima, un potro de blancura deslumbrante. Luego, ante el pueblo postrado y silencioso, el cuchillo de bronce desgarró el noble corazón del animal. Se elevó un gran gemido. Y el sumo sacerdote salmodió:

—¿Os habéis aplacado, oh dioses?

Más allá, entre los árboles silenciosos, las Formas aún se movían en un círculo, cobrando brillo, prefiriendo los lugares donde los rayos del sol eran más intensos.

—Sí —gritó el entusiasta—. ¡Se han aplacado!

Y tomando el corazón caliente del potro, antes que el sumo sacerdote pudiera decir una palabra, se internó en el claro. Gritando, otros fanáticos lo siguieron. Las Formas se mecieron suavemente, apiñándose, rozando la hierba, luego se arrojaron repentinamente sobre los acaudales, en una matanza que asombró a las cincuenta tribus.

Seis o siete fugitivos lograron llegar a duras penas al límite. Los demás habían muerto, Yushik entre ellos.

—¡Estos son dioses implacables! —dijo solemnemente el sumo sacerdote.

Luego se celebró un consejo, el venerable consejo de los sacerdotes,

ancianos y jefes. Decidieron hincar una hilera de estacas alrededor del límite. Para determinar dónde irían, obligarían a los esclavos a exponerse al ataque de las Formas en una parte tras otra del perímetro.

Y así se hizo. Bajo amenaza de muerte, los esclavos entraron en el círculo. Se tomaron tantas precauciones que pocos de ellos perecieron. El límite quedó bien establecido, y fue visible para todos gracias a la hilera de estacas.

Así la expedición hierática terminó exitosamente, y los Zahlal se creyeron a salvo del enemigo.

Pero el sistema preventivo adoptado por el consejo no tardó en revelar sus debilidades. La primavera siguiente, las tribus de Hertoth y Nazzum, que pasaron incautamente cerca de la hilera de estacas, sin sospechar nada, fueron cruelmente atacadas y diezmadas por las Formas.

Los jefes que escaparon a la matanza dijeron al gran consejo de Zahlal que las Formas eran ahora muchas más que en el otoño precedente. Su acción aún era limitada, pero el límite se había ampliado.

Esta noticia consternó al pueblo; hubo gran pesar y muchos sacrificios. Luego el consejo decidió destruir con el fuego el bosque de Kzur.

Pese a todos los esfuerzos, no pudieron quemar más que los lindes del bosque.

Entonces los desesperados sacerdotes consagraron el bosque y prohibieron a todos entrar en él. Y pasaron muchos veranos.

Una noche de octubre, el campamento de la tribu de Zulf, a diez tiros de arco del bosque prohibido, fue invadido por las Formas. Otros trescientos guerreros perdieron la vida.

A partir de entonces una historia sombría y misteriosa corrió de tribu en tribu, algo que se susurraba de noche, bajo los anchos cielos estrellados de la Mesopotamia. *El hombre perecería*. Los otros, en constante expansión, en el bosque, a través de las llanuras indestructibles, día a día devorarían a la caída raza humana. Y este secreto oscuro y temible rondaba el cerebro de los hombres, quitándoles ardor para el combate y la confianza en su juventud. Los nómades, pensando en ello, ya no osaban gozar de las pasturas exuberantes de sus padres. Volvían los ojos fatigados hacia lo alto, esperando que las estrellas detuvieran su curso. Era el milenio de ese pueblo pueril, el fin del mundo.

Y esos pensadores, en su desesperanza, adoptaron un culto lamentable, un culto de muerte predicado por profetas pálidos, el culto de Tinieblas más poderosas que las Estrellas, las Tinieblas que envolverían y engullirían la sagrada Luz, el fuego resplandeciente.

Por todas partes en el linde del desierto se veían las figuras demacradas e inmóviles de los inspirados, los hombres silenciosos que visitaban las

tribus de vez en cuando para comentar sus terribles sueños, el Crepúsculo de la gran Noche que se acercaba, la muerte del Sol.

En esos días vivía un hombre extraordinario llamado Bakhun, un miembro de la tribu de Pruh, hermano del sumo sacerdote de los Zahelal. En su juventud había abandonado la vida nómada, había elegido un lugar en el desierto, entre cuatro colinas, en un valle verde y angosto donde un manantial entonaba su límpida canción. Había levantado una tienda fija hecha de piedras, una construcción ciclópea. Con paciencia, y con la cuidadosa administración de sus caballos y bueyes, había conseguido la opulencia de las cosechas regulares. Sus cuatro esposas y treinta hijos vivían allí la vida del Edén.

Bakhun profesaba creencias inusitadas por las cuales lo habrían lapidado de no mediar el respeto de los Zahelal hacia su hermano mayor, el sumo sacerdote.

Primero, declaraba que la vida sedentaria era mejor que la vida nómada, pues conservaba las fuerzas del hombre para provecho del espíritu.

Segundo, creía que el Sol, la Luna y las Estrellas no eran dioses, sino masas luminosas.

Tercero, decía que los hombres sólo debían creer en las cosas verificadas por medición.

Los Zahelal le atribuían poderes mágicos, y los más audaces a veces se arriesgaban a consultarlo. Nunca se arrepentían de ello.

Se decía que a menudo él había ayudado a tribus infortunadas entregándoles comida.

Ahora, en esta hora sombría, cuando los hombres enfrentaban la triste opción de abandonar sus verdes tierras o ser destruidos por los dioses inexorables, las tribus pensaron en Bakhun, y los mismos sacerdotes, después de luchar contra su orgullo, le enviaron una delegación integrada por los tres más grandes entre ellos.

Bakhun escuchó atentamente sus relatos, pidiéndoles que repitieran ciertas partes, haciéndoles muchas preguntas detalladas. Solicitó dos días para meditar. Cuando venció el plazo, anunció simplemente que dedicaría su vida al estudio de las Formas.

Las tribus quedaron un poco defraudadas, pues habían esperado que Bakhun pudiera limpiar esas tierras mediante un hechizo. No obstante, los jefes se alegraron de la decisión, y esperaron grandes resultados.

Luego Bakhun se instaló en el lindel del bosque de Kzur, marchándose sólo cuando caía la noche, y durante todo el día, montado en el caballo más rápido de Caldea, observaba. Pronto, convencido de la superioridad del espléndido animal sobre las Formas más ágiles, pudo iniciar su audaz y penoso estudio de los enemigos del hombre, el estudio al cual debemos el

gran libro precuneiforme de sesenta tablillas, el mejor libro de piedra legado por la edad de los nómades a la civilización moderna.

En este libro, admirable por su contención y su observación paciente, figura la descripción de una forma de vida absolutamente distinta de nuestros reinos animal y vegetal, una forma, como Bakhun admitió humildemente, que él sólo pudo analizar en sus características más groseras y superficiales. Para el hombre es imposible leer sin estremecimiento esta monografía sobre los seres que Bakhun llamó los Xipehuz; estas notas desapasionadas, jamás forzadas para encajar en ningún sistema, sobre sus acciones, sus modalidades mágicas, combativas, procreativas demuestran que la raza humana estuvo alguna vez al borde de la Aniquilación, que la Tierra casi pasó a ser el patrimonio de un Reino del que no quedan vestigios.

El libro debería leerse en la maravillosa traducción de Dessault, llena de hallazgos involuntarios en lingüística presiria, hallazgos lamentablemente más admirados en el extranjero, en Inglaterra, en Alemania, que en la patria del autor. El eminente erudito ha vertido grácilmente los pasajes sobresalientes de esta preciosa obra, que se transcriben en las páginas siguientes con la esperanza de que dichos pasajes inciten al lector a internarse más en la magnífica traducción de Dessault.*

Los Xipehuz son sin duda seres vivientes. Todos sus movimientos revelan volición, impulsividad, cooperación e independencia parcial que distinguen al animal de la planta y la materia inerte. Aunque es imposible describir su modo de desplazamiento en términos comparativos -pues se trata de una suerte de deslizamiento sobre el suelo-, es obvio que lo dominan voluntariamente. Los vemos detenerse de golpe, girar, perseguirse unos a otros, pasear en grupos de dos y de tres; exhiben preferencias que los inducen a dejar un compañero para reunirse con otro que está lejos. No pueden subir a los árboles, pero logran matar pájaros luego de atraerlos por medios incomprensibles. A menudo se los ve rodeando a animales del bosque o acechándolos detrás de un matorral; invariablemente los matan y consumen. Puede afirmarse que en general matan a todos los animales sin distinción, cuando pueden cazarlos, y esto sin motivo aparente, pues no los devoran, sino que meramente los reducen a cenizas.

Al hacerlo no utilizan ninguna pira funeraria; el punto incandescente que cada cual tiene en la base les basta para este propósito. Forman una ronda de diez o veinte alrededor del cadáver de un animal grande, y hacen confluír sus rayos en él. En los animales pequeños, los pájaros por ejemplo, los rayos de un solo Xipehuz bastan para causar la incineración. Cabe

* B. Dessault, *Les Précurseurs de Noïtre* (Calmann-Lévy). En beneficio de la claridad, he vertido el extracto del Libro de Bakhun al lenguaje científico moderno.

destacar que el calor que producen no tiene un efecto instantáneo. A menudo he recibido la irradiación de un Xipehuz en la mano, y la piel sólo se empezaba a entibiar al cabo de un rato.

No sé si es correcto aseverar que los Xipehuz tienen formas diferentes, pues cada uno de ellos puede transformarse sucesivamente en un cono, un cilindro o una losa, y esto en el curso del mismo día. Sus colores varían constantemente, un hecho que a mi juicio puede atribuirse en general a los cambios de luminosidad de la mañana al anochecer y del anochecer a la mañana. No obstante ciertas variaciones pueden obedecer a los impulsos de los individuos, y especialmente a sus pasiones, si se me permite el término, y así constituyen genuinas expresiones fisiológicas de las cuales, pese a mis arduos estudios, yo no he podido identificar ninguna excepto por hipótesis. Así, jamás he podido distinguir entre una tonalidad colérica y una serena, lo cual sería sin duda el descubrimiento primordial en este campo.

He hablado de sus pasiones. Anteriormente he destacado también, sobre sus preferencias, lo que podría denominar sus *amistades*. También tienen sus odios. Un Xipehuz se mantiene constantemente alejado de otro, y viceversa. Parecen experimentar furias violentas. Se arrojan unos sobre otros con movimientos idénticos a los observados cuando atacan hombres o animales grandes, y de hecho fueron estos combates los que me enseñaron que no son inmortales, como me sentía inclinado a creer en un principio, pues dos o tres veces he visto a los Xipehuz sucumbir en estas luchas, es decir, *caer, encogerse, y petrificarse*. He conservado cuidadosamente algunos de estos extraños cadáveres,* y tal vez en una época futura sirvan para revelar la naturaleza de los Xipehuz. Son cristales amarillentos, de forma irregular, entrecruzados de filamentos azules.

Del hecho de que los Xipehuz no son inmortales, pude deducir que era posible atacarlos y derrotarlos, y en ese punto inicié la serie de experimentos marciales de los cuales tendré que hablar más adelante.

Como el resplandor de los Xipehuz siempre es suficiente para hacerlos visibles a través de la maleza y aun detrás de troncos de árboles gruesos —una aureola ancha emana de ellos en todas las direcciones y advierte sobre su presencia— pude aventurarme con frecuencia en el bosque, confiando en la velocidad de mi caballo.

Allí traté de averiguar si construían refugios, pero confieso que he fracasado en esa investigación. No mueven piedras ni plantas, y parecen ajenos a cualquier forma de industria *tangible y visible*, la única que puede

* El museo Kensington de Londres, y el mismo profesor Desautel, poseen algunos fragmentos minerales, similares en todo sentido a los descritos por Balaban, que en los análisis químicos han resultado imposibles de descomponer o combinar con otras sustancias, y a los cuales, en consecuencia, no puede asignarse ningún lugar en ninguna nomenclatura convencional.

ser distinguida mediante la observación humana. En consecuencia, no tienen armas en el sentido habitual de la palabra. Es seguro que no pueden matar a distancia: todo animal que ha podido alejarse sin tomar contacto *directo* con un Xipehuz ha escapado invariablemente, y esto lo he presenciado muchas veces.

Como ya ha observado la infortunada tribu de Pjehu, no pueden cruzar ciertas fronteras intangibles; de modo que sus movimientos están limitados. Pero estos límites se expanden año a año, mes a mes. Tenía que tratar de averiguar la causa.

Bien, aparentemente la causa no es otra que un fenómeno de *crecimiento colectivo*, y como la mayoría de las características de los Xipehuz resulta incomprensible para la mente humana. En síntesis, el principio rector es éste: los límites del movimiento de los Xipehuz crecen en proporción con el número de individuos vivos, o sea que cuando se propagan nuevos seres las fronteras se extienden; pero en tanto el número no crezca, cada individuo es absolutamente incapaz de abandonar el hábitat determinado —[por fuerzas naturales]— para la raza en su totalidad. Este principio sugiere una correlación más estrecha entre el individuo y el grupo que la observada en otros animales y el hombre. Más tarde vimos la forma recíproca de este principio en operación, pues cuando el número de Xipehuz empezó a disminuir, sus fronteras menguaron proporcionalmente.

En cuanto al fenómeno de la propagación tengo pocas cosas que decir, pero esas pocas cosas son características. Ante todo, esta propagación se realiza cuatro veces por año, un poco antes de los equinoccios y los solsticios, y sólo en noches muy claras. Los Xipehuz se reúnen en grupos de tres, y estos grupos se juntan gradualmente hasta formar uno solo, muy amalgamado y con forma de elipse muy larga. Permanecen así toda la noche, y hasta que el sol llega al cenit el día siguiente. Cuando se separan, surgen formas vagas, vaporosas y *enormes*.

Estas formas paulatinamente se condensan, se reducen, y se transforman al cabo de diez días en conos color ámbar, aún mucho más grandes que los Xipehuz adultos. Tardan dos meses y varios días en alcanzar el máximo desarrollo, es decir, disminución. Al cabo de este período, se vuelven similares a otros miembros de su raza, y sus formas y colores varían según el tiempo, la época y el estado anímico del individuo. Pocos días después que el desarrollo o disminución se completa, los límites se amplían. Huelga decir que poco antes de este momento temible pateé los flancos de mi noble Kuath, para establecer mi campamento un poco más lejos.

Es imposible afirmar si los Xipehuz tienen sentidos tal como nosotros entendemos el término. Por cierto tienen órganos que cumplen el mismo propósito.

La facilidad con que detectan la presencia de animales, hombres sobre todo, a gran distancia, evidencia que sus órganos de percepción son por lo menos tan eficaces como nuestros ojos. Jamás los he visto confundir una planta con un animal, aun en circunstancias en las que yo mismo habría podido incurrir en dicho error, engañado por la luz que se filtraba entre las hojas, el color del objeto, o su posición. El hecho de que veinte consuman un animal grande, cuando uno solo incinera un pájaro, indica una comprensión correcta de las proporciones, y esta comprensión parece aún más perfecta cuando consideramos que forman grupos de diez, doce, quince, siempre de acuerdo con el tamaño relativo del cadáver. Un argumento aún más convincente a favor de la existencia de órganos sensitivos análogos a los nuestros, o de inteligencia, es su modo de atacar a nuestras tribus, pues dan escasa o ninguna importancia a las mujeres y los niños, mientras persiguen despiadadamente a los guerreros.

Ahora, la pregunta más importante: ¿dominan un lenguaje? Puedo contestar sin la menor vacilación: sí, dominan un lenguaje. Y este lenguaje se compone de signos, algunos de los cuales incluso he podido descifrar.

Supóngase, por ejemplo, que un Xipehuz desea hablar con otro. Para ello, le basta dirigir la radiación de su estrella hacia el otro, algo que siempre se percibe instantáneamente. El aludido, si está en movimiento, se detiene y espera. El emisor luego dibuja rápidamente en la piel del receptor —y no importa en qué costado— una serie de breves caracteres luminosos trazados mediante la radiación que emana de la base, y estos caracteres permanecen fijos un instante y luego se desvanecen.

El receptor, al cabo de una pausa, responde.

Antes de cualquier acción de combate o emboscada, he visto que los Xipehuz siempre emplean los caracteres siguientes:



Cuando yo mismo soy el blanco —y esto ocurre a menudo, pues han hecho todo lo posible para terminar con mi noble Kuath y conmigo— invariablemente intercambian la señal



u otras, tales como la citada palabra o frase.



El signo de llamada habitual es



que incita al receptor a apresurarse. Cuando los Xipehuz son invitados a una reunión general, nunca he dejado de observar un signo con esta forma



que representa la triple apariencia de estos seres.

Los Xipehuz tienen además signos más complicados que no se relacionan con actos similares a los nuestros sino con un orden de cosas completamente extraordinario, y éstos no he podido descifrarlos. No se puede tener ninguna duda sobre su capacidad para intercambiar ideas de orden abstracto, tal vez el equivalente de las ideas humanas, pues son capaces de permanecer inmóviles durante períodos prolongados, sin hacer nada más que conversar, lo cual indica verdaderas acumulaciones de pensamientos.

Pese a las metamorfosis (cuyas leyes difieren en cada individuo, muy levemente, pero con características definitivas para un observador escrupuloso), durante mi larga permanencia entre ellos aprendí a conocer a varios Xipehuz bastante íntimamente, reconociendo las peculiaridades de sus diferencias individuales, por no decir de sus temperamentos. He conocido individuos taciturnos que casi nunca trazaban una palabra; individuos locuaces que escribían verdaderas peroratas; individuos atentos, chismosos que hablaban al mismo tiempo, interrumpiéndose mutuamente. Algunos eran de naturaleza solitaria y preferían una vida retirada; otros obviamente buscaban compañía; algunos eran feroces, y constantemente cazaban pájaros y bestias, y algunos piadosos, y a menudo perdonaban a los animales y los dejaban vivir en paz. ¿Todo esto no abre inmensos horizontes para la imaginación? ¿No os induce a imaginar una variedad de aptitud, fuerza, inteligencia, análoga a la de la raza humana?

Practican la educación. A menudo he visto a un viejo Xipehuz sentado en medio de muchos jóvenes, irradiando signos que ellos luego repetían uno tras otro, y en los que él insistía cuando la repetición era imperfecta.

Estas lecciones me maravillaban de veras, y en todo cuanto concierne a los Xipehuz nada me ha llamado tanto la atención, nada me ha preocupado más durante mis noches de insomnio. Me parecía que aquí, en la mañana de la raza, el velo del misterio podía abrirse, que una idea simple y primitiva podía surgir e iluminar para mí un rincón de esta profunda oscuridad. No, nada me desalentaba; año tras año observaba esa educación, e intenté innumerables interpretaciones. Cuántas veces creí captar un destello fugitivo de la naturaleza esencial de los Xipehuz, una luz invisible, una abstracción pura, que mis pobres facultades de ser carnal, ay, no podían aprehender nunca.

Anteriormente he dicho que durante mucho tiempo creí que los Xipehuz eran inmortales. Tras abandonar esta creencia, después de ver las muertes violentas que sucedían a ciertas luchas entre los Xipehuz, tuve una natural inclinación a buscar sus puntos vulnerables, y a partir de ese momento dediqué todos mis días a la búsqueda de medios para destruirlos; pues los Xipehuz se estaban multiplicando a tal extremo que, habiendo surgido del bosque de Kzur en el sur, oeste y norte, empezaban a proliferar

en las llanuras en dirección del levante. En pocos ciclos habrían despojado al hombre de su morada terrena.

Por lo tanto, me armé con una honda, y cada vez que un Xipehuz emergía del bosque y estaba a mi alcance, tomaba puntería y le disparaba una piedra. Así no obtuve ningún resultado, aunque había acertado a los blancos en cada parte de su superficie, incluido el punto luminoso. Parecían totalmente insensibles a mis golpes, y ninguno se volvía para eludir mis proyectiles. Al cabo de un mes de pruebas sólo pude concluir que nada podía hacerse contra ellos con la honda, y abandoné esa arma.

Tomé el arco. Con las primeras flechas que disparé, los Xipehuz manifestaron un miedo intenso, pues giraban, permanecían fuera de mi alcance, y hacían lo posible por eludirme. Tardé una semana en acertarle a uno. El octavo día, una partida de Xipehuz, supongo que impulsada por el entusiasmo de la cacería, pasó muy cerca de mí persiguiendo una hermosa gacela. Me apresuré a disparar varias flechas, *sin ningún efecto aparente*, y la partida se dispersó, mientras yo la perseguía y agotaba mis municiones. Acababa de disparar mi última flecha cuando todos se volvieron a toda velocidad, de distintas direcciones, rodeándome por tres lados, y habría perdido la vida de no ser por la prodigiosa velocidad de mi valiente Kuath.

Esta aventura me colmó de esperanzas e incertidumbres; durante una semana no hice nada, sumido en las profundidades oceánicas de mis meditaciones, en un problema sutil, absorbente, obsesivo, que me llenaba de alegría y angustia. ¿Por qué los Xipehuz tenían mis flechas? ¿Por qué, sin embargo, habiendo acertado tantos proyectiles en los cazadores, ninguno había surtido efecto? Mi conocimiento de la inteligencia del enemigo descartaba la hipótesis de un terror sin causa. Por el contrario, todo lo que sabía me obligaba a creer que la *flecha*, en condiciones adecuadas, tenía que ser un arma formidable contra ellos. ¿Pero cuáles eran esas condiciones? ¿Cuál era el punto vulnerable de los Xipehuz? Y de pronto se me ocurrió la idea de que debía acertar a la *estrella*. Por un instante fue una certeza, una certeza ciega y apasionada. Luego me asaltaron las dudas.

¿No había apuntado y acertado en ese lugar muchas veces, con la honda? ¿Por qué la flecha iba a ser más afortunada que la piedra...?

Ahora había caído la noche, el abismo incommensurable, con sus maravillosas lámparas desperdigadas encima de la tierra. Y yo seguía perdido en mis reflexiones, la cabeza en las manos, el ánimo más negro que la noche.

Un león empezó a rugir, los chacales merodeaban por la pradera, y de nuevo nació una chispa de esperanza. Acababa de pensar que la piedra de la honda era relativamente grande, y la estrella de los Xipehuz muy pequeña. Quizá era necesario penetrarla profundamente, perforarla con una punta filosa. En tal caso, el temor de ellos al arco era comprensible.



Pero Vega giraba lentamente alrededor del Polo, el alba se acercaba, y por unas horas la fatiga dominó mis pensamientos con el sueño.

En los días siguientes, armado con el arco, perseguí constantemente a los Xipehuz, internándome en su territorio tanto como la prudencia lo permitía. Pero todos evitaban mis ataques, manteniéndose a distancia, fuera de mi alcance. Planear una emboscada no tenía sentido; sus modos de percepción los capacitaban para detectar mi presencia detrás de los obstáculos.

Hacia el fin del quinto día, ocurrió un hecho que demostró por sí mismo que los Xipehuz, como los hombres, son criaturas falibles y perfectibles. Esa tarde, al caer el sol, un Xipehuz se me acercó resultantemente, con esa velocidad en constante aceleración que usan para atacar. Sorprendido, el corazón palpitante, tensé el arco. Él, sin dejar de avanzar, como una columna turquesa en la creciente oscuridad, llegó casi al alcance de mis flechas. Luego, cuando yo me disponía a dispararle, quedé desconcertado al ver que giraba el cuerpo, ocultando la estrella, mientras continuaba cargando sobre mí.

Apenas tuve tiempo de lanzar a Kuath al galope, y retirarme para eludir a ese formidable adversario.

Ahora bien, esta maniobra simple, que ningún Xipehuz parecía haber concebido antes, además de probar una vez más la individualidad y la inventiva personal del enemigo, sugería dos ideas: la primera, que era probable que mi razonamiento sobre la vulnerabilidad de la estrella Xipehuz fuera correcta; la segunda, y menos alentadora, que si todos ellos adoptaban la misma táctica mi tarea se volvería extremadamente dificultosa, tal vez imposible.

No obstante, luego de tantos afanes para conocer la verdad, noté que mi coraje aumentaba ante este obstáculo, y osé tener la esperanza de que mi ingenio fuera suficientemente grande como para superarlo.*

Regresé a mi desierto. Anakhre, el tercer hijo de mi esposa Tepai, era un poderoso fabricante de armas. Le ordené que tallara un arco de tamaño extraordinario. Él cortó una rama de árbol Waham, duro como hierro, y fabricó un arco cuatro veces más fuerte que el del pastor Zankann, el arquero más poderoso de las mil tribus. Ningún hombre viviente podía haberlo tensado. Pero yo había pensado en una artimaña, y como Anakhre había trabajado de acuerdo con mi plan, resultó que el inmenso arco podía ser tensado y disparado por una mujer.

Yo siempre había sido hábil para fabricar dardos y flechas, y en pocos días había aprendido tan perfectamente el uso del arma fabricada por mi

* En los capítulos siguientes, de carácter narrativo, he seguido de cerca la traducción literal del profesor Dessault, sin crearme obligado, empero, a respetar la fatigosa división en versículos, ni las repeticiones innecesarias.

hijo Anakhre que nunca erraba el blanco, fuera pequeño como una mosca o veloz como un halcón.

Habiendo hecho todo esto, regresé a Kzur, montado en Kuath, de ojos llameantes, y una vez más empecé a acuciar a los enemigos del hombre.

Con el objeto de infundirles confianza, arrojé muchas flechas con el arco de costumbre, cada vez que una partida se acercaba a la frontera, y mis flechas no llegaban a ellos. Así aprendieron el alcance exacto del arma, y de ello dedujeron que a cierta distancia estaban absolutamente fuera de peligro. No obstante tenían sus reservas, de modo que cuando no estaban protegidos por el bosque se movían incesantemente y ocultaban las estrellas de mi vista.

A fuerza de paciencia disipé sus sospechas, y en la mañana del sexto día una tropa de Xipehuz se apostó frente a mí debajo de un gran castaño, a una distancia de tres tiros de arco convencionales.

Inmediatamente descargué una andanada de flechas inútiles. Entonces se volvieron cada vez menos cautos, y sus movimientos recobraron la desenvoltura de mis primeros días de observación.

Era el momento decisivo. El corazón me palpitaba con tal intensidad que al principio mi fuerza flaqueó. Esperé, pues el futuro dependía de una sola flecha. Si no daba en el blanco, tal vez los Xipehuz nunca más se prestaran a mis experimentos, y luego sería imposible saber si eran vulnerables o no a los ataques del hombre.

No obstante, poco a poco mi voluntad triunfó, me aplacó el corazón, me dio agilidad y fuerza y me aguzó la vista. Luego, lentamente, alcé el arco de Anakhre. Allí, en la distancia, un gran cono esmeralda permanecía inmóvil a la sombra de un árbol; su estrella chispeante se volvió hacia mí. El enorme arco se curvó; la flecha silbó raudamente en el aire... y el Xipehuz cayó, se contrajo y se petrificó.

Solté un resonante grito de triunfo. Extendiendo los brazos en éxtasis, di gracias al Único. ¡De modo que los terribles Xipehuz eran vulnerables a las armas humanas! ¡Había esperanzas de destruirlos!

Ahora, sin temor, dejé murmurar a mi corazón, me entregué al ritmo de la música del júbilo, yo que tanto había desesperado del futuro de mi raza, yo que bajo el curso de las estrellas, bajo el cristal azul del abismo, tan a menudo había calculado que en dos siglos los vastos confines del mundo habrían estallado ante la invasión Xipehuz.

Y sin embargo, cuando volvió la amada noche, la melancólica noche, una sombra oscureció mi felicidad, el dolor de que el hombre y los Xipehuz no pudieran coexistir, de que la Aniquilación de uno fuera la triste condición para la supervivencia del otro.

Los sacerdotes, los ancianos y los jefes habían escuchado mi historia maravillosa; los mensajeros habían difundido la buena noticia en las

honduras del desierto. El gran Consejo había ordenado a los guerreros que se reunieran en la sexta luna del año 22.649, en la llanura de Mehur-Asar, y los profetas habían predicado una guerra santa. Vinieron más de cien mil guerreros Zahelal, y muchos miembros de razas extranjeras, Dzums, Sahrs, Khaldes, acudieron a ofrecerse a la gran nación.

Kzur estaba rodeado por diez círculos de arqueros, pero todas sus flechas fallaban contra las técnicas de los Xipehuz, y muchos guerreros incautos perecieron.

Durante varias semanas un gran temor prevaleció entre los hombres...

El tercer día de la octava luna, armado con un cuchillo de punta filosa, anuncié a la multitud que iría a luchar solo contra los Xipehuz, con la esperanza de disipar las dudas que habían empezado a cundir con respecto a la veracidad de mi historia.

Mis hijos Lun, Demja y Anakhre se opusieron violentamente a este proyecto, y se ofrecieron para ir en mi lugar. Y Lum dijo:

—No puedes ir tú, pues si mueres todos creerán que los Xipehuz son invulnerables, y la raza humana perecerá.

Demja, Anakhre y muchos jefes repitieron esas palabras. Sus argumentos me parecieron sensatos, y me retiré.

Entonces Lum, llevando mi cuchillo con mango de cuerno, cruzó la frontera. Los Xipehuz se acercaron de prisa. Uno, mucho más rápido que los demás, estaba por abalanzarse sobre él, pero Lum, más ágil que un leopardo, lo esquivó de un brinco, rodeó al Xipehuz, y con un salto gigantesco se le acercó de nuevo y le clavó la filosa punta.

La multitud expectante vio cómo el adversario se *derrumbaba, reducía y petrificaba*. Cien mil voces se elevaron en el alba azul, y Lum regresó, cruzando la frontera. La gloria de su nombre se propagó entre los ejércitos.

El año 22.649 del mundo, el séptimo día de la octava luna.

Al romper el día sonaron los cuernos; los martillos golpearon campanas de bronce para anunciar la gran batalla. Cien búfalos negros y doscientos caballos fueron sacrificados por los sacerdotes, y mis quince hijos y yo le rezamos al Único.

La esfera del sol fue devorada por el alba roja, los jefes galoparon al frente de sus ejércitos, el clamor del ataque creció en la embestida de cien mil guerreros.

La tribu de Nazzum fue la primera en chocar con el enemigo en descomunal combate. Desconcertados al principio, segados por relámpagos invisibles, los guerreros pronto aprendieron el arte de apuñalar a los Xipehuz y destruirlos. Luego todas las naciones, Zahelal, Dzum, Sahr, Khaldes, Xisoastres, Pjarvann, rugieron como océanos, invadieron la llanura y el bosque, rodeando por doquier al silencioso enemigo.

Durante un largo tiempo la batalla fue caótica; continuamente llega-

ban mensajeros para anunciar a los sacerdotes que los hombres morían por centenares, pero que sus muertes eran vengadas.

En el calor del mediodía, Surdar, mi hijo de pies ligeros, enviado por Lum, vino a anunciarme que por cada Xipehuz destruido habían perecido doce de los nuestros. Yo tenía el ánimo ensombrecido y el corazón débil, pero mis labios murmuraron:

—¡Hágase la voluntad del Padre!

Recordando el número de hombres de los ejércitos, que en total sumaban ciento cuarenta mil, y sabiendo que los Xipehuz eran alrededor de cuatro mil, me dije que más de un tercio del vasto ejército perecería, pero la Tierra pertenecería al hombre.

—¡Es una victoria, pues! —murmuré tristemente.

Pero mientras meditaba estas cosas el fragor de la batalla sacudía el bosque con mayor violencia; luego grandes masas de guerreros reaparecieron, y todos huían hacia la frontera con gritos de desesperación.

Entonces vi que los Xipehuz llegaban al límite, no separados entre sí como en la mañana, sino en grupos de veinte formados en círculo, con las estrellas hacia adentro. Con esta disposición, invulnerable, avanzaban sobre nuestros guerreros indefensos y los exterminaban.

Era la derrota.

Los guerreros más valientes sólo pensaban en huir. No obstante, pese al dolor que me embargaba el espíritu, observé pacientemente los choques fatales, con la esperanza de hallar algún remedio en el mismo corazón del infortunio pues a menudo el veneno y el antídoto se encuentran juntos.

Por esa confianza en el poder del pensamiento, el destino me retribuyó con dos descubrimientos. Noté, primero, que en los lugares donde nuestras tribus estaban apiñadas masivamente y los Xipehuz eran pocos, la manzana, incommensurable al principio, menguaba gradualmente, y que la fuerza de los golpes enemigos se reducía *cada vez más*, pues muchas víctimas se levantaban tras un instante de aturdimiento. Los más fuertes resistían absolutamente el golpe, y continuaban huyendo después de repetidos ataques. Como el mismo fenómeno era evidente en diversas partes del campo de batalla, osé concluir que los Xipehuz se estaban cansando, que sus poderes de destrucción no eran ilimitados.

La segunda observación, que complementaba eficazmente la primera, me fue presentada por un grupo de hombres de Khaldes. Estos infelices, rodeados de Xipehuz por todas partes, habían dejado de confiar en sus cuchillos cortos, habían juntado ramas y las habían usado como garrotes, tratando de abrirse paso a golpes. Para mi gran asombro, la tentativa dio resultado. Vi cómo los Xipehuz eran derribados masivamente por estos mazazos, y la mitad de los Khaldes escapaban a través de la brecha que habían abierto de ese modo; pero curiosamente, los que usaban implementos de bronce en vez de ramas (como en el caso de varios jefes) morían al

golpear al enemigo. Debo señalar además que los golpes de esos garrotes inmediatamente no dañaban a los Xipehuz, pues los caídos se levantaban inmediatamente y reanudaban la persecución. No obstante, consideré que mi descubrimiento era de suma importancia para las batallas futuras.

Entretanto, la retirada continuaba. La tierra resonaba con el trepidar de los vencidos; al anochecer, sólo nuestros muertos quedaban dentro de las fronteras Xipehuz, y unos pocos cientos de guerreros que se habían refugiado en los árboles. El destino de los segundos fue terrible, pues los Xipehuz los quemaron vivos, concentrando un millar de fuegos en las ramas que los protegían. Sus gritos escalofriantes reverberaron durante horas bajo el vasto firmamento.

Al día siguiente, las tribus contaron los sobrevivientes. La batalla había costado unas nueve mil vidas humanas; una evaluación moderada estimaba en seiscientas las bajas de los Xipehuz. Así, la muerte de cada enemigo nos había costado quince hombres.

La desesperación embargó el corazón de los tribenos, y muchos protestaban contra los jefes y hablaban de renunciar a esa terrible empresa. Luego, entre estas quejas, fui hasta el centro del campamento y en alta voz reproché a los guerreros su falta de coraje. Les pregunté si era mejor dejar que todos los hombres perecieran, o sacrificar una parte; les demostré que en diez años la comarca de los Zahelal estaría invadida por las Formas, y que en veinte la comarca de los Sahr, los Pjarvann y los Xisoastres; luego, tras haberles despertado la conciencia de ese modo, les recordé que ya se había reconquistado la sexta parte del territorio en disputa, que por tres flancos el enemigo había tenido que retroceder hacia el bosque. Por último me mencioné mis observaciones, y les hice entender que los Xipehuz no eran infatigables, que los garrotes de madera podían voltearlos obligándolos a exponer sus puntos vulnerables.

El silencio inundó la llanura; la esperanza renació en el corazón de los hombres que me oían. Y para infundirles más confianza, describí los artefactos de madera en que había pensado, aptos para el ataque y la defensa. Con renovado entusiasmo, los hombres aplaudieron mis palabras, y los jefes pusieron sus cetros de mando a mis pies.

En los días que siguieron, hice talar gran número de árboles, y preparé un modelo de barrera ligera y portátil, de la cual haré una breve descripción: un bastidor de seis cúbitos de largo y dos cúbitos de ancho, sujeto por travesaños a un bastidor interior de un cúbito de ancho y cinco de largo. Seis hombres (dos porteadores, dos guerreros armados con lanzas de madera romas y pesadas, otros dos también armados con lanzas, pero de punta metálica y filosa, y provistos además con arcos y flechas) podían moverse cómodamente dentro de ella y merodear el bosque a resguardo del ataque directo de los Xipehuz. Una vez al alcance del enemigo, los guerreros armados con lanzas romas debían golpearlos y voltearlos, obligarlos a

exponerse, y los arqueros-lanceros debían apuntar a las estrellas, con el arco o la lanza según la circunstancia. Como la altura media de un Xipehuz apenas superaba el cúbito y medio, yo había dispuesto los travesaños de tal modo que mientras se transportaba el bastidor externo alcanzara una altura sobre el suelo no superior al cúbito y cuarto, y para ello bastaba con inclinar un poco los soportes que lo sujetaban al bastidor interno. Además, como los Xipehuz eran incapaces de supergar cualquier obstáculo abrupto, ni de moverse de ningún modo salvo erguidos, la barrera así diseñada era suficiente para ofrecer refugio contra sus asaltos directos. Sin duda intentarían quemar esas nuevas armas, y en algunos casos tendrían éxito; pero como sus fuegos eran casi ineficaces lejos de un tiro de arco, estarían obligados a exponerse para hacerlo. Además, como estos fuegos no surtían efecto instantáneamente, en muchos casos sería posible eludirlos mediante movimientos rápidos.

El año 22.649 del mundo, el día once de la octava luna. Ese día se libró la segunda batalla con los Xipehuz, y los jefes me otorgaron el mando supremo. Entonces dividí al pueblo en tres ejércitos. Poco antes del alba, envié contra Kzur a cuarenta mil guerreros armados con las barreras. Este ataque fue menos confuso que el del día séptimo. Las tribus entraron en el bosque despacio, en bandas pequeñas desplegadas ordenadamente, y el combate empezó. Durante la primera hora la ventaja fue totalmente nuestra, pues los Xipehuz fueron sorprendidos por la nueva táctica; más de cien Formas fueron exterminadas, mientras sólo pereció una docena de los nuestros. Pero, una vez repuestos de la sorpresa, los Xipehuz se dedicaron a quemar las barreras. En algunas circunstancias pudieron hacerlo. Una maniobra más peligrosa fue la que adoptaron hacia la hora cuarta de ese día: aprovechando su celeridad, grupos de Xipehuz, estrechamente apiñados, se lanzaban contra las barreras y lograban voltearlas. De este modo perecieron muchos hombres, tantos que una parte de nuestro ejército fue presa de la desesperación, pues el enemigo había recobrado la ventaja.

Hacia la hora quinta, las tribus Zahelal de Khemar, Djoh, y parte de los Xisoastres y los Sahr, emprendieron la fuga. Deseando evitar una catástrofe, envié mensajeros protegidos por fuertes barreras para prometerles refuerzos. Al mismo tiempo, dispuse al segundo ejército para el ataque; pero antes impartí nuevas órdenes: las barreras debían formar grupos, tan apretados como lo permitiera el desplazamiento en el bosque, y disponerse en cuadrados compactos cada vez que se acercaba una banda de Xipehuz. Esto debía hacerse sin renunciar a la ofensiva.

Luego de la señal, y en poco tiempo tuve el placer de ver cómo la batalla se volcaba a favor nuestro. Por último, hacia la mitad del día, un cálculo aproximado que arrojó un número de bajas de dos mil hombres y trescientos Xipehuz, mostró decisivamente el progreso que habíamos conseguido, y fortaleció el corazón de todos.

No obstante, la proporción cambió un poco en nuestra desventaja durante la hora cuarta, pues las tribus habían perdido cuatro mil guerreros y los Xipehuz quinientos.

Fue entonces cuando envié al tercer ejército. La batalla alcanzó el ápice de su intensidad; el entusiasmo de los guerreros creció minuto a minuto, hasta la hora en que el sol estuvo por hundirse en el oeste.

En ese momento, los Xipehuz tomaron nuevamente la ofensiva al norte de Kzur; una retirada de los Dzum y los Pjarvann me intranquilizó. Considerando que en todo caso la oscuridad sería más favorable al enemigo que a nosotros, indiqué el final de la batalla. Las tropas regresaron calmas y victoriosas; pasamos buena parte de la noche celebrando el triunfo. Era considerable: ochocientos Xipehuz habían sucumbido, y su radio de acción estaba limitado a dos tercios de Kzur. Era cierto que habíamos dejado siete mil muertos en el bosque, pero estas pérdidas eran mucho menores, en relación con el resultado, que en la primera batalla. Así, colmados de esperanza, me atreví a concebir un plan de ataque más decisivo contra los dos mil seiscientos Xipehuz aún con vida.

El año 22.649 del mundo, el día decimoquinto de la octava luna.

Cuando la estrella roja se elevó sobre las colinas del este, las tribus estaban en formación de batalla ante Kzur.

Con el corazón lleno de esperanza, di las últimas instrucciones a los jefes; los cuernos sonaron, las campanas iniciaron su clamor bronceo, y el primer ejército marchó contra el bosque.

Las barreras eran ahora más fuertes y un poco más grandes, con capacidad para doce hombres en vez de seis, excepto por un tercio que estaba construido de acuerdo con la estructura anterior. Así eran más difíciles de incendiar o derribar.

El comienzo de la batalla fue auspicioso; después de la hora tercera, cuatrocientos Xipehuz habían sido exterminados, y sólo dos mil hombres. Alentado por la buena noticia, envié al segundo ejército. El furor de la batalla en ambas partes era pasmoso, nuestros guerreros enardecidos de triunfo, sus adversarios resistiendo con la obcecación de un noble reino. Desde la hora cuarta a la octava sacrificamos no menos de diez mil vidas, pero los Xipehuz pagaron con mil de las suyas, de modo que sólo mil quedaban en las honduras de Kzur.

Desde ese momento, supe que el hombre poseería el mundo; mis últimas aprensiones se disiparon.

No obstante, a la hora novena, una gran sombra cayó sobre nuestra victoria. En ese momento, los Xipehuz sólo aparecían en masas numerosas en los claros, ocultando sus estrellas, y resultaba imposible abatirlos. En el calor de la batalla, muchos de nuestros guerreros se abalanzaban sobre esas masas. Entonces, con un rápido movimiento, una partida de Xipehuz se separaba, derribando y liquidando a esos hombres.

Mil perecieron así, sin ninguna pérdida perceptible para el enemigo; viendo esto, los Pjarvann gritaron que todo estaba perdido; cundió un pánico que puso en fuga a más de diez mil hombres, y muchos cometieron la imprudencia de abandonar las barreras para correr más rápidamente. Pagaron un alto precio. Cien Xipehuz los persiguieron y abatieron a más de dos mil Pjarvann y Zahelal; el terror empezaba a propagarse en nuestras líneas.

Cuando los mensajeros me trajeron esta noticia desalentadora, supe que el día estaba perdido a menos que mediante alguna maniobra rápida lograra recobrar las posiciones abandonadas. De inmediato ordené a los jefes del tercer ejército que atacaran, y anuncié que yo asumiría el mando. Luego llevé rápidamente esas reservas al lugar de donde habían huido los otros. Pronto nos encontramos frente a los Xipehuz que los perseguían. Enardecidos por la pasión de la matanza, no atinaron a reagruparse con rapidez, y en instantes los tuvimos rodeados: pocos escaparon; la gran aclamación por nuestra victoria bastó para devolver el coraje a nuestros hombres.

Desde ese momento, no tuve problemas para reorganizar el ataque; nuestros métodos se limitaban a destacar segmentos de los grupos enemigos, y rodearlos luego para aniquilarlos.

Pronto, advirtiendo que esa táctica los desfavorecía, los Xipehuz reanudaron los asaltos en grupos pequeños, y la matanza de dos reinos, ninguno de los cuales podía sobrevivir si no aniquilaba al otro, se redobló espantosamente. Pero toda duda sobre el desenlace había desaparecido de los corazones más débiles. A la hora decimocuarta apenas quedaban quinientos Xipehuz contra más de cien mil hombres, y este pequeño número de enemigos estaba más que acorralado en fronteras estrechas, un sexto del bosque de Kzur, lo cual nos facilitaba enormemente el desplazamiento.

Entretanto, la luz roja del poniente chillaba entre los árboles, e interrumpí la batalla.

La inmensidad de nuestra victoria hinchó todos los corazones: los jefes hablaban de ofrecerme el reinado de las naciones. Les aconsejé que nunca confiaran el destino de tantos hombres a una criatura falible, y que consideraran a la *Sabiduría* el amo supremo.

La Tierra pertenece al Hombre. Dos días de combate han aniquilado a los Xipehuz; todo el dominio ocupado por los doscientos que quedaban ha sido arrasado, árbol por árbol, planta por planta, hierba por hierba. Y yo, ayudado por mis hijos Lum, Azah y Simho, he terminado de tallar esta historia en tablillas de granito para instrucción de las naciones futuras.

Y ahora estoy solo, en el linde de Kzur, en la pálida noche. Una medialuna de cobre cuelga sobre el oeste. Los leones rugen a las estrellas.

El riacho serpea lentamente entre los sauces; su voz eterna habla del tiempo transitorio, de la melancolía de las cosas perecederas. Y yo tengo la cara oculta entre las manos, el corazón enlutado. Pues, ahora que los Xipehuz han dejado de existir, mi alma llora por ellos, y pregunto al Único qué Fatalidad exigió que el esplendor de la Vida fuera empañado por la Sombra del Exterminio.

Elaboración y Diseño Gráfico

Ana María Shua

ANIMALES Y MINERALES



Los fósforos

Los fósforos en nada se parecen a las hormigas. Tienen hábitos reverberantes y nocturnos, apenas gregarios, y se resisten a constituir una sociedad colectiva en la que la vida de cada miembro importa poco. Cada vez que se enciende uno, es una personalidad individual la que se apaga. Sólo te admitirán entre ellos si estás dispuesto a que tu cabeza estalle en un instante absoluto, orgásmico, final, cuyo presumible éxtasis es imposible asegurar de antemano.

Las cucharitas

Entrechocarse es, entre ellas, apenas un juego, una mera exhibición de su temperamento infantil. Nada más justo que permitirles entretenerse con variados postres, ensayando su resistencia a las altas temperaturas con el té o con el café con leche, cuando todos sabemos que la adultez las condenará para siempre a la monótona rutina de la sopa. Es injusto, en cambio, comentar con indignación mal reprimida los inocentes hábitos sexuales de las cucharitas.

Los granos de arena

Los granos de arena no tienen rey. Actúan por impulso, desorganizadamente, movilizadas por caudillos menores, por lo general de mica o madreperla. El viento, las pisadas, las mareas, provocan disturbios en sus

comunicaciones. Basta una ráfaga para separar indefinidamente a dos interlocutores. Sus científicos investigan un sistema de reproducción que haga innecesario el contacto prolongado entre sus sexos. Ojalá no lo encuentren.

Los clavos

Ser clavo es ingresar en una jerarquía de individuos recios, violentos, con tendencias sado-masoquistas, proclives a despreciar la condición vueltera de sus parientes tornillos, que atribuyen a la ranurada división de sus hemisferios cerebrales.

Casa de geishas

1. Un pabellón entero está dedicado a los masoquistas, sujetos melancólicos y generosos. Allí cuentan para su placer con una serie de habitaciones en las que el sufrimiento se gradúa de acuerdo a lo doloroso de los estímulos. Si en las primeras habitaciones son mujeres las que infligen los castigos, en la quinta se los invita a copular con un cocodrilo, y en la octava con el recuerdo de la felicidad perdida.
2. La primera vez que un hombre se acuesta con Vanessa, la Bella, se le caen las cuatro muelas del juicio. La segunda vez, expulsa el apéndice por el ombligo. La tercera vez, desaparecen para siempre sus jaquecas. Hay muchos que prefieren empezar directamente por la tercera vez: todo tiene su precio.
3. Hay una mujer de una flacura densa, opaca, a tal punto filosa que es capaz de penetrar mientras es penetrada, abriéndose paso a través de los poros como un hilo que ensarta su extremo adelgazado en el ojo de una aguja. En el espasmo final, vuelve a salir al exterior expulsada por la uretra, lista para cobrar esa compensación extra que tan bien se gana.
4. Para los más sofisticados (pero admitamos que se trata de una perversión muy cara) la madama está en condiciones de contratar los servicios de su propia esposa.

Siempre iguales

Si en tu habitual caminata por la senda de grava de este parque te sucede patear o pisar involuntariamente un bacilo pequeño, no temas la represalia

de sus mayores. Su desacompañado crecimiento no los ha hecho menos indiferentes a sus crías.

Surubies

Qué hacer, mi Dios, con tanto surubí faldero, dispuestos los muy locos a invadirte la cama y no por hambre, Señor, sino apenas en busca de cariño, jadeantes, las agallas de coral abiertas, aguantando la sed con la certeza de que se ha roto el dique, de que para la ola falta poco, ya se viene, ya sos vos la que los visita en su elemento, surubies, con el intenso afecto de la asfixia.

Crecimiento

Al principio nos picaban los tobillos. Nos aliviábamos la picazón con pasta dentífrica, con rodajas de papa o de pepino. Después crecieron. Por una breve temporada fue posible emplearlos como bestias de carga o de tiro. Se dice ahora que nuestras actividades cotidianas, aun las más rutinarias, les causan un insoportable escozor. Como su tamaño excede el de nuestro concepto del cosmos, nos resulta imposible comprobar la existencia de semejante prurito.

Cenicienta

1. A las doce en punto pierde en la escalinata del palacio su zapatito de cristal. Pasa esa noche en inquieta duermevela y retoma por la mañana sus fatigosos quehaceres mientras espera a los enviados reales. (Príncipe fetichista, espera vana.)
2. Desde la buena fortuna de aquella Cenicienta, después de cada fiesta la servidumbre se agota en las escalinatas, barriendo una atroz cantidad de calzado femenino y ni siquiera dos del mismo par como para poder aprovecharlos.

Los premios

El jurado elige a los ganadores. Los premios son pequeños y movedizos. Es necesario recurrir a la fuerza pública para que los premiados acepten recibirlos. El jurado escapa entre los abucheos del público que recibe, a continuación, con alborozo, las bases del próximo concurso.

El secador de pelo

Digamos que estás con un secador de pelo. Digamos que el secador te ama. Digamos que pretende apoderarse de tu cuerpo por la persuasión o la violencia. Digamos que está soplando aire tibio sobre tu oreja izquierda, tal vez la más sensible. Digamos que podrías desenchufarlo a voluntad, si te lo propusieras. Después, callemos.

La gotera

Tengo una gotera en el techo del dormitorio. El teclear de la lluvia le da sueño. Cada vez que bosteza, un chorro de agua oxidada cae sobre mi cama. Cada vez que, subida en la escalera, estoy a punto de alcanzarla, huye impunemente hacia el cielo raso de la cocina. Aunque como hembra la comprendo, sigo tratando de cazarla: en su avanzado estado de embarazo su instinto de supervivencia amenaza la mía.

Invasores

Admitamos que son pequeños y numerosos. Admitamos que no comprenden tu lenguaje. Admitamos que intentaste, desesperadamente, comunicarte por señas. Admitamos (y no es mucho admitir) que tus señas tienen otro significado en el lenguaje gestural de su cultura. Aun así deberían saber ya que nada justifica su insistente presencia en tu torrente sanguíneo.

Así soy

Aquellos que conocen mi máscara pero no mi cara, se resisten a creer que mis rasgos auténticos puedan ser aún más desagradables. Aquellos que conocen mi cara, pero no me conocen, se resisten a creer. Aquellos que me conocen, simplemente se resisten.

El colectivo

Cuando un ómnibus ha devorado más hombres y mujeres de los que aceptan alegremente sus entrañas, su proceso digestivo se ve interrumpido abruptamente. Cesa, por falta de espacio, el convulsivo batir de su estóma-

go, se limita la secreción de jugos gástricos, y los pasajeros son excretados por la puerta posterior prácticamente intactos. La Secretaría de Transportes no se hace responsable de aquellos que se atreven a subir a un ómnibus vacío.

El Unicornio y la Doncella

1. Hay quienes suponen agotado el tema del unicornio y la doncella por extinción de ambas especies. Sin embargo, el diario de hoy publica la foto de un caballo con un manchón sanguinolento sobre la frente. El animal afirma haber sido, hasta pocas horas antes de la toma, una auténtica doncella.
2. El cuerno del unicornio impone bromas obvias y groseras. Este animal, que se caracteriza por su infinita delicadeza, prefiere mantenerlo retraído, confundiendo con un caballo cualquiera. Así, al precio de la servidumbre, ha logrado evitar la extinción y prolongar su estirpe llegando, incluso, a reproducirse en forma immoderada y excesiva, invadiendo, a causa de su lubricidad, a otras especies, en las que ha dejado, contrariando teorías científicas, su inconfundible huella genética: una constante añoranza de las doncellas y esta maldita cosa en mitad de la frente que ya no sé cómo cuernos disimular.

De la canilla

De la canilla brota un chorro de sangre que no cesa. La visión me tranquiliza: se trata de una pesadilla clásica, que no han desechado como tópico ni la literatura ni el cine. Pasados los primeros meses comienzo a inquietarme. A los dos años emprendo su comercialización a través de una fábrica de embutidos y también como proveedora de clínicas y hospitales. La progresiva anemia de la población favorece mis negocios. A los diez años mis influencias políticas me permiten resistir una investigación ordenada por el consorcio del edificio. Cuarenta años después, rica, anciana y poderosa, accedo al despertar que me devolverá a la pobreza y al agua pero también a la juventud.

Impulsos eléctricos

Impulsos eléctricos de cierto voltaje, caóticos y sin sentido, liberan olas de productos químicos que invaden nuestro cerebro desencadenando el me-

canismo fisiológico del sueño. Soñamos, entonces (horrenda pesadilla) que invaden nuestro cerebro olas de productos químicos liberados por sin sentido y caóticos, de alto voltaje, eléctricos impulsos.

Entre dientes

Si dos o más hombres conjugados en uno se te presentan en un sueño con forma de escarbadiende o golosina, controlarás con rigor los movimientos impacientes de todas tus mandíbulas.

Cisnes en el lago

Diez cisnes llegan al lago. Despojándose de sus emplumadas vestiduras, se transforman en diez jóvenes doncellas desnudas. Un atrevido mancebo roba uno de los alados trajes. Al salir del lago, la primera de las jóvenes doncellas descubre que su disfraz de cisne ha desaparecido. Sin embargo, cuando la segunda doncella sale del lago, insiste en que el traje desaparecido es el suyo. La tercera doncella sale del lago y clama por su alado ropaje, negándose a ponerse cualquier otro. La cuarta doncella afirma que las vestiduras presentes son de sus hermanas y que es únicamente el suyo el traje robado. Diez vociferantes doncellas desnudas se indignan a las orillas del lago. El atrevido mancebo trata de huir, pero ya es tarde.

El Golem

1. Muchos cabalistas fueron capaces de crear un Golem, pero no todos lograron que su Golem les obedeciera. Se cuenta la historia de un Golem rebelde a quien cierto rabino modeló en arcilla a su propia imagen y semejanza y que, aprovechando el notable parecido de sus rasgos, tomó el lugar de su creador. Esta historia verídica es absolutamente desconocida, porque nadie notó la diferencia, excepto la esposa del rabino, que optó por no comentarlo.

2. El Golem se rebela. Pero sabe que su Creador puede destruirlo. Decide, entonces, reproducir y propagar su especie, los humanos. Quienes, entre nosotros, se han atrevido a crear Golems, han obtenido ejemplares muy inferiores, que carecen, por ejemplo, de la palabra. De la misma manera somos nosotros inferiores a nuestro creador, que es ubicuo, y nuestro Creador al Suyo, cuyos dones somos incapaces de imaginar, porque nuestra limitada fantasía se agota en el concepto de omnipotencia.

3. ¿Quién somete? ¿Y quién es sometido? Dicese que en cierta ocasión (esta historia sucedió, con variantes, muchas veces), el que se rebeló no fue el Golem sino su Amo. Te prohíbo que me obedezcas, gritó con voz terrible. Y el Golem se vio forzado a realizar la más difícil de las tareas: ser amo de sí mismo. En cambio su Creador, liberado al fin, se dedicó a obedecer puntualmente las órdenes de su suegra.

4. ¡No me obedezcas!, ordenó su Amo al perplejo Golem, que, ansioso por cumplir la orden, la desobedeció al instante, mostrándose aún más servil que de costumbre.

Lenin y Blanca Nieves

Lenin y Blanca Nieves en sus respectivas cajas de cristal, y esa larga fila de príncipes azules, de turistas, que no alcanza sin embargo a llenar la pavorosa ausencia de enanitos.

Plantación

Un hombre convenientemente moreno, de gran tamaño, es el encargado de que los clientes adecuen su conducta al reglamento de la casa. El rítmico martillar de sus puños sobre la cabeza de los infractores puede llegar a hundirlos en la tierra del jardín, sobre todo si llueve o ha llovido. De ahí las peculiares floraciones que rodean la casa en primavera, y los notables frutos del verano, esas ramas cargadas de manos laxas, cuyos dedos agita el viento, esas flores con un ojo o una boca en el centro de la corola y hay que ver algunas con qué sonrisas. Los que se plantan en invierno, en un alto porcentaje se malogran.

Clases de gimnasia

Para mantener sus cuerpos gráciles, las mujeres asisten a sesiones de gimnasia. La profesora las insta a redumar los fibrillos, un dos tres, un dos tres. Como suele suceder, la profesora de gimnasia es rígida y exigente. Se niega a aceptar que no todas sus alumnas tienen fibrillos y que otras carecen de la articulación que les permita redumarlos. El grupo de las vertebradas exige su renuncia. A las demás les da lo mismo.

Un bebé

De vez en cuando, casi involuntariamente, el bebé muerde el pezón. Después sigue mamando. La madre lanza un breve grito pero inmediata-

mente recupera su placidez. Aunque progresivamente pálida, la mamá extraña durante el día a ese bebé gordo y rosado que llega sólo por las noches, que se va gateando por el jardín un poco antes del amanecer.

Espectáculo

Llega un hombre llevando en la mano una cabeza que no es la suya. La cabeza mueve los ojos, abre la boca, se queja débilmente. Se produce una situación incómoda. Los más chicos se asustan. Los más grandes explican que se trata de una cabeza artificial, un juguete. Se intentan explicaciones: si esta cabeza se para (así, ¿ves?) basta ponerle otra vez las baterías para que vuelva a funcionar (así, ¿ves?). Si este hombre se para (así, ¿ves?) ya no funciona más y hay que reemplazarlo por otro. A continuación entran varios hombres y se llevan la cabeza y el cadáver.

Caníbales y exploradores

Los caníbales bailan alrededor de los exploradores. Los caníbales encienden el fuego. Los caníbales tienen la cara pintada de tres colores. Los caníbales están interesados en el corazón y el cerebro, desprecian la carne tierna de los muslos, el resto de las vísceras. Los caníbales ingieren aquellas regiones corporales que consideran capaces de infundir en ellos las virtudes que admiran en sus víctimas. Los caníbales se ensañan sin goce en su banquete ritual. Los caníbales visten las prendas de los exploradores. Los caníbales, una vez en Londres, pronuncian documentadas conferencias sobre los caníbales.

Una nueva etapa de El Péndulo.

*Volúmenes antológicos con textos de autores nacionales
y extranjeros.*

*En el primero, cuentos y artículos de
J. G. Ballard ♦ Pablo Capanna ♦ Vlady Kociancich
Mario Levrero ♦ Mario G. Roccatagliata
J. -H. Rosny aîné ♦ Ana María Shua ♦ Cristina Siscar*

Dist. Capital: Distri Macho
Interior: D.G.P.

\$3